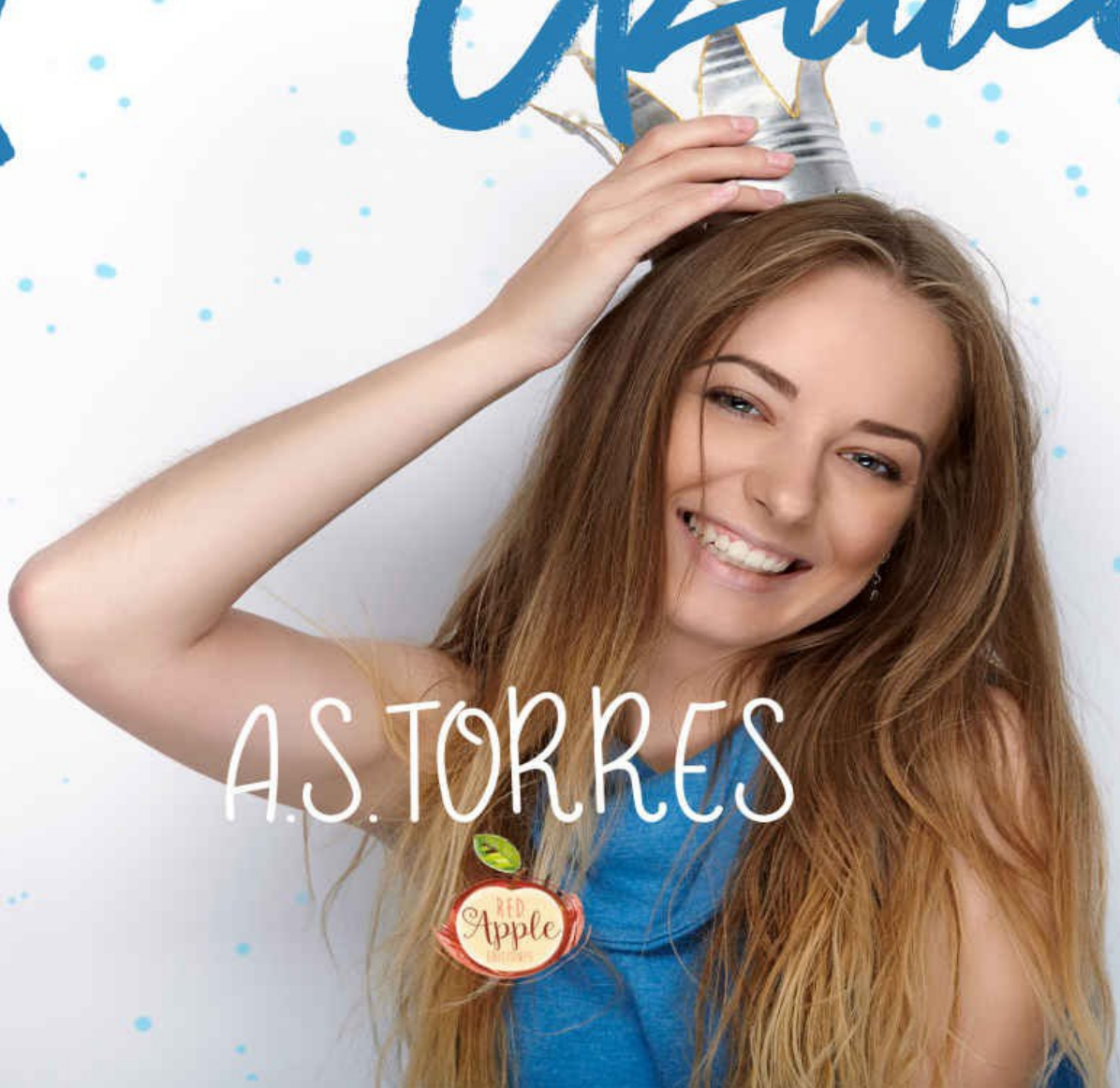


La chica,  
que no creía  
en los

# Príncipes Azules



A.S. TORRES



# La chica que no creía en los príncipes azules

A.S. Torres



**Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.**

Titulo original: *La chica que no creía en los príncipes azules*

©de la obra: A.S. Torres

Todos los derechos reservados.

©De esta edición: Red Apple Ediciones

[www.redappleediciones.com](http://www.redappleediciones.com)

info@redappleediciones.com

**Diseño de la cubierta y maquetación:** Isla Books Studios

**Imagen de la cubierta:** ©sergeyzapotylok

*Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro — incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet—y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.*

# Menú de navegación

[Prologo](#)

[CAPÍTULO 1.](#)

[CAPÍTULO 2.](#)

[CAPÍTULO 3.](#)

[CAPÍTULO 4.](#)

[CAPÍTULO 5.](#)

[CAPÍTULO 6.](#)

[CAPÍTULO 7.](#)

[CAPÍTULO 8.](#)

[CAPÍTULO 9.](#)

[CAPÍTULO 10.](#)

[CAPÍTULO 11.](#)

[CAPÍTULO 12.](#)

[CAPÍTULO 13.](#)

[CAPÍTULO 14.](#)

[CAPÍTULO 15.](#)

[CAPÍTULO 16.](#)

[CAPÍTULO 17.](#)

[CAPÍTULO 18.](#)

[CAPÍTULO 19.](#)

[CAPÍTULO 20.](#)

[CAPÍTULO 21.](#)

[CAPÍTULO 22.](#)

[CAPÍTULO 23.](#)

[CAPÍTULO 24.](#)

[CAPÍTULO 25.](#)

[CAPÍTULO 26.](#)

[CAPÍTULO 27.](#)

[CAPÍTULO 28.](#)

[CAPÍTULO 29.](#)

[CAPÍTULO 30.](#)

[CAPÍTULO 31.](#)

[CAPÍTULO 32.](#)

[EPÍLOGO.](#)

# Prologo

—¡Renuncio! —grito muy segura de mí misma al tiempo que arrojo todos los papeles de mi escritorio al suelo.

Esto ya sobrepasa mis límites... Estoy cansada. Harta, hasta la coronilla.

Puedo contar con los dedos de una mano las veces que he perdido el juicio, de todas ellas esta es la peor pero juro que tengo una excelente excusa... una encantadora y sublime excusa: llevo diez años trabajando duro en esta empresa para poder ascender y labrarme un futuro mejor. Me he dejado la piel aquí, literalmente, puedo verla ahí, tirada y desecha a un lado de mi escritorio. Decenas de fines de semana sin salir para tener a tiempo los informes, cientos de horas extras de trabajo que jamás han sido remuneradas, miles de silencios para no denunciar acosos de los que he sido objeto (solo porque no soy una soplona, me repito constantemente), en fin, mi sangre, mi sudor, mis lágrimas. Porque el mundo laboral es como una jungla, solo el más fuerte sobrevive.

No soy de las personas que recurren a tretas para deshacerme de la gente que me estorba. Creo firmemente que mi mejor arma es el trabajo, mi esfuerzo... sin embargo acaban de darle el puesto de gerente a esa rubia alta y despampanante que no lleva ni tres años en la empresa. Sí, aquella que se contonea frente al director y que finge que se le ha caído un bolígrafo para inclinarse a recogerlo frente a sus narices. ¿De verdad aún funciona ese viejo truco? Al parecer sí, porque el Licenciado Robles ha caído redondito.

En fin... Que me ha cancelado las vacaciones porque «mientras aprende a dominar todas sus funciones» la rubia necesita todo mi apoyo.

No, ella no necesita mi apoyo, en realidad necesita que le haga el trabajo porque puede echarse a perder la manicura si mueve un solo dedito de su perfecta mano.

Y he estallado. He arrojado los papeles al suelo ante la mirada

atónita de mi jefe. Creo que incluso he levantado la voz porque noto las respiraciones agitadas de mis compañeros al otro lado de la puerta, estoy segura de que se han aglutinado afuera para ver si logran enterarse de algo.

No consigo tranquilizarme... Mis primeras vacaciones, diez días perfectos que he planeado con mucha, mucha antelación. Sol, playa, bebidas, noches largas mirando la luna mientras me olvido de que la tierra sigue girando sobre su órbita. Sola... Un tiempo para encontrarme conmigo misma, para darme cuenta que soy algo más que solo una empleada. Que aún hay algo dentro de mí, una parte humana que aún conserva la capacidad de asombro ante las cosas simples y hermosas de la vida, como la playa. Pero ahora mi jefe acaba de matar esa ilusión. Tomó un cuchillo y le asestó un golpe mortal. Y eso me ha hecho volverme loca. Completamente loca.

Lo miro bien, la furia comienza a asentarse en mi interior y es hora de saber si ha habido daños colaterales. Nada. En la oficina seguimos únicamente él y yo, los demás deben de seguir afuera con el oído pegado a la puerta. Mientras tanto, él, que no ha logrado cerrar la boca durante los segundos que duró mi transformación demente, no ha dicho nada pero está mirándome de una manera extraña que no logro interpretar.

—Lamento mucho que te sientas incomprendida, Lara, porque creo que esta empresa siempre se ha distinguido por apreciar a sus trabajadores por encima de todo. Supongo que tiene parte de razón, nunca ha salido de vacaciones pero se le han cubierto todos los importes relacionados a las mismas, su sueldo siempre le ha sido pagado forma tiempo, se le han liquidado sus aguinaldos y se ha cubierto su seguro médico. Creo que esta empresa sí que le ha remunerado su trabajo.

El Licenciado hace una pequeña pausa para tomar aliento y seguir con su perorata.

—Si lo que la ha inconformado es que Loira haya obtenido el ascenso, debes saber que fue debido a su preparación. Ella tiene un Máster en Negocios internacionales de la universidad de Lyon, usted no...

—Por supuesto —la ira se ha apoderado nuevamente de mí al escucharle decir tantas sandeces —, supongo que la obtuvo acostándose

con el italiano que viene a buscarla todas las tardes, o con el ruso con el que estuvo alardeando más de un mes y que cayó redondito ante sus encantos, o quizá el francesito con el que se estuvo acostando durante el tiempo que duró su maestría en Lyon y ahora con usted, el mexicanito gracioso... Claro, para añadir un poco de picante al asunto. Muy internacional, sí, señor.

—¡Lara! —grita mi jefe—. No digas más, puedes coger tus cosas y largarte. Ordenaré que lo revise el guardia de seguridad al salir para que compruebe que no te estás llevando algo que no te pertenece.

—¿Cómo qué? —pregunto de manera irónica—. ¿Esta vieja grapadora?

La cojo y la estampo contra la pared.

—¿O esta estúpida pluma que ya casi no tiene tinta?

La parto en dos y la tinta mancha su impecable camisa blanca. No me importa, ya nada me importa.

No hay vuelta atrás. Este romance está arruinado, fue bueno mientras duró. Necesité diez años de mi vida para darme cuenta de que estaba hundida en una relación dispar. Yo siempre lo di todo, la empresa apenas lo necesario para mantenerme como una empleada corriente. Esto no era justo.

# CAPÍTULO 1.

*Devuélveme mi suerte.*

Apenas salgo de la oficina, mis compañeros se dispersan fingiendo estar muy atareados y yo apresuro el paso intentado no hacer contacto visual para no ver sus miradas llenas de lástima. Salgo del edificio y doblo la esquina deprisa para llegar al parque, allí podré sentarme un rato para despejar la mente y pensar un poco. Pero una vez ahí mi mente no solo no se despeja sino que permanece en estado catatónico.

¿Qué demonios voy a hacer? Debo la hipoteca y mi madre, aunque no vive conmigo, depende prácticamente de mí. ¡Dios! Ahora que estoy sola y sin trabajo me pongo a pensar que quizá me excedí un poco.

¿Debería volver y pedirle disculpas a Robles? Después de una intensa lucha interna que dura un par de minutos decido que no, no puedo hacerlo. Queda claro que necesito el dinero pero existe algo llamado dignidad y no puede uno simplemente pisotearla, porque es como retroceder dos pasos cuándo apenas habías logrado dar uno.

Entonces me pongo a llorar. Lloro como una niña de cinco años a la que acaban de quitarle su peluche favorito. No sé qué más hacer.

Algunos minutos después noto que alguien se ha sentado a mi lado, así que seco mis lágrimas, odio mostrarme débil ante los desconocidos y lo que menos deseo es tener una conversación ahora que estoy conectándome con mi *yo* interior. Pero la chica me mira con curiosidad, saca un pañuelo desechable de su bolso y me lo extiende.

—¿Está todo bien? —pregunta.

La miro, me parece que la he visto antes pero no puedo asegurarlo. Tomo el pañuelo por mera cortesía.

—No pareces estar bien. En serio —asegura—, ¿has terminado con tu novio?

La chica no parece conformarse con mi muda respuesta.

—¿Novio? No, no —afirmo y entonces pienso en todo lo que perdí durante esos diez años.

No tengo amigos, no tengo ninguna relación afectiva excepto la que mantengo con mi madre y ella no cuenta porque es mi madre, me



quiere porque no tiene opción, soy su única hija. Estoy completamente sola.

—Acabo de renunciar a mi trabajo y no sé qué voy a hacer — hablar ahora se hace un poco más fácil—, bueno, en realidad no sé si renuncié o me despidieron pero a fin de cuentas es lo mismo.

—Te entiendo. También estoy desempleada.

—Puedes ir a Industrias Mitran. Está aquí a la vuelta y hay una vacante —no puedo evitar sonreír entre lágrimas.

—¿Tan malo fue?

—No, no fue tan malo pero hay ciertas cosas que no se pueden tolerar como las injusticias. Le dieron el puesto de gerente a una rubia tonta solo porque se ha sabido mover. muy bien.

—Lo de siempre, ¿no? Una lucha a brazo partido y llega una trepadora, hace uno o dos buenos movimientos y ¡zas! Se queda con el premio gordo.

La chica es simpática y lleva a rastras ese aspecto de fracasada que al parecer nos va muy bien.

—Hace cuatro meses que estoy buscando trabajo y nada — asegura.

La miro con curiosidad.

—¿Cómo has hecho para subsistir tanto tiempo? —pregunto interesada.

—Vivo con mis padres, he querido independizarme pero no he tenido suerte. Esta ciudad es dura, ¿no? ¿Cómo te llamas?

—Abril —respondo extendiéndole mi mano —. ¿Y tú?

—Yo soy Soledad pero suelen llamarme Sol, encantada de conocerte.

Le doy las gracias por el pañuelo y le pregunto si le apetece un café, niega con la cabeza, tiene una cita para una entrevista de trabajo y solo dispone de quince minutos pero me deja su número de móvil para que le llame más tarde, quizá podemos ponernos de acuerdo para vernos y charlar un poco más. Creo que es buena idea, quizá podamos ser amigas y al fin pueda interactuar con alguien que no tenga que ver con mi mundo laboral... Corrijo: ex mundo laboral.

# CAPÍTULO 2.

## *Cincuenta sombras.*

Esa misma tarde llamé a Sol y quedamos de vernos al siguiente día. Nos pusimos de acuerdo para salir a tomar un café.

Una vez que nos encontramos en uno de esos pequeños lugares del centro con mesitas sobre la acera me cuenta que en su entrevista no le fue muy bien, le dijeron que la llamarían y ambas sabemos qué significa eso: «no te llamaremos porque no cubres el perfil o quizá lo cubres pero está más buena la tía que está detrás» y luego hizo algo insólito, fue al departamento de Recursos Humanos de Industrias Mitran. Le dijeron que no había vacantes pero podía presentar examen para la bolsa de trabajo aunque eso sería en un par de semanas porque la Licenciada Molina se encontraba de vacaciones. Sol dijo que no perdía nada y quedó en volver más adelante.

¿Tan pronto me buscaron una sustituta? No es que me sintiera indispensable pero me siento un poco herida.

Ahora mismo estoy mirando a Sol mientras sorbe su café y noto que se siente un poco avergonzada.

—No estás enfadada, ¿verdad? —pregunta en cuanto vuelve a asentar la taza sobre la mesa.

—Por supuesto que no, no voy a volver ahí y he estado sopesando mis opciones, no es que tenga muchas pero debo empezar a moverme.

—¿Cómo la rubia? —pregunta y ambas reímos.

—No, no de esa manera —aclaro —, me refiero a que debo de buscar empleo o empezar algo por mi cuenta.

—Por cierto, conocí a la rubia y tienes toda la razón, no parece muy lista, parecía estar lidiando con unos papeles —asienta el café sobre la mesa—. ¿Y qué decías de empezar algo por tu cuenta? ¿Qué se te ocurre? —pregunta interesada.

—No lo sé. Aún no lo decido.

—¿Qué es lo que se te da mejor? —pregunta para ayudarme a sopesar mis posibilidades.

—La cocina ni hablar, hasta el agua se me quema. ¿Las ventas? —

Pienso otro poco—. No, soy pésima con las ventas y también con las relaciones humanas...

—Algo debes saber hacer bien.

—Escribir, creo que me relaciono mejor con mi ordenador que con cualquier ser humano. He escrito un par de artículos que se han publicado, al menos en el diario semanal de la Universidad y en la revista mensual de Industrias Mitrán; por cierto, uno de ellos hablaba de las desigualdades en el mundo laboral entre hombres y mujeres, patético, ¿no?

Sol me mira y abre los ojos como platos.

—¡Amo escribir! —confiesa—. He escrito novelitas rosas desde que tengo catorce... —sonríe soñadora—, no puedo asegurar que son buenas pero quizá con un buen trabajo podemos corregirlas, editarlas y venderlas.

—No lo sé —respondo dubitativa—. Sé que el mundo editorial es muy difícil.

—Creo que podemos intentarlo, Abril, ¡venga!

Sol es bastante persistente, piensa que terminará diciéndole que sí.

—No creo que pueda ayudarte con eso, en serio... Una cosa es que haya escrito artículos para un par de revistas de escasa circulación y otra muy diferente un libro.

Me parece que Sol es un poco ingenua. ¿Escribir una novela? Eso son palabras mayores.

—Vamos, al menos dame el beneficio de la duda, de verdad creo que mi trabajo es bueno, por supuesto que necesita pulirse pero para eso te tenemos a ti. Podemos compartir autoría.

—Quizá podría echarle un vistazo —cedo un poco.

Si después de leerlas considero que sus novelas apestan escaparé por una ventana. Lo juro.

—De cualquier manera debemos seguir buscando un trabajo normal, al menos después de un tiempo porque quiero tomarme un par de semanas libres. En verdad lo necesito —afirmo.

—Espera —dice de manera soñadora como si no hubiese escuchado nada de lo que dije antes—. Estoy teniendo una gran idea.

—¡Ay, no! —suspiro.

—Mira, sé que casi no nos conocemos pero debemos confiar la una en la otra, por ahora no contamos con nadie más.

—Confío en ti —aseguro, aunque no soy del todo sincera, después de todo casi acabamos de conocernos, no sé apenas nada acerca de ella.

—Vamos a escribir porque a ambas nos gusta pero debemos escribir algo que venda...

—¿Cómo qué? —pregunto interesada.

—Novela erótica.

Casi escupo el sorbo que le he dado a mi café.

—¿Te has vuelto loca?

—Claro que no. Tómame un tiempo y revisa las listas de los libros más vendidos, son los eróticos, te lo puedo asegurar. Romance, un poco de sexo y ¡venta segura! Entonces ambas solucionamos nuestro problema, tú obtienes el dinero para pagar tus cuentas y yo para independizarme. ¿Qué te parece? Estaremos al 50/50. Es un trato justo.

—Espera, espera. No creo que yo pueda escribir algo de eso, ni siquiera he tenido novio.

—¡Oh, vamos! No puedo creerlo.

Le sonrío porque es muy dulce de su parte pero no le creo absolutamente nada, solo intenta hacerme sentir bien para que le diga que sí.

—Estuve absorta en mi trabajo y nunca tuve tiempo para nada más —confieso.

—Eres muy guapa, Abril, no creo que tengas problema alguno en encontrar novio, quizá eres un poquito anticuada pero con la ropa adecuada y un poco de maquillaje te verías divina —me hace a un lado un mechón de cabello—. ¡Ah! Y con un mejor corte.

¿Acaba de decir que soy Betty la fea? Saco de mi bolso un espejo y me miro. Es verdad, me he olvidado de mí misma. No es que sea fea pero en algún momento dejé de recordar que hasta el jarrón más bonito necesita una mano de pintura de vez en cuando. Quizá Robles notó que mi apariencia no era la de una gerente y siento un poco de pena por mí. Mi madre siempre dice que debes vestirme de acuerdo al puesto que crees que mereces, debí escucharla. Sea bueno o malo, justo o injusto, la apariencia es necesaria en esta sociedad y la mía deja mucho que desear.

—Bueno, bueno —retoma la conversación—, eso déjalo en mis manos, por suerte me encontraste, linda, soy muy buena en eso de la imagen. Venga —me dice poniéndose de pie y colocando un billete sobre la mesa—, ésta vez yo invito.

—De acuerdo.

Nos dirigimos hacia metro y una vez en la estación Central,

caminamos hacia el Este para llegar a mi departamento, dónde podemos sentarnos a charlar de negocios lejos del bullicio de la calle.

Abro la puerta y Sol entra mirando sorprendida el lugar.

—No pensé que pudiera existir un lugar tan pequeñito —hace una pausa—, y que alguien, cualquier persona, pudiese vivir en uno.

—Bueno, no es exactamente un pent-house pero cumple su función y además solo vengo a dormir. ¡Ah! Y es lo único que puedo pagar... Si es que no termino perdiéndolo todo.

—¡Oh, vamos! No seas negativa, ese es el primer principio para triunfar. Tienes que repetírtelo constantemente. Es como un mantra, recuerda que lo que piensas es lo que atraes.

—Tienes razón, probablemente no sea la persona más positiva pero, ¿qué me dices de ti? Llevas desempleada algún tiempo, ¿acaso te has olvidado de repetir tu mantra?

—Sé muy bien lo que intentas —afirma muy segura—, pero no lo lograrás.

Se echa hacia atrás y forma una cruz con sus dedos.

—Mira, te seré honesta. Mis padres me echaron de casa, ya sabes, dijeron «ya tienes 27 años, Soledad, ¿qué demonios piensas hacer de tu vida? A esta edad tu padre y yo teníamos en mente habernos deshecho de todos nuestros hijos para hacer lo que nos plazca: ir, venir, viajar, enamorarnos otra vez... ¿No piensas buscarte un trabajo? Hace 3 años que terminaste tu carrera y no puedes seguir así». Y esa es mi historia. No sé hacer nada, literalmente y sabes que ya nadie se arriesga a contratar a alguien que no tenga experiencia en prácticamente ninguna cosa. Maldito mundo laboral, ¡es tan injusto!

Así que la han echado de casa.

La miro bien, me sigue pareciendo una perdedora pero ya no tanto como me lo parecía antes. Su historia se parece a la de millones de adultos jóvenes que aún no saben qué hacer con sus vidas, justo igual que yo.

—¿Y dónde te estás quedando? —pregunto interesada.

—Aún estoy en casa pero me han puesto un ultimátum, para el fin de semana debo irme, ¿te parece justo?

—Es justo, Sol, los hijos crecemos y los padres asumen que tomaremos el control de nuestras vidas. Ahora mismo estoy muy asustada pero no voy a acudir llorando a los brazos de mi madre —hago una pausa para pensar muy bien las cosas e intento haber un balance mental:

**Pros:**

Entre dos es más fácil pagar las cuentas.

Podemos turnarnos la limpieza.

Podemos turnarnos para cocinar.

Podemos dedicarnos a escribir sin perder tiempo ni dinero en ir y venir de reuniones de trabajo.

**Contras:**

En realidad no la conozco muy bien, parece buena gente pero he visto fotografías de asesinos en serie que también lo parecían.

Decido arriesgarme, Sol parece una buena chica.

—Estoy pensando que puedes venir a vivir conmigo, nos sería más fácil trabajar y podemos pagar las cuentas entre ambas.

—No te ofendas, Abril, aprecio mucho la oferta pero es que no sé si dos personas puedan vivir aquí. Me pregunto si no tropezaríamos la una con la otra cada dos segundos.

—¿Dónde vives ahora?

—Bueno, mis padres viven en los Pedregales.

Ahora lo entiendo todo, Sol es una chica que ha tenido la suerte de ser de buena cuna. Probablemente ni siquiera tenga necesidad de trabajar, ¿entonces por qué su desesperación?

—No entiendo, si vives en los Pedregales no creo te haga falta el dinero.

—Se trata de orgullo, quiero demostrarles a mis padres que soy buena en algo. Por supuesto, podría trabajar en la empresa de mi padre pero no quiero. Quiero salir adelante sola y además, me echaron, ¿recuerdas?

—Así que en realidad solo quieres darles una lección.

—Quizá quiera dársela pero tal vez termine dándomela yo misma.

Creo que Sol es una chica agradable y merece mi confianza, quizá no se ha tomado en serio la vida pero creo que no podría tener mejor compañera de piso, así que le insisto.

—Piénsalo, en serio. No tendrás que perder tiempo en buscar otro sitio y si te pusieron un ultimátum no creo que tengas que darle tantas vueltas. Múdate y ya luego con calma, si no te sientes a gusto buscas otro

sitio. Te prometo que soy buena compañera, no me meteré en tus asuntos, solo tengo una regla: nada de chicos.

Sol se echa a reír.

—No tienes que preocuparte por eso, hace exactamente seis meses rompí mi compromiso y desde eso no tengo ni una pizca de ganas de meterme en otra relación tormentosa, por lo menos no una seria.

—¿Tan mal te fue? —pregunto curiosa.

—Era un imbécil, estaba engañándome con mi mejor amiga. Lo descubrí por accidente —responde cómo intentando restarle importancia—. Él me dejó una noche en casa, estaba un poco pasado de copas y olvidó su celular. Cuando sonó me extrañó ver el nombre de mi amiga en la pantalla y sentí curiosidad, quería saber por qué le llamaba casi a media noche. Así que revisé su teléfono y no sabes el tipo de mensajes que se enviaban, fue terrorífico.

—Lo siento mucho —le digo cuando noto que cierra los ojos como si quisiera borrar la escena de su cabeza.

—Íbamos a casarnos, ¿puedes creerlo? Y ella lo sabía, ¿cómo pudieron hacerme algo así?

—No valen la pena —no se me ocurre que más decir.

—No importa, le devolví el celular al siguiente día y el anillo también. No volví a contestar sus llamadas, luego dejó de insistir y mírame aquí, ¿qué te parece?

Vuelve a sonreír como si no hubiese pena que pueda engullirla. Me gustaría tener un poquito de su seguridad.

—Creo que eres admirable.

—No, yo creo que tú eres admirable, todo lo que tienes lo has logrado con mucho esfuerzo y además te atreviste a mandar al diablo al imbécil de tu jefe, ¡mira que eres valiente!

Le sonrío.

—¿Entonces qué? —pregunto.

—Recojo algunas cosas y vengo a instalarme, hoy nos damos permiso para pasar la tarde, pero mañana mismo ¡manos a la obra!

# CAPÍTULO 3.

## *Vecino invasor.*

Las historias de Sol no son tan malas, quizá les hace falta un poco de trabajo, un poquito de color por aquí y otro poco por allá. Ella me mira entusiasmada cuándo elogio su trabajo, es como una niña pequeña y nos lo hemos pasado bien.

Ella se instaló la otra noche tal y como habíamos acordado, adaptamos la galería y nos hemos acoplado bastante bien. Es pésima en la cocina, igual que yo pero nos vamos arreglando. Por suerte tengo algunos ahorros, por lo que puedo sobrevivir algunos meses, así que tener un apoyo para pagar las cuentas no me ha caído nada mal. Ella se ha adaptado fácilmente a mi pequeño departamento y hemos estado trabajando hasta altas horas de la noche. Hoy por ejemplo, apenas hemos dormido, yo hago algunas correcciones mientras Sol agrega capítulos picantes que me hacen sonrojar cuando los leo.

—¿De dónde sacas todas esas ideas? —pregunto de manera retórica pero Sol no se da por enterada y sonrío.

—La vida, querida amiga... La vida.

Le devuelvo la sonrisa y le digo que mientras ella termina de escribir un capítulo que había dejado a medias, yo iré a ver a mi madre porque hace casi dos semanas que no aparezco por allí y aunque hemos hablado por teléfono comienza a echarme en cara mi falta de tacto. No le he dicho que renuncié a mi trabajo porque sé que comenzará a preocuparse. Tomo un poco de mis ahorros especiales que tenía separados para mis vacaciones y lo guardo en el bolsillo de mi chaqueta.

Salgo de ahí prometiendo que no tardaré. Cuando bajo las escaleras me encuentro con mis vecinos gemelos, viven en el primer piso. Los saludo y me piden que tenga cuidado porque están subiendo un sofá, me hago a un lado para que puedan pasar, el espacio es pequeño y no cabemos todos. Al parecer tendremos nuevo vecino, al menos es lo que dicen los gemelos, alguien se muda al departamento 303. Les sonrío y les pido que tengan cuidado con el mueble cuando uno de ellos trastabilla y pierde el equilibrio, que recupera milagrosamente.



No le doy importancia al hecho hasta que me topo con el vecino nuevo escaleras abajo. Es muy guapo y además educado porque ha dicho “*buenas tardes*” sin dudar. Le devuelvo el saludo y camino más rápido hasta salir.

Tomo el metro y mientras avanzan las paradas pienso que hace mucho tiempo no me gusta nadie. Es triste. La última vez que me enamoré fue en el Bachillerato se llamaba Daniel y era el típico chico de aspecto oscuro por el cual todas se derretían. Obviamente jamás se enteró de mi existencia, lo supe en cuanto le di mi anuario para que firmara. «Hey, tú, como sea que te llames, suerte en la vida». Y me lo devolvió sin siquiera mirarme. ¡Bah! Me repito mentalmente que probablemente ahora sea un fracasado y medio calvo y ni siquiera le reconocería si me lo topara de frente en la calle.

Cuando salgo de la estación, camino el par de manzanas que me faltan para llegar a casa de mi madre. Me abre con una cálida sonrisa. Me dice que hay un poco de flan en el frigorífico y que lo ha guardado especialmente para mí. Así es ella, siempre haciéndome sentir especial. Le cuento algunas mentiras acerca de mi trabajo y ella se las traga completitas. Hablamos de algunas cosas de familia sin importancia, al menos vital porque me ha contado que mi prima, Anabel, espera su segundo hijo, lo cual, la lleva a preguntarme, por enésima vez, si nunca pienso darle nietos.

—Mamá —respondo entornando los ojos—, aún tengo veintisiete años, no tengo prisa.

—Pero es que me preocupa tanto que vayas a quedarte sola. Algún día moriré, ¿sabes? Y no me iré tranquila, hija. Una mujer debe tener una familia.

—No en estos tiempos, mamá —aclaro—, ahora las mujeres tenemos miles de opciones para ser felices, como hacer una carrera exitosa, viajar...

—Y envejecer rodeada de gatos —me interrumpe.

—Mira, ya veremos, ¿de acuerdo? —corto la conversación porque me sé de memoria el sermón y no llegaremos a un acuerdo. Le beso en la mejilla y saco de mi bolsillo el dinero y se lo extiendo.

—Sabes que puedo arreglármelas sola —dice.

Pero sé que no es verdad. La pensión que le dejó mi padre es mínima y lo que gana con las reparaciones de ropa apenas le da para comer. Fue una suerte que poco antes de morir, papá ya hubiese terminado de pagar la casa.

En ese preciso momento pienso en él, le echo mucho de menos, era el

único hombre sobre la faz tierra para el que yo era mucho más que una princesa.

Mi madre toma el dinero porque sabe que lo necesita y luego me recuerda que aún hay un flan que me espera. Respondo que aún tengo algunos asuntos por resolver y entonces lo coloca en una tartera y me lo extiende. Le doy otro beso y le digo que la llamaré pronto. Me doy prisa para coger nuevamente el metro, no me gusta viajar cuando ya ha oscurecido. Una nunca sabe.

Cuando vuelvo a casa, Sol no está. Busco por encima de la mesa a ver si dejó alguna nota pero no encuentro nada. Entonces me meto a la ducha e intento relajarme. Amo mucho a mi madre pero cada vez que la visito me pide nietos y es un poco estresante aunque intento entenderla. He tratado de explicarle que los tiempos han cambiado pero ella sigue viendo las cosas a su propia manera.

Sol abre la puerta pasadas las nueve de la noche y apenas me ve hace un elocuente gesto.

—¡No vas a creer lo que pasó!

—¿Qué? —pregunto interesada al mismo tiempo que recojo mi cabello, aún húmedo, en una cola.

—¡Un nuevo vecino!

—Sí —respondo de manera torpe—, me lo topé en las escaleras cuándo bajé para ir a casa de mi madre.

—¿Verdad que es guapísimo?

Por supuesto que es muy guapo y Sol probablemente sea su tipo de chica. Mi amiga es hermosa, tiene un cabello largo color chocolate que se mueve de un lado a otro mientras camina y unas preciosas cejas que enmarcan sus ojos color claro, además se viste con estilo. Qué mala suerte tengo.

—Sí, pero no es mi tipo —miento descaradamente.

—¿Y cómo es tu tipo? —pregunta cruzándose de brazos y mirándome inquisitivamente —¿Uno que se parezca a Leonard, el de esa serie de nerds que tanto te gusta?

—¡Ay, vamos! No soy tan predecible, ¿o sí?

Sol se echa a reír y se acerca como para decirme un secreto

—Se llama Manfredo —hace una cara graciosa —, por suerte todos le llaman Fredo o te juro que me doy un tiro.

Me echo a reír por lo bajo.

—Es un nombre horrible.

—¿Pero a qué está buenísimo?

—Ya te dije que no es mi tipo —aclaro intentando recuperar la seriedad.

—No te creo nadita, si te fijaste en él al bajar las escaleras es porque también notaste que el tío está más bueno que el flan de chocolate que preparaba mi abuela. Tú no sueles fijarte en las personas aunque las tengas a dos centímetros de distancia. Es más, hagamos la prueba —se da la media vuelta y se cubre los ojos —, ¿de qué color son?

—Mmmmm —murmuro —, sé que son claros pero no recuerdo exactamente el tono, ¿azules? —pruebo decirle.

—¡Son grises! —Responde haciéndose la ofendida—. ¿Ves? Ahora — hace una pequeña pausa —, ¿de qué color son los ojos de Fredo?

—Me parece que son color miel.

—¡Perfectamente bien contestado!

—Eres tan tonta —le digo.

—Pero sin mí tu vida sería muy aburrida, ¿a que sí?

—Ya, ya —le digo para que nos pongamos serias—. Vamos a trabajar porque estamos atrasándonos, ¿en qué nos quedamos?

—En que Alessandro entra en la alcoba de Sofía y... tan, tan, tan, tan — su musiquita de suspense no me impresiona, así que tomo las hojas que me extiende y las leo—. ¿De verdad que esto vende? —pregunto sin creer aún que podamos estar perdiendo el tiempo en estas niñerías.

—¡Por supuesto! Ya lo verás —recupera las hojas que le devuelvo y se sienta frente a la computadora portátil—, estaba pensando en nuestro seudónimo. Debemos tener uno.

—¿Y qué se te ha ocurrido? —vuelvo a tomar las hojas que ha asentado en el pequeño escritorio.

—¿Qué te parece Sol de Abril? —Entorna los ojos soñadora.

—¡Ay, por Dios, Sol! ¡Suena ridículo!

—Mientras más ridículo más fácil será que lo recuerden.

Retrocede a la primera página en donde coloca el nombre y agranda la letra

—Luce perfecto —declara y no hay manera de decirle lo contrario, así es Soledad, abrumadoramente obstinada.

Como no tengo sueño me quedo despierta corrigiendo nuestra novela, Sol quiere titularla «*Sexting amanecer*» haciendo clara alusión al inicio de la

relación de nuestros personajes principales, que se lleva a cabo por medio de sexys mensajes de texto pero le he dicho que de ninguna manera plasmaré mi nombre, al menos el de pila, en un libro que lleve un título tan espantoso.

Me río un poco. Soledad está un poco loca y es bastante desinhibida pero es mi única amiga y comienzo a tomarle cariño.

Antes de cerrar el ordenador portátil elijo una linda fuente y coloco el título de la novela: «La chica que no creía en los príncipes azules». Me parece que es lindo y completamente afín a nuestra heroína Sofía, quien después de varias decepciones amorosas se ha dedicado a herir a los hombres. Los enamora para luego abandonarlos.

Estoy segura de que Sol amará el título.

# CAPÍTULO 4.

## *Un domingo cualquiera.*

Es domingo, así que Sol y yo decidimos que podemos «y merecemos» darnos un descanso. Hemos trabajado arduamente y necesitamos salir del pequeño apartamento para tomar un poco de aire fresco. Caminamos un poco por el centro y Sol se detiene cada cinco minutos cuando descubre algo que le gusta en los escaparates de las tiendas.

—Un vestido así te quedaría divino —dice.

Niego con la cabeza.

—No puedo permitirme ningún gasto superfluo —aseguro—. Al menos no por ahora.

—¡Hey, mira! —dice señalando a la rubia de Industrias Mitran que ahora pasea del brazo de un chico que parece ser alemán o quizá holandés.

—Ahora practica para el doctorado —aunque después de hacer el comentario me arrepiento. Tras analizar a fondo al personaje principal de nuestra historia descubrí que tenía una razón para ser así, la rubia debe tener la suya. Cruzo la acera para no tropezar con ella y Sol va detrás de mí.

—Te prometo que algún día ya no tendrás que esconderte de nadie —me toma por el brazo y recarga su cabeza en mi hombro como muestra de solidaridad.

—Espero que no suceda como la última vez que mi madre lanzó una sentencia sobre mí.

—No quiero oír esa anécdota, ¿verdad?

—Estoy segura de que no.

Paseamos otro poco, hasta que mientras miramos en una tienda de muebles, Sol me da un codazo que hace que me duelan las costillas

—Parece ser el día de los encuentros casuales, mira quién está en la sección de las mesas.

Me vuelvo intentando no ser demasiado obvia y después me giro violentamente hacia mi amiga. Fredo acaba de voltear hacia nosotras ,

supongo que alentado por la mirada insistente de Sol y se nos acerca sonriendo.

—Hola, Soledad y... —hace una pausa porque no sabe mi nombre.

—Abril —le dice mi amiga para presentarnos, luego me toma por el brazo y me sujeta con fuerza, sabe que necesito todo su apoyo para enfrentar el casual encuentro.

—Y Abril —repite como un autómata Fredo que me mira divertido, quizá porque estoy intentando ocultarme un poco detrás de mi amiga—. ¿Qué hacéis por aquí?

—Paseábamos. Hay que darle un descanso al cuerpo.

Ahora que estamos frente a frente y puedo observarlo a intervalos cortos, Fredo parece mucho más guapo de lo que me había parecido antes y es obvio que me gusta o no seguiría escondiéndome detrás de Sol. La verdad es que me siento un poco avergonzada, mi amiga luce perfecta aún en jeans y con una camiseta blanca fina mientras que yo debo parecer la Cenicienta antes de que apareciera el hada madrina. Llevo una vieja camiseta negra de Metallica y unos jeans rotos. No, no los he comprado así, aunque sé que están de moda, se han roto de tanto que los he usado.

—¿A qué os dedicais? —pregunta interesado y tal vez alentado por la respuesta de Soledad.

—Estamos...

Sol abre la boca e intervengo rápido para callarla.

—¡Hacemos cup cakes!

—¿Y eso deja dinero? —pregunta Fredo mirándome divertido.

—Bueno, acabamos de empezar con el negocio —agrego intentando no titubear.

—Me parece genial.

Sol me echa encima una mirada que no logro interpretar y vuelvo a apretujarme a su lado.

—Abril renunció hace poco a su trabajo y yo llevaba varios meses buscando algo sin suerte.

—Estupendo, tengo una fiesta el próximo sábado para inaugurar el piso, ¿podrías hacer algunos para mí? ¡Ah! Y por supuesto estáis invitadas.

—Claro, claro —le digo, llevándome la mano libre a la cabeza.

—Bueno, debemos irnos —dice Sol y me agarra por el brazo ya que no he dejado de aferrarme a ella.

Nos sentamos en la cafetería de la tienda y pido una cerveza, realmente la necesito. Sol no ha dejado de decirme que no debí abrir la boca:

—No debes abrir la boca si no vas a decir nada inteligente —es la quinta vez que lo repite—. ¿Cup cakes? ¿En serio? ¿De dónde sacas tus ideas? ¿De los shows de la televisión? ¿De las películas del cine?

—¡No se me ocurrió nada! —me defiendo—. ¿O «estamos escribiendo un libro erótico» te parece una respuesta mejor?

—¿Qué demonios pasa contigo?

—Nada —me cruzo de brazos y cuando llega el camarero le doy un trago largo a mi cerveza.

—¿Ahora que vamos a hacer?

—Decirle que tenemos muchos pedidos y que no tendremos tiempo, además creo que solo estaba tratando de ser amable.

—No, Abril, no podemos decir eso, tal vez nos hubiese creído si lo hubiéramos dicho en el momento pero ahora ya no. Solo quedaremos como un par de locas mentirosas.

—A mí no me importa, por mí puede pensar lo que le dé la gana.

—¡Ay, por favor! No seas niñita, ¡por supuesto que te importa!

—Es solo un tío ¿de acuerdo?

—Pero uno que te gusta.

—No me gusta —bebo nuevamente y ella me observa detenidamente. Ya sabe que estoy mintiendo.

—Espera, ¿crees que a mí me gusta y por eso lo niegas?

—No me importa si te gusta.

—¡Oh, por Dios, Abril! ¿En serio? —insiste.

—¿Te gusta?

—¡Noooo! —grita y ahora todos en el restaurante saben que a Sol no le gusta Fredo—. ¿A ti sí? —Y ahí vamos de nuevo.

—Ya te dije que no.

—¡Por supuesto que te gusta! Pero probablemente ya has olvidado lo que se siente. Te has abandonado tanto.

—He hecho lo que debía. Estaba enfocada en mi trabajo. Ya te lo

dije.

—No es verdad, creo que en realidad te mueres de miedo por tener una relación, crees que no te la mereces.

—No enfoco mi vida de ese modo, ¿de acuerdo? No es lo primordial para mí, antes quiero realizarme laboralmente y además déjame decirte que como psicóloga te morirías de hambre —suspiro—. Tuve que hacerme cargo de ciertas cosas, ¿de acuerdo? Era muy joven cuando mi padre murió y lo que dejó apenas nos alcanzaba para subsistir, era necesario que dejara todo lo demás de lado.

—Pero la vida pasa frente a tus ojos y estás dejándola ir. ¡Oh, por Dios! —exclama como si alguna verdad le acabase de ser revelada—. ¡Eres virgen!

—Sí, claro —vuelvo a cruzarme de brazos enfadada—, grítalo más fuerte, me parece que aquél señor, sí, el que está hojeando los libros — señalo hacia el fondo de la tienda—, no te ha escuchado.

—Me habías contado que no habías tenido un novio, sí, claro, pero eso no significaba que no hubieses tenido una aventura —murmura por lo bajo.

—No es tan importante, Sol —digo en plan defensivo.

—Sí, probablemente el sexo está sobrevalorado —se encoge de hombros—, pero no me digas que no te gustaría enamorarte.

—Las cosas pasan cuando tienen que pasar, correr prisas no me ayudará a encontrarlo más pronto, solo me llevará a equivocarme y a elegir erróneamente.

—A veces eres muy sabia, ¡pero cuando abres la boca lo echas todo a perder! —refuta.

—Vamonos ya, que no puedo pagar más de una cerveza —la bebo hasta el fondo y echo un billete sobre la mesa, Sol me imita y nos volvemos al piso.

—No me dijiste que haríamos —dice.

—Haremos los jodidos cup cakes.

—¡Abril, soy malísima en la cocina!

—Pues toma un curso en Youtube o lo que sea pero tenemos que llevarlos a la bendita fiesta.

—¿Entonces iremos?

La miro, no sé por qué presiento que esto no traerá nada bueno.



—Iremos —le aseguro y entonces Sol me sonrió y apresuramos el paso.

# CAPÍTULO 5.

## *La fiesta inolvidable.*

Sol y yo nos hemos dado prisa para editar el libro durante la semana, hemos trabajado día y noche sin descanso. Le he agregado algunos pasajes románticos y ella muchos sexuales, al final nos hemos sentado con una botella de vino a releer una y otra vez para que no se nos escape nada. Ambas hemos quedado satisfechas. La historia tiene de todo, momentos dramáticos, humorísticos, otros muy intensos y muy, pero muy subidos de tono. Me he echado a reír un poco porque no sé de dónde saca Sol tantas ideas atrevidas pero lo mejor de todo es que me he quedado atónita cuándo he leído el final editado: Sofía decidió quedarse sola por un tiempo y se fue a vivir con una amiga, ha hecho a los hombres a un lado por un tiempo y al fin encuentra un poco de paz... Comienza a encontrarse con ella misma. La miro. Una pequeña lágrima le resbala por la mejilla y hace a un lado su borrador al mismo tiempo que enciende un cigarrillo.

—Eres tú —le digo.

—¿Qué? —pregunta como si algo se le escapara.

—Tú eres Sofía.

—¿Y hasta ahora no te has dadi cuenta?

—¿Es tu vida lo que escribiste?

—No exactamente.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Abril —dice mi nombre y da otra calada—, la vida me ha dado otra oportunidad, por primera vez no tengo que estar con un hombre que me reafirme lo poco cosa que me siento.

—Pero, Sol —le digo—, eres hermosa, inteligente y culta, no te hace falta nada, ¿qué puedes intentas buscar en otra persona que no encuentres en ti misma?

—¿Amor? —pregunta con ironía.

Me acerco y la abrazo por la espalda, ella me da las gracias muy bajito, cree firmemente que soy la primera persona que cree de verdad en

ella y por eso siempre podré contar con su amistad. Le doy un beso en la mejilla y le digo que es tarde, quizá sea hora que nos vayamos a dormir. Ella sonríe y responde que se quedará otro rato. Sé que probablemente necesita un tiempo a solas y la entiendo. Todos necesitamos estar un rato en silencio con nosotros mismos de vez en cuando. Es una suerte que nos hayamos encontrado.

El sábado me levanto al medio día y encuentro a Sol recostada en el sofá. No tengo idea de a qué hora se habrá quedado dormida, así que la dejo descansar. Me arreglo un poco y salgo. Tengo que ir al supermercado a por todo lo necesario para hacer los cup cakes para la fiesta de Fredo.

Cuando vuelvo son las dos de la tarde y Sol ya se ha levantado, tiene el cabello revuelto y una resaca del demonio. La muy sinvergüenza se bebió toda la botella de vino... Y era la última que quedaba pero no pienso recriminárselo, yo también he tenido mis caídas y entiendo cómo se siente. La animo a tomarse un paracetamol y después comienza a sentirse mejor.

Es tarde, así que comenzamos a preparar los cup cakes ayudadas por un video que descargué de internet y cuando al fin los sacamos del horno y los probamos, constatamos que no nos han quedado tan mal, Sol cree que si no obtenemos resultados con el libro podemos poner una tienda. Me echo a reír sin descaro, ¿quién era la que sacaba las ideas de las series de tv?

Para esa noche Sol ha elegido un lindo vestido color azul que le sienta de maravilla y ha hecho muecas cuándo me ha visto con aquél pantalón de vestir negro, que ha sido mi compañero fiel para las escasas salidas a las fiestas familiares, combinado con una camisa blanca y una rebeca, que al parecer ya no está de moda.

—No, no, no —murmura entre dientes—. ¿Qué demonios tienes puesto?

—Es mi ropa de fiesta —me defiendo.

—Habrá sido ropa de fiesta en los noventas, Abril, pero estamos en el año dos mil dieciocho, ¡dos mil dieciocho! Las modas han cambiado por si no te has enterado.

Me toma de la mano y me lleva hasta su habitación que, como antes comenté era una galería, pero trabajamos un par de fines de semana para acondicionarlo y que se sintiera un poco más cómoda y tuviera privacidad. Debo decir que Sol es muy creativa, pintó las paredes y compró tan solo un par de pequeños muebles y ahora luce muy confortable.

Una vez allí agarra un par de vestidos y me los pega al cuerpo para ver si podrían ajustarme, decide que sí y yo me niego, uno de ellos me parece demasiado revelador y el otro es demasiado corto.

—No voy a usar eso —aseguro.

—De acuerdo, de acuerdo, quizá me excedí un poco —revuelve otro poco su pequeño armario, que antes era una pequeña bodeguita para guardar la despensa, y entonces me extiende una blusa blanca con puntos negros y una chaqueta gris que hace juego.

Es verdad, todo luce mucho más moderno. Al parecer las hombreras dejaron de usarse hace siglos, según me explica Sol, porque daban una apariencia demasiado masculina que a nadie le agradaba.

Me cambio rápidamente y Sol saca unos hermosos zapatos negros de una caja, parecen nuevos, y me los extiende.

—Son todos tuyos, nunca me gustaron.

—¿Y entonces porqué los compraste? —pregunto con firmeza, ya que dudo mucho que esos zapatos espectaculares, puedan no ser del agrado de alguien.

—Vamos —insiste.

—De acuerdo —le doy un abrazo y un beso en la mejilla que ella se limpia con el dorso de la mano.

Me echo a reír. Es una tonta.

—Se me ven bien —le digo en cuanto me pongo los zapatos—. ¿Crees que parte de que le dieran el ascenso a la rubia se debió a que yo no lucía profesional? —pregunto pensativa.

—A veces en este mundo valoran más la apariencia que la inteligencia —levanta los hombros como para restarle importancia—. Realmente pienso que es estúpido, pero no creo se haya debido a eso, Abril. Estoy segura de que la rubia se acuesta con ex tu jefe.

Soledad me devuelve el abrazo y después asegura estoy guapa, pero que estaría mejor si me pusiera un poco de pintalabios. Le sonrío y tomo el que me extiende, no me veo tan mal después de todo.

\*\*\*

Llegamos a la fiesta y noto que hay poca gente, lo que no me sorprende, Fredo parece ser de esos tíos que escogen bien a sus amistades.

Después inspecciono mí alrededor. Para empezar no puedo creer que su apartamento sea el doble de tamaño del mío. Al parecer Fredo se ha dado cuenta de que lo miro incrédula porque se acerca a saludarnos. Nos planta un beso a ambas y sonrío divertido.

—Son dos apartamentos pero derribaron una pared para hacer uno solo.

Sonrío al darme cuenta de que sabía exactamente lo que pensaba.

—Me gusta. Tienes buen gusto.

—¡Vaya! Sabes sonreír —comenta mirándome con dulzura.

Me avergüenzo y siento que el color rojo tiñe mis mejillas. Lo cierto es que Fredo es muy guapo, es bastante alto, su piel es apiñonada, sus cejas son el marco perfecto para sus ojos color miel y su sonrisa sería ideal para un anuncio de dentífrico. Debo aceptar que me intimida un poco.

—Aquí tienes los cup cakes —le dice Sol extendiéndole la bandeja. Después, me toma de la mano y se acerca a mi oído—, debemos movernos, así crearás más interés en él.

—No me interesa crear ningún interés en nadie, Sol. Fredo me da lo mismo —susurro.

—¡Ay, por favor! Si casi babeaste cuando lo viste acercarse a saludar.

—Por favor, no seas infantil. Estaba babeando por su apartamento, ¡es precioso! —Gesticulo exageradamente con las manos.

Sol hace un mohín y sujeta mis manos para que las deje quietas.

—Sí, claro y nadie puede negar que eres muy pero que muy expresiva. Quizá demasiado —me da un golpecito en las manos para que las deje quietas.

Nos movemos hacia la terraza donde encontramos asientos vacíos y nos acomodamos. Nos ponemos a conversar de superficialidades y al poco rato un chico nos pregunta si nos apetece una bebida, pedimos un par de cervezas. El ambiente es muy relajado, no pensé que me sintiera tan cómoda en el apartamento de Fredo pero es casi como estar en mi propio hogar aunque en realidad soy una chica que prefiere la soledad. Todo lo contrario a Sol pero esta noche ella tampoco parece tener ganas de socializar porque se queda junto a mí. Respira pausadamente mientras

bebe su cerveza y disfruta de la perfecta brisa.

—Apenas puedo creer que no tenga interés en nada. No sé qué sucedió conmigo, Abril. Si me hubieras conocido seis meses atrás...—se confiesa.

—¿Por qué lo dices? —pregunto acercándome un poco por si alguien se aproxima, probablemente esta sea una conversación que Sol prefiera mantener en privado.

—Antes me hubiera mezclado entre la gente, habría intentado conquistar a algún chico lindo para no irme sola a la cama esta noche.

Su confesión me desmorona, no pensé que Sol se sintiera tan sola.

—Estoy aquí contigo, no estás sola —intento reconfortarla.

—Creo que estoy madurando.

Le sonrío.

—No creo que sea para tanto —aseguro.

Sol me devuelve la sonrisa y en ese momento Fredo se nos une. Asienta un plato sobre la mesa con algunos bocadillos y se sienta frente a nosotras.

—¿Cómo lo estáis pasando, chicas?

—Muy bien —responde Sol—, Abril y yo comentábamos el buen ambiente que se respira.

—Tengo pocos amigos pero todos son excelentes —nos señala a una pareja que se hace arrumacos junto a la barra de su cocina—. Ellos son Lulú y Pato, los conozco desde la escuela primaria, ¿podéis creer que llevan saliendo desde que tienen doce años? Hace apenas un par de meses que se casaron y todo les va de maravilla. Son muy afortunados. Ese otro —señala a otra pareja que está sentada en un sofá—, el que está con el chico de la camiseta color café, se llama Enrique y nos conocemos desde el instituto, su compañero es su novio desde hace cuatro años y también parecen ser muy felices. Los otros tres que están en la sala, son Federico, Teo y Dardo, amigos de la Universidad.

—¿Y el sobrenombre de Dardo le viene de...? —pregunta Sol, quizá impresionada por su aspecto de cantante de rock. Melena revuelta, jeans, camiseta negra de cuero y semblante rebelde.

Fredo se echa a reír, puedo imaginar el porqué del mote y supongo que es por ello que ríe descontroladamente. No puedo evitar notar que su risa lo inunda todo, es fresca y natural. Quizá si me gusta un poco después de todo'.

—Es un poco gracioso —responde aclarándose la garganta—, porque muchos piensan que su apodo se debe a... No sé cómo explicar esto.

—¿Por qué tira muchos dardos a las chicas? —pregunta Sol con su desparpajo de siempre.

—No, no —intenta explicar—. En realidad, es tan simple como que se llama Gildardo y detesta su nombre —vuelve a echarse a reír hasta que consigue controlarse—. Lo siento, su nombre y su apodo han sido causantes de muchas bromas.

Mientras habla, miro bien a Fredo, es absolutamente fantástico, me gusta mucho su sencillez, además de su obvio atractivo. Y no, no me refiero a ese tipo de atractivo que detiene el tráfico; tiene un lindo rostro pero lo que más me gusta es esa paz que emana. Su voz es pausada y no parece tener prisa, se lo toma todo con calma.

—No podemos evitarlo. ¡Hey, chicos!

Su voz llamando a sus amigos me saca de mis cavilaciones y de pronto la mesa se llena de conversaciones tan variadas que no sé a cuál prestarle atención. Termino centrándome en la de Enrique que es un orador nato que está lleno de anécdotas de Fredo y sus amigos que me resultan tan divertidas que apenas consigo no orinarme de tanta risa.

He notado que Sol ha hablado un poco con Dardo pero al final de la velada, no se han pedido el número del móvil, lo cual probablemente sea mejor para ella, al menos en estos momentos en que debe reconstruir sus paredes llenas de grietas.

# CAPÍTULO 6.

## *La bella y la bestia.*

—Me divertí mucho —le digo a Fredo al despedirme y le ofrezco mi mano pero él se acerca a besarme en ambas mejillas y luego hace lo mismo con Sol que le sonrío melancólica.

—Excelente fiesta. De verdad. Me encantaron tus amigos —Sol alarga sus pasos hasta la escalera y luego se vuelve hacia mí y me avienta un beso—. Te espero abajo, estoy un poco cansada.

—Bueno, yo también debo irme

Fredo asiente y asegura que será un placer vernos de nuevo.

¡Oh, oh! Dijo «vernos de nuevo» no «verte de nuevo» o algo por el estilo. Habló en plural lo que significa que no tiene interés alguno en mí.

Me da lo mismo, yo tampoco tengo ni un poquito de interés en volver a sufrir otra decepción amorosa como en mis años mozos, así que le digo adiós con la mano y corro para alcanzar a Sol.

—Eres tan tonta —dice fulminándome con la mirada.

—¿Por qué?

—Me fui para que te quedaras un momento a solas con él. Creo que le gustas.

—Por supuesto que no —aseguro.

—Por supuesto que sí, eres encantadora cuando te lo propones ¿lo sabías? Además no sabía que pudieses reír tanto, es más, creo que ni siquiera imaginaba cómo sonaba tu risa.

—Muy graciosa, Soledad.

Ella me saca la lengua divertida y yo, que sé que odia su nombre completo, lo he mencionada con la pura intención de fastidiar.

—Vamos. Es tarde.

Me acuesto un poco inquieta pensando en lo agradable que es Fredo pero necesito concentrarme en lo realmente importante: mañana será un nuevo día y necesito descansar.



\*\*\*

Durante la semana siguiente Sol y yo nos dedicamos a enviar nuestro libro a varias editoriales y después de eso, la espera parece agotadora... Y eterna... He estado pensando seriamente en renunciar a este sueño absurdo e infame, ilusorio y volátil. No puedo quedarme aquí sentada, mientras Sol vaga por la casa como si fueran a llamarnos a los dos segundos porque somos las mejores escritoras del universo entero; aunque debo admitir que me gusta mucho nuestro libro, a pesar de que creo que es más de Sol que mío pues fue ella quien estructuró la historia, sé que no será ni por mucho un *BestSeller*.

Sé bien que mi amiga conoce mucho del mundo, dado su estatus social privilegiado, pero creo que no sabe absolutamente nada del universo editorial. ¿Acaso alguna vez ha leído sobre la cantidad de veces que rechazaron a *J.K. Rowling*? Por supuesto que ahora todas esas editoriales deben de estar dándose golpes contra la pared después de ver el éxito que resultó ser su historia pero nosotras no somos más que un par de ilusas soñadoras queriendo ganarnos la vida haciendo algo que amamos pero los sueños, la mayoría de veces, distan mucho de la realidad. Al menos de la nuestra.

—No voy a sentarme a esperar seis meses a que todos nos digan que no —le aseguro mientras me hundo malhumorada en el mullido sillón de la sala.

—No tendremos que esperar, decidí subirlo a la red.

—¿Qué, qué?

—Bueno, sé bien que los procesos de revisión de un libro son largos así que también lo subí. ¿Qué perdemos? Quizá nadie haga *click* —hace un ademán gracioso —, pero y ¿qué tal si sí? No sería la primera vez que un auto-publicado vende. En fin, Abril, yo dejaré de atormentarme y me iré a tomar una copa. Me la merezco. He trabajado mucho, tal vez demasiado y tú —hace un exagerado énfasis en la palabra—, tal vez deberías hacer lo mismo.

—No, no. No puedo. Usaste el seudónimo, ¿verdad?

—Sí, aunque sé que te parece ridículo a mí me gusta. Me parece que es fácil de recordar. En fin, daré una vuelta por ahí, ¿de acuerdo? Descansa de mí, linda —dice antes de atravesar la puerta y desaparecer de mi campo de visión.

Nunca antes había probado un cigarrillo pero acabo de encender uno que dejó Sol asentado sobre la barra de nuestra pequeña cocina, estoy ansiosa y ni siquiera sé por qué. El humo se me atora en la garganta y comienzo a toser con fuerza. El cigarro sabe al demonio pero la verdad es que tener algo, aunque sea tan dañino, que llevarme a la boca de vez en vez, logra calmar un poco mis nervios.

Enciendo el ordenador y comienzo a buscar algo, noticias del mundo, ofertas de trabajo, cualquier cosa, no sé qué porque no logro concentrarme. Nuevamente pienso en mi madre, si llega a enterarse de que ando metida en la autoría de libros eróticos va a darle un colapso nervioso ya que siempre ha sido muy reservada. Tocan la puerta y salto del susto. Estoy tan concentrada en mi infortunio que no esperaba el golpeteo en la puerta. Me levanto para abrir y me topo con Fredo que está parado en el marco de la puerta, debo decir que luce encantador, va vestido de manera informal y tiene el cabello un poco revuelto.

—Hola —saluda con desparpajo.

—Hola, Fredo, ¿en qué puedo ayudarte?

—No me cobrásteis los cups cakes de la fiesta. Así que vine a saldar mi deuda como un buen ciudadano.

—¡Es cierto! —respondo como si acabase de revelarme una gran verdad.

Hago rápidas cuentas mentales de lo que gasté en los ingredientes y agrego otro tanto por el valor de nuestra mano de obra

—Son cuarenta euros.

—Muy bien, aquí tienes cincuenta y...

—Espera, espera, que te doy el cambio —interrumpo.

—No, no, la verdad es que todos quedaron encantados con ellos y creo que cuarenta es muy poco para el trabajo que les llevó hacerlos.

—¡Oh! Solo nos tomó unas cuantas horas.

—Por favor, sé que lo necesitan.

Lo miro atentamente, ¿cómo puede saber que estamos pasando dificultades económicas? Aunque debe notarse a miles de kilómetros de distancia no puedo evitar sentirme un poco avergonzada.

—¿Disculpa?

—Bueno —intenta disculparse—, no creo que vender cup cakes les

deje mucho.

—No, no mucho, en realidad —le explico—, pero estamos bien.

—De acuerdo, si tú lo dices.

—De acuerdo —repito como una tonta.

—Debo irme —se apura a decir.

—De acuerdo.

¡Dios! ¿No sé decir otra cosa?

Fredo se da la media vuelta y entonces se vuelve hacia mí

—¿Abril?

—¿Sí? —pregunto.

—¿Te apetecería alguna vez tomar un café?

Me quedo atónita, apenas puedo moverme. ¿Fredo acaba de invitarme a tomar un café?

—Claro, algún día, que... puedas —Fredo titubea y eso me descoloca.

—Sí, sí, por supuesto.

Ni siquiera consigo escuchar mi propia voz, estoy completamente perdida en sus ojos color miel.

—De acuerdo.

Y ahí estamos, volvemos a los de acuerdo como si fuese la frase de moda para decir: ¡hey, sí, claro que sí! Estoy en shock pero por supuesto que iré.

Fredo me sonrío antes de marcharse y yo me quedo de pie en la puerta hasta que lo pierdo de vista, por supuesto que apenas vuelvo a cerrar corro hacia el espejo para constatar con qué acaba de encontrarse. ¡Dios! Estoy hecha un desastre, nuevamente con la camiseta vieja de Metallica y un pantalón corto viejo y desgastado que tenía olvidado en un cajón de la encimera y con el cabello tan revuelto que parece que acabo de salir ilesa de un huracán. Muevo la cabeza hacia un lado y otro mientras me sigo preguntando si será posible que le guste aunque sea un poquito. Instintivamente paso el dorso de la mano por mi cara para limpiar el brillo que el calor le brinda a mi piel morena, cómo si así pudiese arreglar el desastre. La verdad es que nunca he sido fea, al contrario, creo que tengo rasgos que me hacen atractiva pero soy pésima para sacarme partido.

Regreso al ordenador y me siento frente a él, luego comienzo a teclear para buscar en la red el libro: para comenzar diré que Sol creó una portada muy linda y atractiva a la vista. Ya lo había dicho antes, ella tiene un sentido muy agudo de la estética... Y después todo ocurre a una velocidad vertiginosa: ¡alguien lo ha descargado! Una única persona, así que me levanto y grito, y salto, y me vuelvo loca. Aunque al segundo me siento un poco ridícula, ¿y si fue la misma Sol usando algún otro perfil? Espero con ansia a que vuelva a casa para preguntarle y mientras tanto voy a la cocina a preparar algo para cenar.

—¡Sol, alguien compró nuestra novela! No fuiste tú, ¿verdad? —le digo apenas atraviesa la puerta pero hay algo extraño en ella, parece haber bebido de más—. ¿Qué sucede? ¿Estás bien? —pregunto al mismo tiempo que la ayudo a llegar a su habitación. Apenas se sienta sobre la cama se echa a llorar.

—¡Por Dios Soledad! Estás asustándome. ¿Qué demonios sucede?

—Es Leo...

—¿Leo, quién es Leo? —la interrogo mientras intento quitarle las botas.

—Mi ex, ¿recuerdas, el que me engañó con mi mejor amiga? —Hace una larga pausa para limpiar su nariz—. Los he visto en el centro, ella... Está embarazada —su llanto va en aumento.

—¿Y por eso bebiste hasta casi caerte? ¡No vale la pena!

—¿Qué puedes saber tú? ¡Ni siquiera has tenido un novio! —grita.

Intento no sentirme herida por su comentario, después de todo está ebria y no sabe lo que dice, así que decido que es mejor dejarla sola, al menos por el momento, y esperar a que pase su mal humor. Ya después podremos tener una conversación adulta acerca de esto, así que me voy directo a la cama, ni siquiera tengo ganas de encender la televisión.

\*\*\*

Mientras preparo el desayuno a la mañana siguiente, Sol hace su entrada triunfal a la cocina. Se dirige inmediatamente al refrigerador de donde saca una botella de agua purificada y se la lleva a la boca. Aún estoy algo enfadada pero la hago a un lado para darle una bebida isotónica. Se la dejo

sobre la barra y le pido que beba. Ella la toma e inmediatamente me agradece.

—Sé que estás enojada conmigo —dice con voz ronca.

—No puedo entender por qué la gente bebe y llega al extremo de no saber lo que dice.

—Lo siento. No recuerdo qué dije pero créeme que lo siento. No soy yo cuando bebo.

—No importa que bebas, Soledad, el problema es que hay que saber cuándo detenerse.

—Ni siquiera bebí tanto, ¿de acuerdo? ¿Has escuchado alguna vez que cuándo estás deprimida el alcohol te hace más efecto?

—Sí, creo que alguna vez leí algo al respecto.

—Está embarazada... de Leo...

No es información nueva y aunque no deja de sorprenderme como alguien puede hacerle eso a alguien con quien tuvo incluso intenciones de casarse, no puedo permitirle que siga en esa espiral de destrucción. ¿De verdad creéis que exagero? Sol lleva deprimida bastante tiempo, todas y cada una de sus confesiones dejan ver todo el dolor que envuelve con su aparente entusiasmo por la vida, con sus locas decisiones y sus palabras de aliento. ¿De verdad eso es lo que trae consigo el amor? Ella ya no cree en los príncipes, quizá basó toda su vida en el falso cuento de hadas que nos contaron a todas cuando éramos pequeñas. Quizá creyó en el «y vivieron felices para siempre» y su historia no terminó como ella esperaba. No quiero saber cómo puede terminar la mía. Me aterra darme cuenta de que soy tan vulnerable como ella. Me horroriza que Sol sea como un espejo en el cuál ahora mismo podría estar mirándome.

—Escucha, Sol. Ese tipo no vale la pena. Ni un céntimo. No vivas atormentándote por lo que hace o deja de hacer. Da vuelta a la página.

—Suena fácil, Abril, pero no lo es. Y créeme que no deseo que te suceda para que me entiendas. Fue horrible. No sabes lo que es darte cuenta de que alguien a quien amabas te usó.

—Me imagino cómo debes sentirte pero vamos, amiga. Hay dos tipos de personas, las que toman un fracaso para terminar de hundirse y las que lo toman para agarrar vuelo.

—Estoy luchando por demostrarle que soy algo más que una chica vacía, que puedo obtener algo por mí misma. Eso es justo lo que estoy haciendo.

—Si necesitas cualquier cosa aquí estoy pero beber no solucionará nada, ¿de acuerdo?

La abrazo fuerte y ella me lo agradece dándome una palmadita en la espalda.

Luego le ofrezco mi desayuno y ella niega con la cabeza.

—No puedes dejar de comer, no es sano, Soledad —declaro.

Esto no puede seguir así.

# CAPÍTULO 7.

## *El lector.*

Son casi las diez de la noche cuándo alguien toca a la puerta, Sol se asoma por la mirilla y me hace gestos para que me vuelva a mirarla ya que sigo con la vista clavada en el ordenador revisando si alguien más ha bajado nuestro libro. Soledad me ha dejado muy en claro que nada va a suceder mientras yo siga ahí sentada contando los minutos que pasan y mencionó algo acerca de la ley de Murphy como al paso pero honestamente no le puse atención. Sin embargo, ahora que mueve los brazos y brinca sin parar, le he echado un vistazo. Parece, según su exagerada gesticulación, que hay alguien detrás de la puerta. No entiendo muy bien qué dice pero creo que quizá es una visita inesperada que no quiere atender. Cuándo me levanto a abrir, me entero al fin de que no era eso lo que quería decir en realidad, sino que Fredo estaba al otro lado. Estoy francamente hecha una facha pero a él parece seguir sin importarle como luzco porque me saluda con un beso en la mejilla y cuando me vuelvo a ver a Soledad, ésta ha desaparecido. No sé cómo pudo hacerlo, ¿no estaba detrás de la puerta? A veces pienso que Sol tiene algún tipo de poder que solo usa en los momentos menos apropiados.

—Hola, Abril —saluda como solo él sabe hacerlo, al descuido y como si fuese un gran amigo de años atrás que no necesita anunciarse para pasarse por tu casa.

—No me digas, pasabas por aquí y se te ocurrió pasar a saludar — respondo intentando bromear pero creo que tampoco soy muy buena para hacer bromas, es más, creo que apesto.

—Qué graciosa.

Quizá no soy tan mala después de todo porque Fredo me mira divertido y da una vuelta con la vista por el apartamento.

—De verdad que es pequeño.

Luego, al mismo tiempo que pregunta «¿qué hacías», recorre el breve espacio y se asoma al ordenador de mi pantalla. ¡Oh, no! ¡Dejé abierto el link del libro!

—¡Oye! ¡No me digas que vas a comprar ese libro!

—Ehhh —titubeo y no sé qué responder.

—No entiendo cómo la gente puede leer semejante basura.

—¿Qué? ¿Ya lo leíste?

—Bueno, en realidad no es mi tipo de lectura, ya sabes —se aclara un poco la voz—, soy más de historias de aventuras como “El señor de los anillos” o “Juego de tronos” pero mi hermana lo ha descargado. Ella siempre está atenta a las novedades. Baja casi cualquier libro que suban a la plataforma.

«Casi cualquier libro» ¿Debería sentirme ofendida?

—¿Puedes creer que tengan tanto éxito los libros basados en el sexo como forma de vida?

—No sé, Fredo, necesitaría leerlo para opinar, ¿no crees?

—Aunque mi hermana dice que le ha gustado —agrega como si no me hubiese escuchado antes.

Fredo hace una profunda pausa mientras sigue asomado a mi pantalla, quizá le hacen falta anteojos.

Al siguiente instante lo veo levantar los hombros como para restarle importancia.

—Ah, sí —dice cuando nota que no dejo de mover las manos con nerviosismo—, vine a pedirte un poco de café. Se me terminó por la mañana y olvidé pasar a comprar. Debo revisar un par de trabajos y debo mantenerme despierto.

—¿A qué te dedicas, Fredo? —pregunto cómo al descuido mientras cruzo el pequeño espacio para llegar a la cocina y extraigo el pequeño frasco de café barato.

—Soy editor. ¿No te lo había contado?

—¿Qué? —respondo extendiéndole el frasco.

—Sí, sí, de hecho estoy revisando un par de libros de un autor novel. A eso me dedico, mi hermana me ayuda a buscarlos, es como mi lectora de prueba. Ella decide si un libro es lo suficientemente bueno. Es como el primer filtro, luego, si veo que puede funcionar lo corrijo y se lo pongo a mi jefe en el escritorio.

—¿Ella trabaja contigo?

—Se podría decir.

—Vaya, estoy asombrada.



—Por cierto, ¿aceptas ahora esa taza de café? —pregunta y al notar mi expresión confundida me aclara que un poco de compañía no le vendría mal.

—Pero estoy en pijama.

La verdad es que no sé si quiero tomar café con alguien que ha dicho que «La chica que no creía en los príncipes azules» es una basura.

—No vamos a ir al centro, Abril, únicamente hay que subir un par de escaleras y caminar por un pasillo. Nadie va a verte.

«Excepto tú», pienso al instante. No sé. No estoy segura de que deba aceptar, es tarde y no creo que sea prudente que una chica entre al departamento de un chico sin saber qué intenciones tiene. La idea de la presa fácil y el asesino serial vuelven a mi mente. ¿Qué diría Soledad en estos casos? ¡Ah, sí! «Qué más da si está bien o mal, quítate esos prejuicios de la cabeza y sé tú misma, la edad de piedra hace mucho que se quedó atrás»

—De acuerdo —respondo.

Tomo un suéter del respaldo de la silla y me lo echo encima. Cierro la puerta tras de mí y no le pongo cerrojo.

Mientras Fredo se acomoda frente a su ordenador, yo me ofrezco a preparar el café. Él lo agradece y luego, cuando me siento a su lado y le extiendo el tazón, me siento frente a él y bebo un sorbo del mío. Fredo sonríe y me extiende el borrador. Comienzo a hojearlo. Parece ser una historia de suspenso, una de esas en que un loco secuestra una chica para volverla su juguete sexual y luego de cansarse de ella, la mata y se busca otra. Bueno, al menos es lo que parece por la sinopsis que acabo de leer.

—Terrorífico, ¿no? — pregunta cuándo nota la cara que he puesto.

—Un poco, sí. ¿Es bueno? —intento hacer conversación.

—Demasiado. El autor tiene un excelente manejo del suspenso pero... A veces eso no basta. El mundo editorial actual prefiere obras que sabe le van a generar ventas millonarias aunque no sean buenos libros.

—¿Cómo sabes cuál es un buen libro?

—Entiendo perfectamente tu pregunta, Abril, lo que para mí puede ser un buen libro para otro puede ser una mierda —se acomoda en la silla

y fija su mirada en mí—. Verás, para mí un buen libro es aquél que te mantiene en vilo, que está excelentemente redactado, cuyas piezas encajan a la perfección y que no recurren al relleno para alargarlo. Todo lo que sucede es vital para la historia.

—Ah —respondo y vuelvo a hojear el borrador—. No te preocupes por mí y sigue haciendo tu trabajo que ya me callo.

—De acuerdo —responde y vuelve a centrarse en la pantalla de su ordenador. Esto no se parece nada a una cita romántica, sin embargo disfruto de su compañía incluso en medio del silencio y no he desaprovechado el tiempo, he leído tres capítulos del libro y ahora entiendo que Fredo tiene razón. Es bastante bueno. Espero que jamás se entere que yo tuve que ver con «La chica que no creía en los príncipes azules» o juro que escapo a Marte, aunque quizá no debería importarme lo que piense.

La verdad es que Fredo, aunque no me parece un intelectual, sí que me parece un tipo bastante inteligente y sobre todo fascinante. Me agrada su compañía pero cuando miro el reloj y veo que son las doce me disculpo alegando que estoy cansada y que debo irme a la cama. Él no intenta detenerme, me agradece la compañía, el café y me da las buenas noches de pie frente a su puerta. Luego me sonrío hasta que desaparezco por el pasillo que da a las escaleras.

Cuando entro al departamento, noto que Sol no está y entonces vuelvo a preocuparme, sobre todo cuando le llamo al móvil y no me responde. ¿Qué demonios sucede con ella?

La muy descarada, entra al departamento pasadas las tres de la mañana, lo sé porque no he podido dormir ni un poquito. No saber qué es lo que está pasando por su cabeza me pone los pelos de punta pero no voy a levantarme, Sol ya es una mujer adulta y no puedo estar cuidando de ella como si fuese una niña.

# CAPÍTULO 8.

## *Los chicos no lloran.*

—¿Dónde demonios te metiste anoche? —pregunto a Soledad sin siquiera darle los buenos días.

—Tuve que salir un momento.

—¿A dónde?

—Deja de preocuparte por mí, ¿quieres? Ya no soy una niña.

—Pues déjame decirte que te estás comportando como una y además hay reglas que debemos seguir.

—Dijiste que la única regla era que no trajera chicos aquí y no lo he hecho.

—¿Y entonces sales a conseguírtelos? —sé que he sido dura pero no hay otra manera de decir las verdades por más brutales que sean y menos entre dos amigas como nosotras.

—Tú no eres mi madre —responde completamente a la defensiva.

—Por supuesto que no, gracias a Dios y ahora entiendo por qué te echaron de casa.

—¡Tú no sabes nada! —grita y luego se mete a su pequeña habitación y se encierra dando un portazo.

La sigo y abro la puerta.

—¿Qué demonios sucede contigo? Eres mi amiga y me preocupo, no es que quiera entrometerme en tu vida.

—Fui a ver a Leo, ¿de acuerdo? —su mal humor es más que obvio.

—¿Qué? —pregunto.

Mi cabeza no termina de procesar aún que haya accedido a ver al imbécil que arruinó su incipiente vida.

—Yo necesitaba...

—¿Qué? ¿Hacerte otra herida más que sabe Dios cuánto tardará en sanar? ¡Ya estás llena de ellas! ¿Acaso eres masoquista?

—Quería despedirme y cerrar círculos pero no sabes lo que...  
La interrumpo, está sacándome de mis casillas.

—El único círculo que estás cerrando es el de tu corazón. Eres una hermosa chica, Soledad, generosa, compasiva, comprometida y llena de arte, ¿por qué arriesgarte a que te lastimen? Es como... Si no te valoraras.

—Tal vez no lo hago, ¿y qué? Tú tampoco lo haces y no te estoy juzgando.

—Sol... —murmuro muy bajito sin creer que haya dicho lo que acaba de decir—. Yo no te estoy juzgando —aseguro—, solo intento ayudarte.

—¡Mírate! Le encantas a Fredo —responde—, ¿sabes? ¡Y aún no sé por qué! Porque tienes la cabeza llena de tus arcaicos prejuicios de mierda. Porque no puedes entender que otras personas pueden sentirse atraídas por personalidades como la tuya y porque vives encerrada en tu mundito de fantasía, dónde te sientes protegida porque nadie te lastima. ¡Pues tengo una noticia, Abril! ¡La vida es exactamente eso! Risas y llanto, alegría y dolor, amor y desencanto, vida y muerte... eso es la vida... Y tú estás dejando escapar la tuya.

—¿Y qué? ¿Crees que voy a ponerme en la mira del cazador para terminar justo como tú? ¡Pues estás loca, no lo haré! Jamás permitiré que un hombre haga de mí un guiñapo.

Sé que he sido cruel pero en verdad no puedo con esto.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —pregunta sorbiéndose los mocos—. ¿De verdad es eso lo que piensas de mí? —se pone de pie violentamente y de un empujón me hace a un lado. Luego sale echa un mar de lágrimas.

La llamo por su nombre, me disculpo a gritos antes de que Fredo aparezca por la puerta y mire a Sol escapando como un bólido escaleras abajo.

—¿Sucede algo? —pregunta con su naturalidad de siempre.

Yo me vuelvo y me echo a llorar en el sillón. Fredo se acerca y me abraza. Me hundo en su pecho y es entonces que después de un rato me separa un poco y me seca las lágrimas.

—¿Abril?

—Qué —Ahora soy yo quien se sorbe los mocos y se limpia la nariz

con el dorso de la mano.

—¿Qué demonios fue eso?

—¡Está volviéndome loca! No sé qué rayos le sucede.

La verdad es que nos hemos tratado tan poco y después de Sol es la relación más cercana que he tenido con alguien, es irónico, ¿no? Así que al parecer estoy abriéndole mi corazón.

—Vivimos juntas desde hace muy poco tiempo —confieso—. A ella la habían echado de casa y yo acababa de quedarme sin empleo, fuimos la solución para el problema de la otra en ese momento pero algo está muy mal con ella.

—¿Qué sucede?

—Sol insiste en torturarse viendo al ex novio que la plantó por su amiga.

—¿Hablas en serio?

—Lo siento, no debo involucrarte en nuestros problemas.

—No, está bien, te juro que puedo darte mi punto de vista masculino.

Le sonrío y vuelvo a limpiarme las lágrimas.

—Solo contamos la una con la otra y es difícil verla así.

—¿Quieres que le arregle una cita? Tal vez le haría bien salir con otra persona y distraerse.

—¿Crees que sería buena idea? —pregunto.

—No lo sé, dímelo tú. Dardo ha estado preguntando por ella, creo que le gusta.

—Creo que a ella también le agrada aunque no estoy segura de que alguien llamado Dardo sea una buena opción.

Fredo ríe y me da gusto que mi broma le haya causado gracia porque estoy segura de que como cómica me moriría de hambre.

—No soy experta en relaciones, Fredo, pero siempre he pensado que tienes que pasar un tiempo de luto; si sigues llorando y leyendo una y otra vez una página no podrás pasar al siguiente capítulo.

—Eso es muy cierto, linda —se pone de pie y se acerca a la puerta—. Debo irme, el trabajo me espera pero puedo pasar a visitarte por la noche si quieres y seguimos conversando.

—No lo sé, Fredo, quizá debería dar tiempo a que se solucionen las cosas. No me gustaría que Soledad pensara que estoy contándote cosas que solo a ella le pertenecen y además creo que necesita un poco de compañía, no quiero dejarla sola.

—Entiendo. Si quieres hablar ya sabes donde vivo —me sonrío y sujeta la manija de la puerta luego se vuelve de nuevo hacia mí—, eres una buena amiga, Abril, espero que lo sepas y que Sol sepa valorarlo.

—Gracias —le devuelvo la sonrisa y lo miro marcharse.

Sigo pensando que Fredo es extraordinario pero quizá debería andar con pies de plomo. Me gusta, me gusta mucho pero dudo que esté buscando una relación seria, más bien me parece que huye de ellas pero ¿quién soy yo para juzgarlo? Esa es justo la manera en que vivo mi propia vida. Huir... huir siempre parece lo más apropiado a aporrearse contra una dura roca que solo te dejará llena de heridas, además ¿por qué demonios pienso en eso ahora? Soledad está pasando por un duro momento ¿y todo lo que pienso es que Fredo no está buscando una relación seria? ¿Tan mal estoy? Sin embargo no puedo quitármelo de la cabeza. Debe ser porque hace muchos años que no me siento atraída por nadie. Es mentira que no me importe, todo lo que quiero es que vuelva aquí y me abrace. Ahora.

Pero después las dudas vuelven a asaltarme. Los chicos atractivos, muy seguros de que lo son y de que causan turbación a su paso, jamás van a perder el tiempo echándose a llorar por una chica, simplemente pasan a la siguiente porque hay muchas más en la fila y *ces't fini*. Los chicos no lloran y menos por alguien como yo, Daniel, mi *crush* de la juventud, me lo dejó muy claro. No, no es que me sienta poca cosa, es solo que no creo cubrir sus expectativas, aunque ahora que lo pienso, quizá el hecho de que mi ex jefe eligiera a la rubia en lugar de a mí, ha hecho estragos con mi autoestima...

Sol regresa pasado el mediodía, se va directo a su cuarto y se encierra. Sé que debo darle su espacio, así que no voy a molestarla. Al menos por el momento.

He estado dando vueltas por el apartamento. Por alguna extraña razón me siento como león enjaulado, de vez en vez me asomo a la pantalla del ordenador para ver si ha habido cambios en el número de descargas pero termino apagándolo, honestamente no estoy concentrada y tampoco estoy de humor como para hacer de vigía.

# CAPÍTULO 9.

## *¿Por siempre amigas?*

Estoy cansada de intentarlo. Cualquiera diría que me he dado por vencida demasiado pronto pero lo cierto es que jamás he sido de las que luchan sin cansancio y después, siguen luchando aún con más ahínco. Tampoco es que lo deje por la paz, simplemente cambio de objetivo. ¿Demasiado fría? No, no lo soy. Simplemente y cómo se habrán dado cuenta, aunque hay situaciones que me molestan, no puedo quedarme instalada en ellas. Pero Soledad, sí. Se ha encerrado dentro de sí misma y no hay poder humano que logre sacarla de su ensimismamiento. Lo he intentado todo, hablar con ella, consolarla, reprenderla, invitarla a salir... Además, ella no quiere saber nada. Ni siquiera he logrado sacarle que fue lo que Leo le dijo y la dejó tan mal, así que al final me he puesto de acuerdo con Fredo y le hemos concertado una cita con Dardo. Sigo pensando que alguien con ese nombre no puede ser tomado en serio pero Fredo insiste en que por debajo de su imagen de chico malo se esconde un hombre increíble que tan solo quiere ser amado, así que he puesto manos a la obra.

Mi primer plan, tocarle la puerta y rogar que me abra para que platiemos ha fracasado, así que me decido a usar el plan B que consiste en subir por la escalera de emergencias y entrar directo por su ventana. Cuando Sol me ve detrás su primer impulso es poner el seguro a la ventana pero decide abrirla cuando me ve trastabillar.

—No es posible que casi me hagas caer, estamos en el segundo piso, Sol, ¡segundo piso!

—Lo máximo que podía suceder era que te torcieras un tobillo, Abril —responde de mala gana— y además no tenías por qué hacer esto, yo misma voy a salir de aquí cuando lo crea necesario, por ahora quiero seguir ahogándome en mi miseria. Tengo derecho.

—No, no lo tienes, porque estás dejando que yo lidie sola con todo allí afuera y eso no es justo, para eso somos amigas. Tú me ayudas con la limpieza y yo te ayudo con un par de palabras de aliento.

—¿Nunca te has deprimido tanto que no quieres saber nada de nada?

—¡Por supuesto! Pero siempre hay algo que no puedo evitar, como el trabajo o ver a mi madre por ejemplo, así que no tengo tiempo de encerrarme y ahogarme en mis penas.

—Pero yo sí. Mis padres están de viaje y mi hermano, desde que se divorció de la bruja de mi cuñada, se esconde debajo de las piedras, no tengo trabajo y puedo evitar lo que me venga en gana.

—¡Pero estoy preocupada por ti! No sé qué te haya dicho Leonardo pero no entiendo cómo puedes creerle a un estúpido que jamás te hubiera dicho que salía con tu mejor amiga si no es porque lo descubriste por ti misma. Ahora mismo, quizá ya estarías casada y con un par de tremendos cuernos en tu cabeza dura, ¿por eso estás sufriendo? ¿Por ese monstruo horrible que no merece llamarse hombre?

—No, Abril, no es por eso. Mientras planeábamos la boda, Leo me dio a firmar unos papeles, me dijo que eran para hacer un cambio en el seguro de vida y vi lógico que quisiera ponerme como beneficiaria. Sin embargo, hace un par de días me llamó el abogado de mi padre, Leonardo le entregó unos papeles con mi firma, en ellos le cedía todo, absolutamente todo lo que tengo. Y no es poco, Abril. Mi abuela me dejó la hacienda en la que pasó toda su vida, mi madre, la casa de Valle y mi padre el treinta por ciento de las acciones de su compañía. ¿Acaso crees que quiero que ese estúpido me lo quite todo?

—¿No leíste lo que estabas firmando?

Soledad hunde la cabeza en la almohada.

—Quiero morir, soy una estúpida, ¿verdad? —vuelve a incorporarse—. Fui a ver al maldito para pedirle que me devolviera los papeles, el muy estúpido me dijo que necesitaba las llaves de la casa de Valle para que Ana, mi ex amiga, la traicionera, pase su embarazo lejos del bullicio de la ciudad, ya que al parecer está algo delicada, ¿puedes creerlo?

—¡Por Dios! ¿Eso es legal?

—Por supuesto que lo es. ¡Firmé los papeles, Abril! No puedo creer lo tonta que he sido. ¿Cómo demonios voy a decírselo a mis padres?

—Debiste decírmelo —exclamo preocupada.

—Tú tienes tus propios problemas. No puedo atormentarte con los míos.

—Claro que puedes, Sol, para eso están las amigas. ¿Qué podemos hacer?



Mi pregunta es retórica porque lo único que podemos hacer es cruzar los dedos y rezar, rezar a todos los dioses para que se apiaden de nuestras almas.

—No, Abril, no es qué podemos hacer, es qué voy a hacer.

—No, Sol, somos un equipo. Yo voy a ayudarte en lo que necesites.

—¿Tienes un millón de euros?

—Muy graciosa, en mi cartera solo hay un billete de cinco, sabes que dicen que trae buena suerte... —le sonrío.

Obviamente no es verdad, no soy supersticiosa, los tengo ahí porque fue el regalo que me dio mi abuela el día que cumplí cinco años. Nunca los gasté porque al poco tiempo ella murió y es lo único que me queda de ella.

—Organizaremos una fiesta para comenzar a reunir fondos.

Al parecer al fin se le ha encendido la bombilla.

—Sí, claro, ¿y con qué dinero se supone que haremos eso? —yo y mis preguntas retóricas, está claro que no aprendo la lección.

—Buscaremos patrocinadores.

—¡Ay, no! —Hago una pausa para mirarla con suma atención, Sol me mira ilusionada y muy segura de sí misma, al parecer de verdad cree que su plan es perfecto—. Escucha, Soledad, he tolerado todas tus ideas locas y no les he puesto ningún freno, ¡pero esto escapa de toda lógica! —Gesticulo con nerviosismo—. ¿Quién demonios apoyará una causa personal?

—No será solo personal, una parte de las ganancias las donaremos a instituciones de beneficencia.

—¿Quién va a ayudarnos a organizar un evento de tal magnitud?

—Conozco a alguien.

—¿A quién? —comienzo a pensar que Sol ha perdido el juicio.

—Dardo.

—¿Quién? —por supuesto que he escuchado bien el nombre, es solo que no entiendo cómo encaja Dardo en esta situación.

—Trabaja en relaciones públicas, lo dijo en la fiesta de Fredo, ¿lo recuerdas?

Ay, no, por favor. No otra idea genial de la chiflada Soledad Rivas y Palacio.

Estoy segura de que nos meteremos en problemas...

# CAPÍTULO 10.

## *Una chica peligrosa.*

No sé cómo demonios Soledad siempre consigue lo que quiere y francamente no quiero saber los detalles. Ha tratado de explicármelo pero me he tapado los oídos y he cantado *la, la, la* para no escuchar su voz. Al final, ella me ha sujetado las manos y las ha apartado de mis orejas.

—No seas inmadura, Abril. Es la tercera vez que trato de decírtelo. No, no me acosté con Dardo. Solo le prometí que saldríamos a cenar, ¿de acuerdo? Además, él ha aceptado encantado.

He omitido información valiosa como que ya le habíamos concertado una cita pero lo mejor será que Sol no lo sepa nunca.

—Inclusive me propuso una subasta —continúa—, planea invitar a muchas personas del mundo publicitario, ¿y adivina qué? Fredo también nos ofreció su ayuda, ¿sabías que es un conocido editor? Apenas me lo dijo y comencé una búsqueda en internet. Al parecer es bastante respetado en su trabajo.

—Sí, lo sé.

—¿También lo buscaste en internet?

—No, tonta, él me lo dijo.

—¿Y qué esperas para darle a leer el libro? Estoy segura de que aceptaría encantado revisarlo, darnos una opinión y ¿por qué no hasta recomendar su publicación?

—Precisamente de eso quería hablarte pero con tantos problemas... bueno, el libro ya lo han descargado unas cien veces...

—¡Muy bien! Te lo dije, valdría la pena la espera.

—Y Fredo piensa que la literatura basada en sexo para atraer lectores es una basura —digo rápidamente para evitar daño colateral.

—¿Y qué más da lo que piense? El sexo vende y lo que nosotras necesitamos es dinero. DINERO, Abril, DI—NE—RO.

—Ya, Soledad. Me ha quedado claro.

—Pues bien, tenemos que comenzar a organizar la fiesta.

—¿Y quién va a pagar por ella?

—Inicialmente la tarjeta de crédito que me tiene dada mi padre para emergencias. Después, la fiesta se pagará sola.

—Esto no es una emergencia, Sol, estoy segura de que tu padre te dio esa tarjeta por si te enfermas o si algún día no tienes qué comer. No para pagar un salón y un banquete.

—¡Por supuesto que es una emergencia! Mi padre lo entenderá. Además está fuera del país y para cuando vuelva ya habré pagado lo que gastamos, ni siquiera se enterará, sería mucho peor que supiera que Leo está a punto de quedarse con mi herencia. Vamos, necesitamos hacer un par de cosas.

La miro y entorno los ojos pero ella finge no haberme visto, inmediatamente después la sigo y comprendo que si hay algo que tiene mi amiga es determinación y quizá sea esa virtud la que le haga desplegar las alas, sin embargo no dejo de pensar por qué demonios me dejo engatusar por ella. Soledad es una chica peligrosa y no me queda la menor duda.

# CAPÍTULO 11.

## *¿Bailamos?*

Tengo puesto un vestido de noche que me recuerda mucho a los vestidos que usaban las princesas en los cuentos de hadas. Mi hada madrina, es decir, Soledad, organizó una fiesta temática. Sí, leyeron bien, temática, basada precisamente en los cuentos que nos contaban nuestros padres cuándo éramos pequeñas. Yo voy vestida de Cenicienta y ella de Bella. Debo decir que luzco bastante bien. Sé que es un cliché pero adoro este vestido que mandó hacer especialmente para mí y ella también luce perfecta en su vestido amarillo.

Soledad rechazó que Dardo fuera a buscarnos porque iba a desviarse mucho de su camino puesto que trabaja en el extremo sur de la ciudad y Fredo ya debe estar en el salón porque se ha marchado justo al salir de su oficina. Algo a favor de ellos es que aunque vayan disfrazados de príncipes, van en sus autos y nadie va a verlos, en cambio, nosotras tenemos que atravesar la ciudad en el subterráneo, ¿pueden imaginarlo? Creo que me va a dar un ataque de pánico. Sí, he olvidado decir que de vez en cuando los padezco. Simplemente comienzo a sudar, me da un dolor profundo en el pecho y apenas si logro aspirar una escasa cantidad de aire para poder seguir viva. Fue Sol quien me enseñó la técnica de imaginar desnudos a todos a mí alrededor. Debo decir que me ha ayudado un poco pero no lo suficiente.

Cierro los ojos con fuerza, «todos están desnudos, todos están desnudos» me repito una y otra vez. Creo que no voy a conseguir entrar al vagón del tren que va lleno. Empujo con fuerza sin abrir los ojos y Soledad, que no ha soltado mi mano me ayuda a llegar al fondo. Fue culpa del pomposo vestido, es viernes por la noche, ¿en qué demonios estábamos pensando, cuando por ahorrar unos cuantos euros, decidimos no tomar un taxi? Maldita sea.

Caminamos rápidamente porque el metro se detuvo más de veinte minutos

en un túnel, seguramente para esperar el tiempo suficiente para realizar sin peligro el cambio de vía y ni Sol ni yo contemplamos que podíamos tener algún contratiempo. Por suerte, Fredo ya está ahí, lo sé porque me ha enviado un mensaje y es él quien nos ha ayudado a recibir a los invitados que han sido puntuales.

Llevo las zapatillas en una mano, porque preferí calzar un par de tenis y con la otra recojo un poco mi vestido para que no se ensucie mientras cruzamos la transitada avenida. Hay muchos coches y aunque hemos presionado el botón para que se ponga el alto en el semáforo, no ha funcionado

—¡Maldito botón placebo! —grito y un par de transeúntes me miran como si acabara de perder la razón. Uno de ellos, aprovechando que estoy distraída esperando para cruzar la calle, me arrebató el bolso y lo peor, las zapatillas. Sí, precisamente mis únicas zapatillas, las perfectas y hermosas zapatillas que Soledad me regaló el día de la fiesta en casa de Fredo. Me he puesto a gritar pero en medio del bullicio de la calle nadie ha intentado agarrar al ladrón que se ha echado a correr en dirección contraria a los autos. Estoy a punto de echarme a llorar cuándo los vehículos se detienen y Soledad, que no se ha enterado de nada, me toma de nuevo la mano para que crucemos la calle.

—¿Qué demonios estás gritando? —pregunta apenas logramos llegar al otro lado.

—¡Me ha robado! ¡Ese tío me ha robado! —señalo a lo lejos pero tan solo logro percibir una figura pequeña que poco a poco se convierte en un punto inexistente en el horizonte—. ¡El bolso y las zapatillas! —No sé por qué sigo gritando porque estoy segura de que Sol, quien sigue impávida frente a mí, me ha escuchado con claridad.

—Por Dios, Abril, ¿y por qué no gritaste?

—¡Llevo gritando aproximadamente diez malditos minutos!

—Mi cabeza estaba en otra parte. Lo siento —vuelve a tomarme la mano e intenta tranquilizarme. Asegura que no he perdido nada que sea muy valioso. Las zapatillas las había comprado en una tienda de descuento y según recuerda, en mi bolso solo tenía un celular del siglo pasado y una cartera con unos pocos billetes.

—¡Los dos dólares de mi abuela! —me quejo.

—No te preocupes, todo lo que sea perdido, será encontrado y multiplicado por mil —no sé de dónde saca tanta palabrería barata pero al final no hay nada que pueda hacer. Debo seguir adelante.

Entramos en el salón que ha sido decorado con sumo cuidado para que parezca un viejo palacio y Fredo nos recibe con una sonrisa. Debo decir que luce espectacular, parece un príncipe recién salido de un cuento de hadas, incluso se ha puesto gomina en el pelo y se lo ha peinado hacia atrás. Está guapísimo.

—Hola, linda —saluda a Sol con un beso en las mejillas y luego, le ha dado paso para que vaya con Dardo quien la ha llamado desde la barra apenas la ha visto entrar. Al parecer aún falta afinar algunos detalles. A mí, me ha hecho una pequeña reverencia e incluso ha tomado mi mano para besarla. Me siento una princesa y desearía, con toda mi alma, seguir creyendo en los cuentos.

Intento cubrir mis viejos tenis con el vestido pero cada vez que doy un paso se asoman por debajo. Nada me sale del todo bien.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —Fredo me saca de mis cavilaciones.

—Tuvimos un par de percances —le aclaro.

—¿Me lo contarás después?

—Por supuesto —me coloco a su lado para ayudarle a recibir a los invitados e indicarles cuál es su mesa y después, cuando al fin tenemos un momento libre, me tomo uno par de minutos para admirar el maravilloso trabajo de Sol. Vuelvo a contemplar la decoración, mi amiga le ha dado un toque mágico. Las grandes mesas están cubiertas con manteles blancos y largas mesas en color dorado, sobre ellos grandes floreros llenos de orquídeas blancas y velas aromáticas las engalanan. El ambiente es muy cálido y realmente parece que nos hemos trasladado en el tiempo a aquellos grandes bailes de un par de siglos atrás. Es estupendo.

Respiro profundo y vuelvo a la realidad. Todo marcha viento en popa, los invitados ya se han acomodado en sus lugares y Soledad ha demostrado ser una excelente anfitriona, se mueve con la soltura propia de las chicas de sociedad y creo que es ella, precisamente, el éxito del evento.

Hemos subastado primeras ediciones de libros clásicos que Fredo donó, vales canjeables por campañas de publicidad gratuitas en la compañía de Dardo y artículos antiguos que le habían sido regalados a Sol

por sus abuelos. El artículo más caro fue una guitarra que había pertenecido a un famoso músico estadounidense y que el abuelo de Sol guardaba celosamente en una bodega de la hacienda. Sol entró hace un par de días para sacar todas las pertenencias antes de que Leonardo se deshiciera de todo creyendo que no tenía valor alguno. A mi amiga, que ha estado haciendo las cuentas ayudada por Dardo, se le nota muy optimista. Piensa que el evento le dejará el suficiente dinero para poder pagar un abogado que le dé guerra al imbécil de su ex novio. Me alegro por ella.

Mientras tanto, yo estoy sentada en una de las mesas al fondo del salón mientras reposo la cena y observo todo a lo lejos. Soy una devota observadora de la vida, me gusta sentarme en cualquier lugar y observar cómo se mueve la gente. Admiro como pueden interactuar unos con otros y conversar de casi cualquier cosa aunque casi no se conozcan. En ese preciso momento mi mirada se cruza con la de Fredo que habla con una pareja mayor al fondo del salón. Me sonrío.

Le devuelvo el gesto y noto que se disculpa con la pareja, está viniendo hacia mí. Una vieja canción de una banda de rock suena a todo volumen.

—¿Bailamos? —pregunta extendiendo su mano, que tomo para dirigirme con él a la pista.

—Debo decirte que soy pésima bailando—intento advertirle.

—Y yo debo explicarte que no me importa... —susurra muy cerca de mi oído.

Me sujeta muy fuerte por la cintura y me acerca a su pecho, casi puedo escuchar su corazón latiendo aceleradamente y agradezco que no pueda escuchar el mío que amenaza con salir disparado de mi pecho.



# CAPÍTULO 12.

## *Jamás besada.*

Estoy segura, por la forma en que acerca su cabeza a la mía, que va a besarme. Sin embargo, me alegra que Sol se acerque justo en este momento, odiaría que Fredo se decepcionara al comprobar que soy pésima para las relaciones. Mi amiga gesticula exageradamente. No logro escuchar lo que dice por el alto volumen de la música, así que me disculpo con Fredo y me alejo detrás de ella.

—Me llamó Ruth, la madre de los gemelos. Al parecer ha apareció la policía por el apartamento y te están buscando. Te estaba llamando pero le dije que te robaron el móvil.

—¿A mí? ¿Para qué? —pregunto.

Probablemente Sol me está gastando una broma, tan solo quiere poner a prueba mi manejo ante las situaciones inesperadas.

—No sé qué sucede pero dice que no piensan marcharse hasta hablar contigo.

—¿Qué? —Estoy un poco confundida.

—¿Pasa algo?

Dardo, que probablemente buscaba a Sol para comprobar algunos detalles, se ha colocado a nuestro lado e inmediatamente Sol lo pone al día.

—¿Quieres que te lleve? —me pregunta con expresión preocupada.

—Te lo agradecería mucho—respondo y mientras él va por el coche yo me despido rápidamente excepto de Fredo, quien ha desaparecido entre la multitud. Probablemente haya ido al baño, así que le pido a Sol que me excuse con él y luego salgo corriendo. En el camino, no sé de qué manera, piso el talón de una de mis zapatillas y trastabillo, el zapato deportivo sale despedido por los aires pero no importa, no tengo tiempo de volver a recogerlo, cuando limpien el lugar me lo devolverán.

Al llegar al edificio abro la puerta y noto que la madre de los gemelos habla con un policía que se ha apostado frente a la pequeña recepción y enseguida me pide que me acerque.

—¿Abril Lara? —pregunta él con voz un poco pasmosa.

—Sí, ¿sucede algo?

—Lamento mucho darle esta noticia pero su madre fue hallada muerta dentro de su casa. Al parecer sufrió un paro cardíaco hace un par de días y nadie se había dado cuenta hasta que uno de los vecinos percibió el mal olor y dio aviso a las autoridades.

—¿Qué? —todo da vueltas a mí alrededor y tengo que apoyarme en Dardo, quien se ha colocado justo detrás de mí.

—Lo siento mucho —agrega—. Necesito que vaya a la comisaría a firmar la autorización para la autopsia. Se realiza de rigor.

—No se preocupe —responde Dardo porque yo me he quedado muda—. Yo me encargaré de todo.

El agente asiente y le pide que lo siga, mi nuevo amigo responde algo que no consigo escuchar porque sus voces suenan demasiado distantes.

—Te prepararé un té, Abril —Ruth trata de ayudar y entra rápidamente a su casa pero no tenemos tiempo de esperar a que ponga la infusión así que me subo al auto de Dardo y le pido que nos vayamos ya.

Durante el camino ambos guardamos silencio y mientras pienso en todo aquél tiempo que no visité a mi madre por mi ambición estúpida de triunfar en el campo laboral, de hacerme de un nombre... No puedo evitar sentirme una vez más una fracasada, no solo no lo conseguí sino que sacrifiqué lo más valioso que tiene un ser humano: su familia.

# CAPÍTULO 13.

## *Cero bodas y un funeral.*

Entro al baño para limpiarme un poco y constato lo que imaginaba: estoy hecha un desastre. Mi maquillaje se ha corrido por las lágrimas y mi rostro es una profusa mancha negra.

Mientras sigo mirándome al espejo, intentando arreglar el desastre y me doy cuenta de que no había vuelto a pensar en la zapatilla perdida hasta que siento el frío subiendo a través de mi pie. El suelo está helado. Todo aquí es helado y de pronto comienzo a temblar porque el frío me ha inundado todo el cuerpo, se ha apoderado de mí y no consigo entrar en calor por mucho que me froto los brazos. Entonces me siento sobre el piso y me echo a llorar.

Hacía tiempo que no me sentía tan sola.

Cuándo consigo salir del baño el desastre en mi rostro es inminente. Entré con la firme convicción de no lucir devastada pero no solo no lo consigo sino que mi parecido con uno de esos zombis de una famosa serie es innegable.

Dardo sigue sentado en la salita de espera que luce demasiado alegre para pertenecer a una morgue. Sol y Fredo tendrán que esperar hasta que el último de los invitados salga del salón para unírseos. Otro hermoso cuento de hadas que termina en desastre.

El tiempo transcurre despacio y me vuelve loca la espera. Quisiera salir de allí y correr y correr... Y de ese modo conseguir volver a atrás. Sí, si un genio se apareciera en estos precisos instantes y me ofreciera un deseo, tan solo uno, le pediría tener el poder de retroceder el tiempo. Entonces volvería un par de semanas atrás e iría todos los días a ver a mi madre, la llevaría al médico y evitaría todo este dolor que ahora mismo me carcome desde las entrañas.

Dardo me ofrece un pañuelo y cuando lo rechazo, lo coloca sobre mi regazo.

—Tal vez lo necesites más adelante —susurra.

Pero no consigo moverme; me he convertido en una estatua de sal

que en cualquier momento va a venirse abajo.

—Se ha arruinado tu vestido —dice muy bajito señalando los manchones negros de maquillaje que mis lágrimas arrastraron hacia la parte superior de mi hermoso vestido de princesa.

Quiero decirle que qué más da, que es solo un vestido pero solo consigo asentir.

\*\*\*

Fredo y Dardo han organizado todo para el funeral. Yo apenas he conseguido levantarme de la cama y solo un par de veces para ir al baño. Sol insiste en que debo comer pero nada pasa por mi garganta sin que me entren náuseas. Ni siquiera sé cuántas horas llevo acostada en la cama. ¿Alguna vez habéis tenido ese sentimiento de culpabilidad porque no le dieron a una persona el tiempo suficiente mientras estaba con vida? Pues eso es justo lo que me está consumiendo. Me dediqué a mis cosas y apenas le había hecho unas cuantas llamadas durante los últimos días. El informe médico decía que mi madre ya tenía un problema en el corazón pero ella nunca me lo dijo, supongo que para no preocuparme. Estoy deshecha. No sé cuánto tiempo tendrá que pasar para que se me cure esta herida que es peor que cualquier otra que me hayan infringido antes. No hay cura cuándo pierdes a alguien que lo dio todo por ti y a quien tú no le retribuiste de la misma manera. Duele descubrir que todas aquellas cosas que te parecían importantes pierden el sentido cuando la vida te arrebató a un ser querido y te das cuenta que a pesar de ello, la vida sigue girando allá afuera como si nada hubiese ocurrido.

Soledad me ayuda a ponerme en pie. Estoy débil, Fredo y Dardo tienen que ayudarme a bajar las escaleras del edificio. Son las únicas personas que me acompañan y es el funeral más triste de la historia. Ni siquiera eso pude darle a mi madre, una despedida como la que se merecía.

Cuando volvemos a casa el silencio en el auto es sepulcral. Nadie se atreve a romperlo y les agradezco por ello. No quiero que una palabra corte el viento que está entrando por la ventanilla.

# CAPÍTULO 14.

## *Amanecer ¿parte 1?*

Ha pasado casi una semana y mis nuevos amigos se han estado encargando de todo en casa. Yo no he sido más que un fantasma deambulando de mi habitación al baño y viceversa. Supongo que debo haber bajado algunos kilos debido a que sigo sin poder comer pero soy consciente de que no puedo continuar así, de modo que me levanto y salgo. Soledad y Fredo están en la sala bebiendo una taza de café.

Sol me abraza fuerte.

—Me alegra mucho saber que estás bien.

Soledad ha hecho honores a su nombre y ha sido un sol los últimos días, me ha cuidado y se ha encargado de todo lo que tenga que ver con la casa. No sé qué hubiera hecho sin ella y sus infusiones de manzanilla a las dos de la mañana para que consiguiera conciliar el sueño.

—Hola, pequeña —Fredo me revuelve el cabello y trato de sonreírle —. Bueno, chicas, supongo que tenéis muchas cosas de qué hablar, así que os dejo para que lo hagáis.

Me mira y sonrío con dulzura.

—Estaré arriba si me necesitas. Es viernes, así que estaré despierto hasta tarde por si no puedes dormir.

—Gracias, Fredo. Gracias por todo lo que habéis hecho por mí.

—Para eso están los amigos, para ayudarse mutuamente.

Le agradezco en silencio y asiento, después, me dirijo a la cocina y noto que Sol se despide de Fredo. Después de cerrar la puerta, mi amiga se sienta en la silleta frente a la pequeña barra en donde he colocado un plato. Mi amiga me observa.

—Pensé que no ibas a superarlo nunca.

—Ha sido muy difícil —levanto los hombros—, pero haré lo posible.

—Bueno, dejemos los momentos tristes, ¿qué te parece si hablamos de temas más alegres? «La chica que no creía en los príncipes azules» se ha convertido en un éxito incipiente, ¡su popularidad está en ascenso!

La miro, ¿se ha vuelto loca? ¿Qué demonios significa éxito incipiente?

—¿A qué te refieres? —pregunto al tiempo que coloco un pan de molde sobre mi plato.

—Lo que escuchas, pagué por un poco de publicidad y ya tiene quinientas descargas y aunque no lo creas eso es demasiado para un par de autoras desconocidas en el mundo editorial.

—¿No me estás tomando el pelo? Porque yo no sé nada de eso.

—¡Te juro que hasta nos han dejado algunas críticas! Aunque de momento es mejor que no las leas, no todas son positivas pero eso ha acrecentado la curiosidad de la gente.

—Me alegro mucho.

—Pues alégrate por ti también, ya debes tener en el banco tu primera transferencia y aunque no es mucho sé que iremos saliendo.

—Ya lo revisaré después. ¿Y cómo salió lo de la fiesta?

—Eso está finiquitado, Abril. Ya devolví lo que tomé de la tarjeta de mi padre y descontando gastos que salieron de improviso y el veinte por ciento que donamos a la Asociación de niños con cáncer nos quedó la maravillosa cantidad de ¡trescientos billetotes de los grandes!

Ha gesticulado como si fuera una de esas chicas que anuncian artículos en la teletienda y que, con su belleza y actitud positiva, consiguen vendernos cualquier porquería en cantidades que pondrían a temblar a cualquiera.

—Estoy feliz por ti, Sol. Espero que ya hayas puesto a trabajar a tu abogado.

—Dardo me puso en contacto con uno, cree que puede usar alguna treta legal para desestimar el poder de mi firma, como por ejemplo, argumentar que ese día estaba ebria, o drogada —Sol ríe—. ¿Puedes creerlo? Eso sí, mis padres no deben enterarse de nada y si todo sale bien, en un par de meses me marcharé a Valle para sacar a esa bruja de los pelos.

—¡Sol!

—Solo bromeaba, ¿cómo crees que voy a hacer algo así? La pobre espera un pequeño monstruo, fruto de su romance con el Dr. Jekyll.

Consigo sonreírle o al menos hacer una mueca parecida.

—Cambiando de tema, tengo algo importante que decirte —agrega.

—Soy toda oídos —respondo mientras coloco una rebanada de jamón york en el pan y lo doblo en dos para darle la primera mordida.

—Fredo me pidió ayuda —su mirada soñadora no me dice mucho,

así que la instigo a que continúe—. Su hermana leyó la novela y ha estado intentando convencerlo para que le dé una oportunidad.

—¿De qué estás hablando?

—Quiere que se la ponga en el escritorio a su jefe. Piensa que con pequeños cambios sería todo un éxito editorial y... Te juro que fue una casualidad que saliera el tema de conversación —se disculpa.

—¿Y qué? —Tengo la boca llena y sé que es de mala educación pero quiero que Sol termine de una buena vez. ¡Joder!

—Me pidió ayuda para buscar a la autora.

Casi me atraganto con el bocado, Sol tiene que levantarse de la silla para darme un par de palmadas en la espalda, no quiere que caiga muerta por asfixia.

—Por Dios, Sol, ¿y qué le dijiste? —La miro atentamente como si esperase que me contara el final de una emocionante película.

—¿Qué querías que le dijera? Que enviaría algunos correos, por supuesto.

—De ninguna manera puedo verme implicada en esto, ¿de acuerdo?

Ahora que mi madre está muerta la única persona que me preocupa sepa la verdad es Fredo.

—Moriría de vergüenza, ¿sabes? —continúo.

—¿Vergüenza de qué? Ni siquiera sabes qué es besar a alguien y estoy segura de que Fredo está al tanto de ello, además escribir una novela erótica no tiene nada de malo. ¿O qué? ¿Piensas que por haber contribuido en su escritura Fredo pensará que eres una diosa del sexo? ¡Pues qué guay! Así termina por convencerse de que no debe dejarte escapar.

—¿Acaso le has dicho que soy virgen, Soledad? Y no me mientas...

—Obvio que no —levanta los hombros—, pero supongo que los hombres tienen un sexto sentido para eso. Así como nosotras para detectar a un imbécil.

—¿Y entonces por qué te involucraste con uno?

—Porque a veces decidimos cerrar los ojos ante lo obvio. Tuve muchas señales de que Leo era un idiota pero decidí hacer caso omiso. Lo de siempre, Abril, una piensa que podrá cambiarlos. No es verdad.

—¿Y Dardo? ¿Qué hay de él? —pregunto.

Estoy segura de que mi amiga está pisando terreno peligroso, plagado de minas que podrían explotar en cualquier momento.

—Un tipo maravilloso, ¿no? Pero no me interesa, sólo somos amigos.

¿Qué más quieres saber? Debiste haber sido detective, eres buena interrogando.

—Muy graciosa, de verdad espero que esa amistad perdure y no se rompa después de que alguno de los dos descubra que siente algo distinto al otro. Las relaciones dispares nunca han funcionado.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Lo viste en alguna película? —mueve la cabeza negativamente y luego suspira—. Dardo no es tonto, Abril, de hecho es un chico increíble, saldría con él, te lo juro que sí. ¡Hostias! Me gusta, me gusta mucho pero los príncipes azules no existen y no quiero despertarme una mañana y descubrir que deja los calcetines tirados en el suelo o que le apestan los pies. Prefiero seguir viéndolo como el chico perfecto que tengo en mi mente.

—Como tú digas... Y volviendo a lo de Fredo...

—Ya veré que inventarme. Te prometo que no tendrás que preocuparte de nada. Te lo debo, amiga, me recibiste en tu casa sin esperar nada a cambio y míranos.

—Siempre te voy a agradecer eso, Sol. Estaría tan sola si no fuera por ti...

—Y por Fredo y Dardo.

—Y por ellos también —aseguro.

—Y aquí seguiremos. Y cambiando nuevamente el tema, tenemos que poner manos a la obra con nuestro nuevo libro.

—¿Y qué tienes en mente ahora? ¿Vampiros y hombres lobos?

Sol se echa a reír. Estoy segura de que la vida nos tiene deparado algo bueno. ¿Qué por qué lo creo? Es simple, cuándo la vida te quita algo siempre termina recompensándotelo de algún otro modo. Es la ley del equilibrio. No sé si existe pero acabo de inventármelo y no suena tan mal, ¿o sí?



# CAPÍTULO 15.

*El diario de Abril Lara.*

Por la noche Sol me pregunta si me parece bien que salga, Dardo la invitó a una cena en casa de Enrique, el amigo gay de Fredo. Al parecer, se reunirán todos pero él no irá porque tiene pilas de manuscritos que revisar. Le digo que estaré bien, ya ha pasado muchos días encerrada en casa cuidando de mí y es justo que salga a ventilarse un poco o terminará oliendo a humedad como yo, lo que me lleva a pensar un poco en mi vida y a recordar los fines de semana sola en casa, viendo películas y series por la tv. Esa es la razón por la cual Soledad se burla tanto pero tengo ganas de pasar un día así, sola, sin pensamientos constantes atravesando mi cabeza en todas direcciones. Ver una comedia romántica y reírme un poco.

Un simple viernes como los de antaño.

Enciendo la televisión y cambio a mi canal de películas favorito, ¡están echando El diario de Bridget Jones! Amo esa película, la he visto... ¿ocho veces? No importa, siempre que la veo vuelvo a disfrutarla y me río como loca. Me acomodo en el sillón y hago una bolsa de palomitas, no sé si será bueno o malo para mi estómago pero qué más da. También me sirvo un vaso de refresco de cola, ¡bienvenida seas de nuevo azúcar a mi cuerpo! Pero entonces pasan la escena en donde Bridget se imagina que muere sola, devorada por los perros y eso me lleva a recordar a mamá y su eterna perorata así que hago todo a un lado, me cierro la bata y subo a ver a Fredo. Le ofreceré mi ayuda para revisar manuscritos.

Toco su puerta de manera resuelta y Fredo tarda un poco más de dos minutos en abrir. Se está alisando el cabello con la mano.

—¡Abril, qué sorpresa!

—Sí, lo sé. Nunca había venido aquí por mi propio pie, excepto el día de la fiesta —le digo para no sentirme una idiota. Da igual, de todos modos creo estoy comportándome como una.

—Bueno, sí, adelante —dice mientras se hace a un lado para dejarme pasar.

Hay una chica sentada en la mesa, frente a la computadora portátil de Fredo y entonces me retraigo.

—¡Oh, lo siento! No sabía que estabas ocupado. Volveré otro día.

Me doy la vuelta con toda la intención de salir de ahí cuando la chica se pone en pie. Es muy linda y tiene la mejor sonrisa que he visto en años.

—No interrumpes nada. Yo ya me iba —me extiende su mano—. Soy Susana, la hermana de Fredo.

—¡Ah! Lo siento, yo...

—No hace falta que te disculpes. De vez en cuando me gusta venir a ver qué tal se las arregla mi hermano viviendo solo. Parece que no le va mal, ¿verdad?

—Parece que no —le digo intentando sonreír.

Se echa el bolso al hombro y le da un beso enorme a su hermano.

—Nos vemos, gorgojo.

—Adiós, pulgosa, no vuelvas muy pronto por aquí, como podrás notar siempre estoy muy ocupado.

Es obvio que bromean o no estarían sonriéndose uno al otro.

Fredo me invita a sentarme y comienzo a hojear los manuscritos que tiene amontonados uno sobre otro, él toma uno y me lo extiende.

—Ayúdame con éste. Susana insiste en que sería todo un éxito y aunque no estoy muy seguro su opinión es muy valiosa para mí, tiene una visión increíble.

—¿La chica que no creía en los príncipes azules? —Creo que mis manos están temblando.

—Le pedí el favor a Soledad que me ayude a contactar a la autora.

—¿Y cómo puede hacer eso? Cuando subes un libro a la red tus datos personales son privados ¿o no?

—Puede bombardearla con mensajes en los comentarios —me mira y levanta los hombros—. Las chicas confían en las chicas.

—Pero tú no crees que sea un buen libro —debo insistir en que deje de intentar averiguar quién es la autora o puede llevarse una desagradable sorpresa.

—Me apena mucho decirte esto, Abril, pero aunque algunos libros no me gusten, venden y después de todo esto es un negocio. Si me pusiera a publicar solo lo que me gusta quizá haría quebrar a la editorial.

—Debo decirte que me decepciona un poco tu mundo, Fredo —finjo una risa pero no soy muy buena, la falsedad escapa por mis poros y comienzo a hojear el libro para disimular el rubor que se ha instalado en mis mejillas. Por supuesto no tengo qué leerlo, solo pretender que lo hago

puesto que todo lo que está ahí lo sé de memoria—. ¿Fredo? —levanto la vista del manuscrito y lo miro.

—¿Sí?

—El día de la fiesta perdí una zapatilla, ¿sabes si alguien lo recogió cuándo limpiaron?

—No, yo mismo supervisé la limpieza del salón y nadie avisó de ningún objeto perdido. Pero descuida, te compraré otro par.

Fredo es muy dulce.

—No se trata de eso, eran mis zapatillas favoritas —insisto.

—Lo siento mucho, Abril —vuelve a poner su vista sobre el ordenador.

—Está bien. No importa —hago una pausa durante la cual vuelvo a fingir que leo—. ¿Fredo?

—¿Sí?

—¿Crees que alguien le daría importancia a una zapatilla vieja?

—Por supuesto que no, ¿a quién podría importarle un zapato suelto?

—¿Entonces por qué se lo llevaron?

—Quizá lo tiene un príncipe y volverá a probárselo a Cenicienta —sonríe y luego abre mucho los ojos. Me intimida un poco.

—Muy gracioso.

Fredo ríe y estira el brazo para revolverme el cabello antes de que se levante para dirigirse a la cocina a preparar el coctel más delicioso que haya probado en mi vida, según sus propias palabras. Escucho que enciende la licuadora y de reojo le veo echar varios ingredientes, al volver, me extiende una copa alta y me guiña un ojo. Yo bebo despacio, el coctel está delicioso y oficialmente Fredo ha terminado por conquistarme.

Poco a poco el alcohol llega a mi torrente sanguíneo y las letras comienzan a danzar provocativamente frente a mis ojos, quizá la falta de alimentos por varios días me hizo un poco de daño o el coctel estaba demasiado fuerte porque noto que todo me da vueltas. Fredo ha notado que cabeceo un poco porque me está llamando por mi nombre mientras me da golpecitos en el hombro

—Hey, Abril, ¿estás bien?

—¿Eh? —balbuceo.

—¿Quieres acostarte un rato?

—No, no, yo...

A pesar de mi embriaguez logro percibir los mensajes de mi cerebro

advirtiéndome del peligro. ¿Y si Fredo le puso algo al coctel para abusar de mí? Mi cabeza da vueltas. ¿En serio alguien querría abusar de mí?

—Debo irme a casa —musito.

—No, Abril, estás mal.

—Yo puedo bajar las escaleas... ola...

—¿Qué estás diciendo?

Parece que me está mirando con expresión preocupada y luego pierdo el conocimiento. No sé más de mí. Se acabó. Finito.

Estoy a su merced. Podría rebanarme en cuadritos y no me enteraría.

Despierto cuándo la luz del sol, que se cuela por un resquicio de la persiana, me alumbra. Inmediatamente me incorporo. No reconozco la cama en la que estoy, así que me pongo en pie y entonces tropiezo con un edredón que está tirado sobre la alfombra.

Antes de abrir la puerta, constato que estoy completa. No me falta ningún dedo, mis orejas están en su sitio y al parecer, mis riñones aún siguen ahí. Creo que debo dejar de ver series y películas sobre asesinos seriales. Hago una nota mental.

Abro la puerta despacio y veo a Fredo en la cocina, está haciendo pancakes. Luce encantador con el cabello revuelto, los pantalones del pijama y la camiseta blanca que contrasta con su piel bronceada.

—Buenos días, dormilona.

—Erm... —algún extraño sonido gutural sale de mi garganta—. Y estás haciendo el desayuno...

—Por supuesto, pequeña, es lo menos que te mereces por la noche que me diste.

Abro los ojos y la boca, ¡mierda! No sé si al mismo tiempo pero qué más da, lo único que quiero hacer es huir pero mis pies no responden, se las arreglan para enredarse y caigo al suelo.

# CAPÍTULO 16.

## *Inteligencia artificial.*

Estoy devastada. Apenas consigo levantarme me excuso con Fredo y salgo corriendo.

Al llegar a mi departamento me apoyo en la puerta y comienzo a hurgar en mi memoria, ¿qué demonios fue lo que hice? Sol está desayunando en el pequeño comedor y me mira interrogante.

—¿Quién es ahora la que no se toma la molestia de avisar? ¿Dónde te has metido toda la noche? Llegué a las dos de la mañana y no estabas por ningún lado, te llamé al móvil y cuando comenzó a sonar me di cuenta de que lo habías dejado sobre la barra.

—Estaba en el piso de Fredo.

—¿Dormiste ahí?

—Al parecer sí.

—¿Cómo que al parecer? Eres tú quién aparece a las diez de la mañana con la bata aún puesta.

—Fredo me dio a beber un coctel y creo que estaba ebria. No recuerdo nada, excepto que mientras preparaba el desayuno dijo: «es lo menos que te mereces por la noche que me diste» o algo así.

—¡Te acostaste con él! —grita y sus palabras resuenan en mi cabeza que duele como si hubiera bebido por un mes entero.

—Shhhhhh —la insto a que se calle o al menos module el tono de su voz—. Me duele hasta el último cabello de la cabeza.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —pregunta inquisidora.

—Que quería volver aquí y después de eso debo haberme desmayado.

—¡Por Dios Abril!

Me llevo las manos a la cabeza.

—Perdón, perdón —se disculpa.

—¿Qué voy a hacer?

—¿Qué vas a hacer? Pues nada, fingir que no recuerdas nada, es un truco que siempre me funciona.

—No puedo, Sol —voy a recostarme en el sofá.

—Te daré una aspirina.

Sol me acerca la medicina y un vaso con agua e inmediatamente después de ingerirla me pongo en pie con dificultad para darme una ducha, tal vez eso ayude.

Es verdad que Fredo me gusta y mucho, admitirlo es liberador y sé que la noche del baile estuvo a punto de besarme pero no creo ser de esas chicas que se acuestan en la primera cita. ¿Qué estoy diciendo? No se acercó ni siquiera a una cita, solo estuve ayudándole a revisar manuscritos. ¡Maldita sea! Voy a salir a preguntarle. Me visto rápidamente y acomodo un poco mi cabello.

—¿A dónde vas? —pregunta Sol cuando ve mi mano sobre la manija de la puerta.

—Voy a preguntarle a Fredo qué sucedió.

—¡Bravo! Eres humana, ya estaba comenzando a pensar que eras un robot—hace movimientos graciosos con las manos.

—Qué encantadora.

Salgo y atravieso el pasillo hasta llegar a las escaleras, las cuales subo de dos en dos. La aspirina ha comenzado a hacer su efecto y me siento un poco mejor. Cuando estoy a punto de tocar la puerta Fredo me abre.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunto.

—No me he movido de aquí desde que saliste huyendo. Te vi por la mirilla.

—¡Ah! ¿Por qué? ¿Olvidé algo?

—No, no —se excusa y me invita a sentarme en el sillón—. Creo que te fuiste con una impresión equivocada de mí. Lo noté porque evadiste mi mirada cuando escapaste. Además la excusa que usaste para no quedarte a desayunar me puso en alerta.

—¿Qué pasó anoche entre los dos? —Ahí está, he disparado mi pregunta y Fredo abre nuevamente los ojos muy grandes.

—Abril, no pasó nada. Dormí en el suelo, por eso había un edredón allí. Creo que malinterpretaste mis palabras, estaba siendo sarcástico cuando hablé acerca de la noche que me diste, en realidad no paraste de vomitar y tuve que levantarte del suelo porque te desmayaste en el baño.

Ahora me siento una estúpida.

—Nunca te haría daño.

—Fredo —estoy muy avergonzada. No sé cómo puedo

compensárselo—. Es que yo... Estaba segura de que ibas a besarme en el baile, acercaste tu cabeza a la mía y...

—Tenías algo debajo del ojo...

Me cubro la cara con las manos y comienzo a reír descontroladamente.

—Es por los nervios. Lo siento.

—La verdad es que me gustas. Me gustas mucho pero no soy de los que suelen correr en las relaciones —aclarar—. Me gusta tu compañía y la manera en que luces cuándo estás al natural, con el cabello revuelto e incluso cuándo babeas mientras duermes.

—¡Dios, qué vergüenza!

—Eres hermosa, Abril, solo que tú no te das cuenta.

—Gracias —creo que me he ruborizado.

—De nada, pequeña, y entonces, aclarado el asunto, te cuento que mientras tú estabas en la cama yo recibí un correo de una de las autoras del libro que te comenté. Al parecer son dos chicas quienes lo escribieron, según me contó.

Comienzo a toser con fuerza.

—Lo siento, Fredo, debo irme.

Él me mira salir por la puerta sin moverse de su sitio y no sé cómo interpretar su mirada. Sé que se cansará de verme huir una y otra vez pero esto es lo que soy, no quiero verme envuelta en una historia de amor que terminará con un corazón roto. Sí, lo sé, ni siquiera yo misma me entiendo, mi alma es como mar revuelto durante un huracán categoría cinco.

# CAPÍTULO 17.

## *Atrapada en el tiempo.*

Son las cuatro de mañana y el teléfono está sonando, no el móvil sino el fijo que está estratégicamente colocado en una mesita lateral de la sala, para no arruinar la perfecta decoración minimalista de mi pequeño departamento, sí, estoy siendo sarcástica por supuesto. Casi nunca suena ya que regularmente usamos el móvil, la única que llamaba al fijo era mi madre y ahora ella ya no está.

Me coloco la almohada sobre la cabeza pero aun así sigo escuchando el sonido del timbre.

—¡Por Dios, qué molesto! ¿Quién llama a las cuatro de la mañana?

Sol habla tan fuerte como si fuesen las diez de la mañana, espero que los vecinos no se quejen.

—¿Bueno? —responde.

Me levanto de la cama al escuchar su «sí, sí, por supuesto, entiendo» y cuando llego a la sala ella me extiende un papel.

—Espero puedas descifrarlo porque casi no veo sin luz. Es el teléfono del tipo que encontró tu zapatilla en el salón —me lanza una mirada asesina—, y espero que comprendas que no soy tu recadera. ¿Quedó claro?

Enciendo la lámpara y leo la nota:

*DANIEL AEDO*

*91-7428224*

¿Daniel Aedo? ¿Por qué me suena su nombre? Hago memoria y entonces mi mente rebobina hacia mis días de adolescencia. Daniel, el chico del cual estuve enamorada toda la Preparatoria... Corro hacia mi habitación y busco el viejo anuario. Lo encuentro dentro de una caja de recuerdos que aún no me he atrevido a tirar al basurero. Lo abro y paso las páginas rápidamente, no demoro mucho en encontrarlo porque el anuario tiene un registro de estudiantes por orden alfabético y ahí está: Daniel Aedo, en todo su esplendor. Sería mucha coincidencia que alguien llevase el mismo



nombre, sobre todo porque su apellido no es muy común por estas tierras.

«Esto es perfecto» pienso, «ahora podrás darte cuenta que no te perdiste de nada».

No consigo dormir bien, en mis sueños se mezclan las imágenes de Fredo y Daniel y se hacen uno solo, luego aparece mi madre recordándome que no hay que fiarse pero tampoco dejar de arriesgarse. «La vida es una y tienes que vivirla, el amor no siempre llega de la manera en que lo esperas» es lo que repite una y otra vez antes de desaparecer detrás de una bruma que también se los ha devorado a ellos.

—¡Esto no puede ser, mi vida es ridícula! —grito mientras me dirijo a la cocina.

Sol me mira de manera extraña, se le nota exhausta, sé que va a reclamarme que no pudo dormir la noche anterior después de que se levantara a responder el teléfono.

—¿Quién demonios llama a las cuatro de la mañana para avisar que encontró una zapatilla vieja de mierda? —y aquí viene—. Solo un estúpido, por supuesto.

Me salva de su perorata que alguien toca a la puerta; espero que no sea Fredo, aún no estoy lista para verlo después de nuestra conversación de la mañana anterior.

—¡Hola, Dardo! —le digo abrazándolo.

La verdad es que su presencia me alegra un poco el día.

—Hola, moquitos.

Sé que está burlándose, pero a Dardo, después de todo lo que hizo por mí, le perdonaría todo

—Hola, Gildardo —corrijo, sé que odiaré que lo llame por su nombre.

—No me llames así, sabes que lo detesto.

Dardo mira a Sol, quién le hace una mueca de mala gana desde la cocina.

—¿Amanecemos de mal humor? —le pregunta.

—Por supuesto, tú también lo estarías si sonara el teléfono a mitad de la madrugada y solo te llamaran para decirte que encontraron la zapatilla de Abril.

—¡Cómo! ¿La zapatilla perdida?

—Así es, “*la zapatilla perdida*” —Sol coloca los codos sobre la barra y se lleva las manos al mentón.

—Y aún no te he dicho quién es el chico que llamó —le digo a Sol mirándola expectante.

—Ay, no y supongo que no quiero saberlo, ¿o sí?

—¿Te he hablado de Daniel?

—No —responde malhumorada como si no le importase en lo más mínimo saber quién demonios es Daniel.

—Es el chico del que estuve enamorada durante toda mi adolescencia —respondo entusiasmada.

—No me digas.

Sol rueda los ojos, definitivamente no está interesada en mi romance adolescente pero Dardo, que no ha dejado de mirarnos a una y otra, sí.

—¿Cómo? ¿Vuelve un romance del pasado? Esto podría ponerse interesante.

—Por cierto, Soledad, he estado distraída con otras cosas pero me debes una conversación y muy seria —digo.

Sol finge que no me ha escuchado y yo vuelvo a poner la mirada sobre Dardo.

—En absoluto, el tipo jamás supo de mí. Mira —voy a mi habitación, saco mi anuario y se lo muestro a mi amigo.

—¡Uy! ¿El emo de la clase?

—No era emo, Dardo, solo le gustaba mucho el color negro.

—Si tú lo dices.

Dardo levanta los hombros y luego mira a Soledad, la insta a arreglarse un poco, quiere llevarla a desayunar a un buffet que le han dicho es maravilloso.

—Paso —le responde Soledad—. Voy a dormir otro rato —se levanta de la mesa y se encierra en su habitación.

—Y ni siquiera ha recogido sus platos —me quejo.

—¿Y tú? ¿Qué dices? Podemos invitar a Manfred y vamos los tres.

—Lo siento Dardo, tendré que pasar, demasiados pendientes el día de hoy.

Lo cierto es que prefiero darle a Fredo algo de tiempo...

No... La realidad es que quiero dármele a mí misma. Después de que me dijera que le gusto el aire tiene un olor enrarecido y no quiero forzar las cosas.

—Par de aburridas.

Levanto los hombros volviendo a poner la vista sobre el anuario.

—Lo siento, quizá mañana. Es Domingo y podemos tomarnos el día libre.

—¿A las nueve está bien? —pregunta con nuevos bríos.

—A las nueve.

—De acuerdo.

Me siento en la sala y nuevamente contemplo la foto de Daniel mientras Dardo sale por la puerta.

¡Si Daniel supiera cuánto sufrí por él! Aspiro hondo y exhalo. Sin poder evitarlo mi mente me lleva al pasado:

*Estoy sentada en una de las jardineras del patio. Daniel, cómo todos los días, pasa frente a mí, cigarro en mano, rumbo a la salida. Le gusta escaparse de clases, no le importa si aprueba o no el maldito curso, a los chicos como él todo les da lo mismo. En un par de días nos darán las calificaciones finales y a él no le importa y quizá es precisamente eso lo que gusta de él, ve la vida como a lo lejos sin involucrarse demasiado en ella, en cambio yo, vivo preocupada por todo: pasar con las mejores calificaciones, conseguir tiempo extra para trabajar en la tienda de conveniencia de la esquina de mi casa, ayudar a mi madre con los quehaceres, encajar, lograr que él me mire...*

*El día anterior nos entregaron los anuarios y estoy decidida a abordarlo para pedirle que me lo firme, debo admitir que aunque soy un poco tímida, soy bastante resuelta e incluso un poco impulsiva, así que me decido a esperarlo y cuándo lo vea pasar de vuelta, para la última hora que nos toca la única clase que adora, Lectura y redacción VI, voy a darle mi anuario. Empieza a llover y consigo cubrirme con la bolsa plástica en la que llevaba mi merienda, está de más decir que solo consigo llegar a clase echa una sopa porque Daniel no vuelve ni ese, ni al siguiente día. No dejo de llorar desconsolada.*

Ahora que tengo veintisiete, me pregunto cómo demonios pude llorar, sufrir, y revolcarme en la cama de dolor, pasar noches de insomnio y perder el tiempo escribiendo estúpidos poemas para alguien que ni siquiera sabía de mi existencia.

*El último día de clases, vuelvo a sentarme en la misma jardinera de siempre y juro que, de ser necesario, le meteré el pie para que se detenga y así pueda darle a firmar mi anuario. Pero no es necesario, Daniel se detiene a encender su cigarrillo justo enfrente de mí, así que aprovecho y le doy mi anuario.*

El resto de la historia ya la conocen...

# CAPÍTULO 18.

## *El efecto mariposa.*

En cuanto logro volver al presente, marco el número de Daniel, quien responde con un escueto— ¿Sí? —y su voz apenas logra transmitirme un poco de prisa... Y nada más.

—Hola —digo—, te llamo por la zapatilla..

—¡Ah! Sí, claro, la zapatilla —comenta—, lamento haber llamado tan tarde pero el equipo de limpieza lo tenía guardado en uno de los casilleros y se habían olvidado de él. Recolectando información supe que se había perdido durante el evento benéfico y únicamente tuve que buscar a la persona que contrató el servicio, Soledad Rivas, fue por eso que llamé.

—¿Eres el gerente? —pregunto intentando obtener un poco de información.

—El dueño.

Se me atorán las palabras en la garganta y comienzo a toser, pensé que Daniel era un perdedor.

—Disculpa —me aclaro la garganta—, ¿puedo pasar a recogerlo?

—De ninguna manera, dame tu dirección y yo te lo llevo.

—Vivo un poco lejos del salón —aclaro.

—No importa, puedo alcanzártelo, es lo menos que puedo hacer después de haberte llamado tan tarde. Estoy un poco apenado pero no quería que se me olvidara, no solemos quedarnos con los objetos perdidos.

Veo innecesario aclararle que no fui yo con quién habló antes, así que le doy mi dirección y él promete que pasará más tarde. Cuelgo el teléfono sintiéndome un poco confundida, ¿por qué siento que podría recuperar algo que perdí tiempo atrás? Es obvio que es imposible y no, no me refiero a Daniel, sino a mi adolescencia, una época en que debí ser feliz sin darle importancia a cosas que realmente no la tenían. Pienso un poco en ello pero debo hacer limpieza en la cocina y tengo que concentrarme si no quiero romper los pocos vasos que nos quedan.

Sol despierta pasadas las dos de la tarde, luce de mejor humor, así que creo

es el momento adecuado para hablar del correo que envié.

—Será mejor que nos sentemos —le digo mientras me mira expectante—. Fredo me dijo que recibió un correo de una de las autoras del libro, ¿puedes explicármelo?

Creo que es hora de aclarar de una vez por todas qué tanta información le soltó mi amiga a Fredo.

—No tiene por qué saber que somos nosotras, Abril y no podemos perder la oportunidad de ver publicado nuestro libro en físico.

—Por favor, Soledad, sabes bien que no podremos ocultar para siempre nuestra identidad, si es que de verdad se interesan en publicarlo —recalco—. En algún momento tendremos que reunirnos a hablar de detalles, como corrección de estilo, diseño de portada, porcentajes...

—Déjalo todo en mis manos, querida, verás que nada se sale de control.

—No todo es dinero, Sol, nos ha ido bien con la auto-publicación, de hecho ya revisé mi cuenta y no están tan mal los números... Podemos arreglarnos.

—Hablando de eso —responde cambiando el tema de conversación—, debemos ponernos manos a la obra, creo que lo que propusiste de vampiros y hombres lobo nos va bien, por supuesto, he pensado en hacer algo distinto, los vampiros no estarán sedientos de sangre, sino de sexo, y los hombres lobo...

Me pongo de pie visiblemente irritada, sé que Soledad intenta que pase página a nuestra conversación.

—Creo que si sigues insistiendo en eso tendremos que tomar rumbos distintos...

—¿Por qué?

—¡Porque no podemos vendernos a la industria solo porque es lo que da dinero!

—¿Y por qué no? La industria se vendió primero, Abril, recuérdalo.

Me siento llena de rabia, no sé qué me molesta más si el hecho de saber que tiene razón o el hecho de tener un lío en la cabeza pero sea lo que sea, necesito un poco de aire. Bajo corriendo las escaleras esperando no encontrarme con nadie porque no tengo ganas de sostener conversaciones triviales y es ahí, justo, donde me tropiezo con Daniel.

Me quedo anonadada, luce increíble. Ya no viste de negro y está mucho más alto... También sonrío mucho más.

—Estoy buscando el departamento doscientos ocho —dice.

Su voz es mucho más grave de lo que recordaba.

—¿Te conozco? —pregunta sin dejar de mirarme, casi como si estuviera analizando cada una de mis facciones.

—No lo creo —miento descaradamente—, pero supongo que eres Daniel, el que me devolverá al fin mi zapatilla —hago un amago de sonrisa.

—Y tú eres la dueña del misterioso zapato deportivo.

—Sí —extiendo la mano para que me entregue la bolsa y termine de irse de una buena vez pero él sigue hurgando en su memoria.

—¡Lo tengo! Eres Abril, te recuerdo bien, firmé tu anuario el último día de clases y después, nunca te volví a ver.

El mundo se detiene automáticamente. ¿Acaba de decir que me recuerda? Y justo en ese momento mi vista periférica detecta una figura conocida: Fredo está en la parte alta de la escalera a punto de bajar pero se ha parado en seco cuándo me ha visto, nuestras miradas se cruzan tan solo por un instante y leo la confusión en la suya

—Hola —saluda.

Daniel y yo nos hacemos a un lado para dejarlo pasar y luego, lo veo desaparecer.

El caos... ¿Quién puede librarse de él?

# CAPÍTULO 19.

## *¿Y dónde están las rubias?*

Sol me espera en la sala mientras yo no decido aún qué ponerme. Es domingo y es el día del desayuno con nuestros amigos.

Cabe aclarar que no he visto a Fredo desde que nos encontramos por casualidad en las escaleras el día anterior y francamente no sé qué debo esperar. Soledad dice que estoy haciendo todo un drama y debo aceptar que a veces tiene razón, después de todo Daniel solo me entregó la zapatilla, no se quedó a cerciorarse de que ajustaba en mi pie ni nada por el estilo. Tan solo me entregó la bolsa, intercambiamos un par de recuerdos y se despidió.

—¿Por qué no estás lista aún? —pregunta Sol por enésima vez.

—Porque no me siento a gusto con nada, ¿nunca te ha pasado?

Sol hace una mueca y va a su habitación, toma un vestido suelto y me lo arroja, logro cogerlo al vuelo.

—Toma, lo compré y no me gusta.

Es lindo, tiene línea A y el cuello blanco contrasta con el color oscuro de la tela.

—Me queda perfecto —le digo una vez que me lo pongo.

—Necesitas comer más si quieres que vuelvan a quedarte bien tus jeans —sugiere.

—Es lo que vamos a hacer ahora, comer, ¡comer mucho! —me vuelvo hacia ella—. Y te agradeceré no menciones para nada el libro.

—De acuerdo —responde malhumorada.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunto al notar su tono de voz.

—Nada.

—Por supuesto que te pasa algo, ¿qué es? —insisto.

—Ya te dije que nada.

—¿Por qué estás de tan mal humor?

—Se trata de Dardo —se sienta en el brazo del sofá y resopla.

—¿Qué sucede con él?

—Me llama a diario y esa es la mejor parte de mi día pero...

—¿Pero? —la apresuro un poco, los chicos deben estar a punto de



recogernos y quiero que diga lo que tiene que decir o de otra manera se sentirá como mierda el resto del día.

—No quiero nada serio, no aún... No estoy lista.

—Te dije que sucedería.

No quiero ser ave de mal agüero pero se lo advertí. Dardo no es de los chicos que pierden el tiempo haciendo la corte, es un tipo que sabe lo que quiere y va por ello, y debo admitir que es una cualidad que admiro. Es el polo opuesto de Fredo, que se lo toma todo con calma... Como si todo cuanto quisiera fuese a esperarlo por el resto de su existencia.

—Ya lo sé —se tapa la cara con las manos—, no quiero que esto avance, no tengo nada que ofrecerle. Hace mucho que dejé de ser quien era.

—Sol, quizá estás siendo demasiado dura contigo misma, el amor no tiene por qué ser complicado, Leo te rompió el corazón y lo entiendo pero quizá Dardo quiera realmente juntar las piezas. ¿Por qué no le das la oportunidad?

—Porque no va a terminar bien, terminaré lastimándolo y no quiero.

—¡Sol! —grita Dardo al otro lado de la puerta.

Mi amiga me pide que me calle y luego se levanta a abrir; tendremos que terminar la conversación en otro momento.

—Hola, amigo.

Sol lo abraza y sé muy bien porqué ha utilizado la palabra “*amigo*” para saludarlo, le está dejando en claro que eso es todo lo que serán.

Los miro con un poco de pena, hacen una pareja hermosa y nada me daría más gusto que ver a mi amiga estable y feliz pero hay cosas que no importa cuánto desees, simplemente no pueden ser.

—Hola, Dardo —intento sonreírle aunque no sé si he logrado conseguirlo.

—Hola, moquitos, Fredo nos está esperando abajo.

Bajamos e inmediatamente noto que Fredo parece haber sido abducido por los aliens y sustituido por alguno de ellos. Está muy serio y bastante rígido, apenas si me hace una mueca para saludarme así que prefiero guardar silencio todo el camino mientras Sol y Dardo hablan de trivialidades, como el clima.

El desayuno es un poco embarazoso, Sol no para de fingir camaradería mientras Dardo se desvive por atenderla y por lograr que vea en él mucho más que solo la superficie, esa historia no terminará bien.

Fredo ha estado bastante callado y solo ha respondido “sí”, “no”, “tal vez”, “creo que es posible” a los comentarios de nuestros amigos y aprovecho un momento en que nos quedamos solos para intentar conversar con él

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí, sí, por supuesto, ¿te gustó la comida?

—Deliciosa. ¿Has tomado la decisión en cuanto al libro que me comentaste?

Sí, sí, sí... Ya sé lo que están pensando, fui yo quien le pedí a Sol que no mencionara el libro pero ¿se han encontrado alguna vez en una situación realmente incómoda? Una dice lo que sea para zafarse de ellas.

—Voy a ponerlo en el escritorio de mi jefe.

—¿De acuerdo? —Soy consciente de que mi respuesta ha sonado a pregunta pero fue ese el modo en que salió de mi boca y no hay manera de meter reversa.

—¿Abril?

—¿Sí? —me llevo un bocado de fruta a la boca para tener pretexto por si lanza una pregunta a la cual no quiero dar respuesta.

—¿Quién era el tipo con el que estabas ayer en las escaleras?

Ahí está, lo sabía. Mastico muy lento mientras mi mente sopesa las diferentes respuestas:

A)¿Qué demonios te importa? B)Tan solo un amigo. C)Mi *crush* del pasado. D)No parece muy maduro de tu parte que preguntes.

Lo sé, ninguna suena cuerda.

—Un tipo del salón de fiestas, solo vino a devolverme mi zapatilla, ¿recuerdas que se me había extraviado? —levanto los hombros para restarle importancia.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues ahí lo tienes.

—Parecías nerviosa —insiste en averiguar detalles.

—¡Ah! ¿Sí? Bueno, cualquiera estaría nerviosa, ¿qué tal si no ajustaba en mi pie? El tipo hubiera tenido que ir a probárselo a la hermanastra, ¿puedes creerlo?—le digo levantando los hombros fingiendo indiferencia.

—Muero de la risa con tu chiste —Fredo se inclina un poco sobre la mesa y me hace una seña con el dedo, parece que va a decirme un secreto

—. No me gustó como te miraba.

—¿Y cómo me miraba? —Lo interrogo también en voz muy bajita.

—Como si quisiera desnudarte.

Esta vez soy yo quien rompe en una sonora carcajada, ¿qué demonios está diciendo Fredo?

—¡Vamos, ríete! Pero te estoy diciendo la verdad —agrega echándose hacia atrás.

—Por favor, Fredo, Daniel no es así.

—¡Ah! ¿Daniel? Entonces si lo conoces.

—Lo conozco de la escuela, ¿está bien? Solo eso.

—Sé que no te fías de mí pero ten cuidado, me da mala espina — afirma muy convencido.

Mi móvil suena en ese instante

—¿Hola? —respondo agradeciendo a las estrellas mi buena suerte ya que me da el pretexto perfecto para huir de nuestra tonta conversación—. ¡Oh! Hola, sí, sí, claro. Me encantaría. Por la tarde está bien. De acuerdo.

—¿Qué estabas diciendo? —se pone de pie y va a servirse otro plato de comida. Estoy segura de que pudo escuchar un poco de la conversación.

—Engordarás —le digo en cuanto vuelve y Sol y Dardo, que también han vuelto a sentarse nos miran interesados.

—Qué más da, Abril, en algún momento el físico pasa a un segundo plano, lo que prevalece es tu interior y después de todo es eso de lo que nos enamoramos.

—¿Por qué no tienes novia? —es algo que siempre me ha causado curiosidad y que apenas ahora me atrevo a preguntar.

—Porque he estado muy enfocado en mi trabajo y en realidad no me gusta malgastar el tiempo teniendo citas que no llegarán a ninguna parte.

Otro punto que tenemos en común, pienso.

—¿Pero cómo sabes que no llegarán a alguna parte si no das segundas oportunidades?

Por supuesto que solo intento hacerlo salir de su zona de confort.

—¿Estás intentando psicoanalizarme? Porque te aseguro que puedes llevarte un par de sorpresas —responde evadiendo mi mirada.

—Fredo tuvo una novia —relata Dardo mientras Fredo lo mira como si quisiera asesinarlo pero éste no se da por enterado—. Vivian Loira... Pero se fue a Lyon a estudiar una maestría y...

Sol y yo nos miramos.

—¡La rubia! —decimos al mismo tiempo.

Ambos nos miran como si hubiéramos perdido la razón y ninguna de las dos logra explicar el porqué de nuestra exclamación unísona.

# CAPÍTULO 20.

## *Círculos oscuros.*

Por la tarde, Daniel pasa a buscarme al departamento; fue él quien llamó mientras estaba desayunando con mis amigos. Me invitó a tomar un café para recordar viejos tiempos y pensé que era una gran idea; después de tantos años es una excelente oportunidad para cerrar al fin ese capítulo de mi vida y poder escribir nuevos y más hermosos. ¿Quién sabe? Quizá las cosas con Fredo sí resulten después de todo. Sonríó al pensar en él y en la posibilidad de poder ser algo más que amigos, tal vez ha llegado mi hora.

Por el contrario, Sol piensa que es mala idea salir con alguien que alguna vez significó algo en mi vida y aunque he intentado explicarle que voy a la cita sin expectativas de ningún tipo ella piensa que no es así. No importa, no siempre tenemos que estar de acuerdo, eso es lo hermoso de la amistad, que ni las diferencias la rompen.

Mientras paseamos por la plaza, Daniel me pone al día de su vida desde que dejamos de vernos, ha cambiado mucho y ríe un poco cada vez que recordamos su etapa oscura, cómo él la llama. Al parecer, su transición por la adolescencia no fue fácil.

—Por aquél tiempo mis padres se separaron, fue una época difícil —confiesa mientras nos detenemos a tomar un café en uno de esos lindos sitios al aire libre—. ¿Y qué me dices de ti? —me ofrece una silla.

—Bueno, yo tampoco lo pasé muy bien, mi padre murió cuando estábamos el segundo año y me refugié en la escritura.

—Así que escribes, ¿eh?

—Bueno, en ese entonces escribía poemas estúpidos que no le gustaban a nadie.

—¿Cómo puedes saberlo? Podría darte mi opinión si aún los conservas.

—Por supuesto... —¡que no! Pienso en ese instante —. ¿Sabes? Me sorprendió que me llamas pero más que me recordaras. Cuando firmaste mi anuario, escribiste «hey, tú, como sea que te llames» —llevo la conversación a terrenos más seguros. ¿O no...?

—Yo era un idiota en ese entonces, Abril. ¿Cómo no voy a

recordarte? Estuvimos en la misma clase durante tres años, además a veces te copiaba en los exámenes...

—¿En serio?

—¿Puedes creer que te esté confesando esto? —se lleva las manos al rostro y se cubre con ellas.

—No importa —respondo levantando los hombros—, todo eso ha quedado atrás.

El camarero nos interrumpe y pido un capuchino, Daniel un americano y luego se vuelve hacia mí, con una mano sostiene su barbilla y me mira atento.

—¿Qué? —le pregunto.

—Abril Lara... No puedo creerlo.

—Yo tampoco lo creí cuando Soledad me dio tu nombre y número. Dudé por un momento que fueras tú pero luego me dije que no podían existir muchos Daniel Aedo.

Él ríe.

—Excepto mi padre y yo.

—¿Cómo terminaste siendo dueño del salón?

—Un error en el testamento de mi padre —asegura.

—¿En serio?

—Murió hace un par de años. Dejó a mi madre porque se había enamorado de otra mujer, mucho más joven, por supuesto, fue a ella a quien le dejó todo, excepto el salón, porque en ese entonces aún no tenía las escrituras, así que... Terminó siendo mío.

—Lo siento, debe haber sido muy difícil.

—Claro que lo fue, su esposa peleó duro pero ya no había nada que hacer, el salón no estaba señalado en el testamento y así es como nos ganamos la vida ahora, ¿qué te parece?

—¿Les deja lo suficiente? —pregunto curiosa.

—No nos podemos quejar, además de la renta del salón ofrecemos también servicio de banquetes; obviamente ganamos más cuando el cliente contrata el servicio completo. Mi madre me inculcó el amor por la cocina, y la verdad es que soy un gran chef —vuelve a sonreír—. Estás asombrada, ¿verdad? Pensaste que ibas a encontrarte con un perdedor, ¿no es cierto?

Río.

—Leíste mi mente.

—Tengo grandes poderes, no debes olvidarlo.

Daniel es muy gracioso y parece haberse convertido en un gran tipo. Me agrada. El camarero se acerca con los cafés y entonces le hablo un poco de mi trabajo en Industrias Mitran y cómo fue que lo dejé todo sin mirar atrás.

—Eres valiente, ¿eh? —me da un golpecito en el brazo.

—No me arrepiento, ¿sabes? Hacía mucho tiempo que no me sentía valorada.

—¿Y a qué te dedicas ahora?

—Escribo algunos artículos para revistas —miento.

—¿Te deja lo suficiente para vivir?

—No voy a hacerme millonaria si a eso te refieres pero estaré bien.

—Me alegro, Abril. Me da mucho gusto haberte encontrado. Entre millones de personas te encontré precisamente a ti, ¡y porque perdiste una zapatilla!

—Es una locura, ¿no es cierto?

—Lo es —asegura—, y yo no creo en las casualidades.

—¡Ah! ¿No?

—No, en lo absoluto. Las casualidades no existen, todas las personas que se cruzan en tu vida tienen su propia misión, dejarte un aprendizaje, por ejemplo.

—Tal vez —admito—. Es una teoría interesante.

—¿Te gustaría salir conmigo? Estoy bastante interesado en conocerte.

—¡Oh! Créeme que no hay nada interesante en mí, Daniel, soy una chica aburrida a la que le gusta mirar películas y series de televisión y que prefiere las cenas con dos amigos que las fiestas frías llenas de gente.

—Me gustaría descubrir cuan aburrida eres, Abril.

¡Dios! ¿Por qué demonios me metí en esta situación? No sé qué decir por más que intento que mi cerebro trabaje a marchas forzadas. Ni siquiera voy a mencionar mis opciones porque no se me ocurre ninguna.

—No, no quieres descubrirlo, créeme y además estoy seriamente interesada en otra persona.

—¿Y esa otra persona tiene también interés en ti?

—Eso creo.

—Pues podemos tomar otro café otro día mientras lo averiguamos, ¿no crees?

¿Desde cuándo es tan confiado el imbécil? ¡Arrrggggghhhh! Tengo ganas de patear traseros. ¿Por qué demonios me sucede esto a mí?

—Me encantó volverte a ver, Daniel pero verás, quiero contarte una historia: hace algunos años, doce para ser exacta, había una chica que moría porque el chico que se sentaba en el pupitre de atrás la mirara, le regalara una estúpida sonrisa, ¡o lo que fuera! No le hubiese importado siquiera que la insultase, si eso significaba que podía mirarlo a los ojos tan solo una vez en la vida pero el chico nunca la miró, y la chica dejó de creer en los príncipes azules... Y ahora, gracias a un chico maravilloso que lo más probable es que tan solo sea un hombre común y corriente ha recuperado la fe. Y colorín y colorado...

—Esta historia está empezando —Daniel se inclina hacia mí y entonces, sin previo aviso, me besa.

Cuándo al fin logro separarme, estoy en shock, Fredo y Dardo se acaban de sentar en la mesa de al lado y lo han visto todo.



# CAPÍTULO 21.

## *Embriagado de amor.*

¿Habéis tenido un mal día? Pues yo acabo de cerrar el mío con broche de oro.

Después de salir a toda prisa del café y sin despedirme siquiera, me he percatado de que me olvidé la cartera, así que he tenido que volver caminando y aunque estaba un poco nublado nunca imaginé que cayera la lluvia torrencial que acaba de caer. Estoy empapada, tanto, que el hermoso vestido que me dio Soledad se ha adherido a mi cuerpo de tal manera que no sé si alguna vez podré sacármelo de encima.

Lo único bueno de la lluvia es que nadie notó mis lágrimas. Las he derramado por doquier y se han quedado ahí, como testigo mudo de mi dolor. Si había una posibilidad, tan solo una, de que Fredo y yo pudiésemos llegar a algo, ésta acaba de esfumarse. Estoy segura de que pensará que tengo algún tipo de relación con Daniel y es tan obstinado que ni siquiera se tomará la molestia de preguntarme.

Cuando llego al departamento estoy hecha un desastre. Sol me abraza apenas consigo atravesar la puerta, Dardo le llamó por teléfono una vez que Fredo decidió marcharse del café, al parecer estaba más que enfadado, decepcionado.

—Todo estará bien —dice—, te lo prometo

Pero sé que nada está bien ni lo estará porque Fredo no sabe qué sucedió ahí realmente.

Por otra parte, no sé a ciencia cierta si le debo una explicación, después de todo él y yo no somos nada. ¡Demonios! Cómo duele ahora esa palabra. Esa maldita nada, que preciso ahora, está devorándose mis entrañas.

Sol recurre nuevamente al té, intenta que yo beba un poco pero esta vez, tan solo esta, mi terrible error merece un par de cervezas. Así que, a pesar de las recomendaciones de mi amiga, que termina acompañándome, bajamos al bar de Don, que se encuentra a unos pocos pasos del edificio. Dardo se nos une al poco rato porque Sol le ha llamado para decirle que necesito apoyo. No sé qué hacer, así que intento, de manera torpe,

explicarles a ambos lo que en realidad sucedió.

—Mira, moquitos, puedo entender que quisieras ponerte al día con Emi —ese es el apodo que le ha dado a Daniel—, lo que realmente me preocupa es que no te hayas enterado que el tipo sigue siendo un imbécil, además de ridículo. ¿Qué demonios fue eso de esta historia está empezando? ¿Qué siente? ¿Qué está en un capítulo de Barrio Sésamo?

—Solo quería darle un cierre a ese capítulo.

—Sí, claro —interviene Sol —, cuándo fui a ver a Leo fuiste tú quien dijo que yo era una tonta por querer cerrar círculos, si mal no recuerdo. A veces eres tan ambigua.

Bebo otro trago de cerveza, Sol tiene muchísima razón.

—No sé por qué me preocupo tanto, Fredo y yo no somos nada y probablemente nunca lo seremos —afirmo intentando convencerme.

—Fredo es un cabeza dura —asegura Dardo y asiento porque estoy segura de eso—. Aunque sé que le gustas, él jamás se hubiera tomado el atrevimiento de besarte como lo hizo Daniel. Fredo es un tipo muy analítico, Abril, no da un paso sin razonar los pros y los contras —levanta los hombros—, probablemente por lo que le hizo Vivian.

—En cuanto a Vivian... —intentó explicarle.

—Ya Sol me lo contó todo, trabajaste con ella y fue esa la razón por la que renunciaste a tu trabajo.

—Sí, le dieron el puesto porque se acostaba con mi jefe —bebo un trago más profundo esta vez—. Así que sé que lo tengo difícil. Después de Vivian, supongo que Fredo no confía fácilmente en las personas.

—No es solo eso. Fredo toma decisiones apresuradas porque es impulsivo. Cuándo dejó a Vivian no volvió la vista atrás, de hecho, se mudó de su apartamento y fue por eso que vino a vivir aquí. No quería que ella supiera donde encontrarlo.

—Interesante —comenta Sol. Dardo y yo la miramos y ella abre los ojos muy grandes— ¡Qué! —y luego vuelve a concentrarse en la conversación.

—¿Estás diciendo que es probable que no quiera volver a verme y se vaya para siempre? —vuelvo a beber.

—Te estoy asegurando que lo hará.

Dardo no es bueno confortando a las personas, me pregunto si Sol hizo bien en invitarlo.

—Dardo... —murmura Sol.

—No vine aquí a mentir, Soledad —responde.

Su autenticidad, aunque ahora mismo me lastima, es la virtud que más admiro en él. A veces es mejor que te hieran diciéndote la verdad que ocultándola, eso es lo que convierte a un conocido en un verdadero amigo.

—Ella necesita consuelo, no que le digas que Fredo la repudiará por siempre —interrumpe mi amiga.

—¿Sabéis qué? —les digo a ambos—, no estáis siendo de ninguna ayuda —les echo a un lado y empujada por el valor del par de cervezas que acabo de beber, asiento un billete sobre la barra y me vuelvo hacia ellos—, iré a hablar con Fredo.

—Abril, no lo hagas —me ruega Sol—, dale un poco de tiempo.

—¡No digas que no te lo advertí! —grita Dardo pero ya no los estoy escuchando, he empujado la puerta del bar de Don y estoy dirigiéndome a su departamento.

Toco su puerta de manera resuelta varias veces, hasta que harto del ruido, Fredo abre. Solo verlo sé que hay algo distinto en él, para empezar no me da la cara. Se ha puesto de frente al ventanal y está dándome la espalda.

—Fredo —le digo —, no sé qué es lo que te está molestando pero debes saber algo: él me besó sin que yo lo esperara...

—No me interesa tu historia color de rosa, Abril —responde interrumpiéndome.

—Pero...

—Disculpa —toma la chamarra del respaldo del sillón y se acerca a la puerta —, tengo que salir, te agradeceré que cierres cuándo te vayas.

Entonces, me quedo ahí parada, estoy segura de que el tiempo acaba de detenerse o no... Porque veo pasar, a gran velocidad, la grandiosa vida que hubiésemos tenido juntos.

Vuelvo a mi departamento y cierro la puerta tras de mí, Soledad y Dardo están afuera y me piden que les abra. Les pido que me dejen sola. No quiero ver a nadie, mucho menos hablar. Quiero, por una sola noche, olvidarme de que la tierra sigue girando sobre su órbita.

# CAPÍTULO 22.

## *Dos chicas rotas.*

Dardo ha estado dando vueltas por el apartamento, ¿es que acaso se mudó y no me di cuenta? De por sí es pequeño y con tres personas deambulando por ahí no podemos caminar sin encontrarnos cada escasos segundos. Ha estado hablando por el móvil y aunque no he preguntado nada, estoy segura de que es Fredo quien está al otro lado de la línea.

—Creo que voy a salir un momento, debo ir a ver a alguien —dice al colgar y reafirma mis sospechas.

Va a subir a verlo, mientras tanto, Sol ha levantado los hombros fingiendo que no sabe de qué se trata el asunto y se dirige a la cocina para prepararse algo.

Mi cabeza me dice que el comportamiento de Fredo, a pesar de ser absurdo, tiene cierto sentido. Me había confesado que le gustaba y se siente traicionado, puedo entenderlo, supongo que me sentiría igual si estuviese en su lugar, además, después de las continuas traiciones de Vivian, ¿quién podría culparlo?

Dardo no baja hasta pasadas las doce y sin decir nada, excepto nos vemos pronto se va. Sol intenta convencerme de que todo estará bien pero estoy segura de ni ella misma cree sus palabras. Por otra parte, Daniel no ha parado de llamarme al móvil y es tanta su insistencia que termino bloqueando su número. Espero que no se le ocurra pararse por aquí o no respondo, nadie tiene derecho de arrebatarte un beso si no le has dado tu consentimiento.

El día se hace eterno y Sol me ha propuesto que comencemos a escribir nuestro siguiente libro para que mi mente se despeje, le respondo que no, no podría escribir de más nada que de desdicha, sin embargo ella se sienta frente al ordenador y comienza a teclear. Espero que no empiece esa historia de vampiros de la que me habló o emigro al Polo Norte. Mientras ella escribe, enciendo la televisión pero no logro concentrarme y termino quedándome dormida. Sol me ha colocado una manta y si he despertado ha sido por los susurros de mi amiga al teléfono. Creo que habla con Dardo y se nota preocupada. Hago intentos desesperados por

escuchar un poco sin ser demasiado obvia, así que me levanto de puntillas y me coloco estratégicamente al otro lado de la puerta.

—Sí, sí, no te preocupes no diré nada.

Pausa.

—Mira, Dardo, la verdad es que no estoy de acuerdo en que sea tan rudo con ella, Abril tiene razón, ni siquiera son novios, ¿y qué clase de persona lo abandona todo tan solo por un maldito beso? ¡Ni siquiera se acostó con él! Además, perdóname pero los hombres tampoco sois unos santitos.

Pausa.

—¡Pues más a mi favor!

Pausa larga, Dardo debe estar intentando explicarle algo.

—No, no... ¡ah! Es decir, que si tú supieras que yo me acosté con alguien, aún sin tener nada que ver contigo, ¿también te sentirías herido?

Pausa muy, muy larga y luego gritos... Muchos. Soledad ha perdido la cabeza y ha terminado arrojando el móvil al suelo, luego abre la puerta de pronto y me da el golpe de mi vida. Estoy doblada en dos por el dolor, mientras mi amiga me da golpecitos en los brazos.

—¿Qué demonios estabas haciendo? —pregunta asustada.

—Me despertaste. Estabas hablando muy fuerte.

—No mientas, Abril, estabas espiando.

—¿Qué fue toda esa discusión? —pregunto sobándome.

—Nada importante.

—Tengo derecho a saber.

Sol resopla y va a sentarse en el sofá.

—Discutí con Dardo.

—Eso lo saben hasta en el bar de Don, hasta ahí llegaron tus gritos.

—¡Ahhhhhhhh! —se lleva las manos al cabello y lo echa hacia atrás, sé que se siente frustrada.

—¿Qué sucedió?

—Fredo se irá.

—¿Qué?

—No lo entiendo, Abril, ¿por qué se comporta como un imbécil?

—¿Hablas de Fredo o de Dardo?

—¡Los dos! Son un par de idiotas, ¿puedes creer que después de todo lo que hablaron Dardo terminó dándole la razón a Fredo? Que se vayan a... ¿la mierda?

Soledad no parece estar segura de a dónde desea que se marchen, créanme, yo los hubiera enviado un poco más lejos

—Tranquila, estaré bien—afirmo, aunque es obvio que miento. No importa. Voy a ir a hablar con él y lo obligaré a escucharme, así tenga que atarlo a una silla.

Está de más decir que no logro conciliar el sueño, mi madre se ha aparecido nuevamente en mis sueños, quiere recordarme que no hay adversidad que no pueda vencer, únicamente debo darle tiempo al tiempo. Espero que tenga razón.

Me levanto muy temprano por la mañana y mientras como cereales me siento en el ordenador para leer lo que ha escrito Sol y me encuentro gratamente sorprendida. Comenzó una historia de ciencia ficción que me agrada y le veo un sinfín de posibilidades, entonces alguien toca a la puerta, Soledad aparece y se recuesta en la barra de la cocina, está esperando a que yo me levante a abrir.

—Te toca —le digo.

Me hace una mueca y entonces vuelvo la cabeza para ir a ver quién es. Me quedo de una pieza al ver a Fredo. Está vestido de manera informal, tan solo unas bermudas de color caqui y un sencill polo de color azul. Lleva revuelto el cabello y sus lindos ojos claros parecen haber perdido el brillo.

—Hola, Soledad, ¿puedo hablar con Abril un segundo?

—Es toda tuya —responde bufando y después de agarrar un vaso de jugo se encierra en su habitación.

—Creo que será mejor que salgamos a hablar allí afuera, en terreno neutral. Es más seguro —dice Fredo evitando mirarme.

Lo miro intrigada y salgo al pasillo.

—¿Qué necesitas? —pregunto.

Creo que he sido un poco ruda pero Fredo lo merece.

—Creo que debo disculparme contigo.

¡Vaya! Parece que le ha caído un rayo que ha vuelto a acomodarle los sesos en su sitio habitual.

—Está bien, no necesitas hacerlo.

—Me comporté como un estúpido —asegura—, es que creí que yo te gustaba.

—Y me gustas —afirmo.

—Eso me parece bien —me mira y mete las manos en los bolsillos —, pero aun así tomé una decisión... —lo noto vacilante y temo lo peor —. Voy a irme, Abril... Pedí mi cambio. Me voy a Londres.

¿Dijo Londres? Por supuesto que entro en shock, cuándo Soledad dijo que se iba lo primero que vino a mi mente fue que se cambiaría de apartamento, por ejemplo, al centro o quizá sur de la ciudad, ¡o a Las Palmas! pero Fredo ha dicho Londres y ¿acaso es para menos que esté a punto de entrar en estado de coma?

—¿Londres? —pregunto cómo una autómata, quizá no escuché bien.

—Sí, hace tiempo que quería irme pero un par de asuntos importantes me detenían, ahora uno de ellos ya no lo parece tanto.

—Y ese asunto soy yo, ¿no es cierto?

Fredo esquiva mi mirada. Una parte le dice que me lo debe, la otra, que ni siquiera lo valgo.

—La editorial tiene una pequeña sede ahí y creo que puede ayudarme a despuntar mi carrera, ahora eso es lo más importante para mí.

—¿Estás huyendo de mí?

No sé cómo ha salido esa pregunta de mis labios, no he sido yo, lo juro, debe haber sido una pequeñísima parte de mi cerebro que le ordena a mi boca no guardarse nada y sé que lo estoy echando a perder porque eso es lo que suelo hacer.

—Mira, Abril, seré muy honesto contigo, tuve una relación muy larga y bastante dolorosa así que no soy de fiarme de las personas, supongo que puedes entenderlo. Y claro, me gustas y bastante —baja un poco la mirada —, pero no estoy listo para tener una relación. En realidad lamento haber abierto la boca, yo debí esperar...

—¿Esperar? ¿A qué estuviera carcomida por los gusanos?

—Sigues siendo muy graciosa. En fin, era todo lo que tenía que decirte. De verdad me encantaría en un futuro, no muy lejano, saber de ti y de que eres muy feliz y todo eso. Ya sabes.

—Por supuesto, Fredo, te lo agradezco, deseo lo mismo para ti.

Fredo vacila un instante, no sabe si darme un abrazo o no, al final, se contiene.

—Me voy el martes muy temprano y debo empaquetar todo, debo irme, mi hermana vendrá a encargarse de todo.

—Adiós, Fredo.

—Adiós.

Y después, tan solo se da la media vuelta y se va... Y de nuevo soy yo quien se queda ahí de pie, sin atreverme a moverme, quiero grabar en mi memoria su figura alejándose de mí para que nunca, jamás, vuelva a pensar que quizá los príncipes azules sí existen.

Después de eso, solo quedamos Soledad y yo... Las dos chicas rotas.



# CAPÍTULO 23.

## *Una tonta película de amor.*

Así que eso es todo... Otra historia más que se queda sin final porque uno de los protagonistas abandona la trama... Y si alguien se pregunta qué es lo que voy a hacer, pues les tengo malas noticias...

No perseguiré su taxi en una moto.

No iré al aeropuerto a buscarlo antes de que aborde su avión, ni burlaré la seguridad para pedirle que se quede.

No me apareceré en su puerta con letreros que digan lo mucho que lo amo.

Porque ninguno de esos clásicos finales de las películas que tanto me gustan me parecen adecuados para este cuento que quedó inconcluso. Voy a continuar con mi vida porque eso es lo que sé hacer y sé hacerlo muy bien.

Me inscribiré en clases de dibujo y me cortaré el cabello.

Me pintaré las uñas y comeré helado.

Haré todas esas cosas tontas que hacen las chicas cuando terminan una relación y después volveré a hacerlas de ser necesario.

No lo declararé un fracaso, porque aunque hice el examen y mi calificación fue No Aprobado, aprendí una lección muy valiosa:

«El verdadero amor, cree, confía y espera» y no puedes esperar recibirlo de alguien que no cree, no confía, ni mucho menos espera...

# CAPÍTULO 24.

## *El descanso.*

Soledad y yo estamos caminando por el pueblo. Decidimos darnos unos días para olvidarnos de todo y dejar atrás los malos ratos.

Me siento un poco extraña, ninguna de las dos ha abierto la boca para decir nada y aun así, sabemos que contamos la una con la otra. Debo admitir que si hay algo que debo agradecer de todo esto es que tengo una amiga que está para mí sin importar nada más.

Es extraño, hace seis meses que Fredo se fue y ciertas cosas han ido asentándose en nuestras vidas de manera lenta pero tangible, por ejemplo: Soledad recuperó la casa de Valle y la estamos redecorando, mi amiga no quiere que haya nada que le recuerde que el Dr. Jekyll y su señora esposa estuvieron aquí alguna vez, así que la he ayudado a vender todos los muebles para traer nuevos e incluso hemos pintando las paredes y colgado cuadros nuevos.

No puedo decir que sea feliz pero al menos estoy intentando mantenerme ocupada.

¿Les he dicho que «La chica que no creía en los príncipes azules» va a publicarse? Sí, al fin firmamos un contrato y ahora que Fredo no está, ya no tengo porqué esconderme. Tendremos una presentación en una famosa librería en unos cuantos días. Quizá sin que él lo supiera hizo una cosa, tan solo una por mí: poner ese manuscrito en el escritorio de su jefe. Como antes dije, la vida te quita algo y te recompensa con otra. Nos han pagado un adelanto y mis problemas económicos se han terminado, al menos por el momento.

En cuanto a Soledad y Dardo, han logrado, en cierto modo, resolver sus diferencias, quizá no tendrán su y vivieron felices por siempre, pero al menos pueden verse de vez en vez sin vociferar. Me hubiese gustado mucho verlos juntos pero la vida no siempre nos da lo que queremos, sino lo que necesitamos aunque de primera instancia no consigamos entenderlo.

Y tengo más novedades, la rubia, es decir, Vivian, renunció a su puesto de jefa en Industrias Mitrán, ésta vez para irse detrás de un londinense y el Lic. Robles me llamó para saber si estaba interesada en

tomar el puesto que, según sus palabras, siempre había sido mío. Por supuesto que le di las gracias y aproveché para mandarlo directito a la mierda. Me siento orgullosa de mí y creo que mi madre, esté en dónde esté, también lo está.

Sé que los otros aspectos de mi vida irán asentándose poco a poco y es esa esperanza a la que he estado aferrándome para estar bien. ¿Alguien se pregunta qué fue de Daniel? Pues bien, ahora es únicamente una firma en mi anuario y nada más...

# CAPÍTULO 25.

## *Novia fugitiva.*

Es domingo y despierto temprano. Desde el día anterior decidí arreglar mis cosas porque la vuelta a la ciudad se vuelve inevitable. Quisiera poder quedarme más días en Valle, aquí se respira una paz infinita y echaré de menos esas noches de luna nueva en la terraza, llenas de vino y largos silencios pero debemos prepararnos para la presentación. Soledad, como siempre, lo ha dejado todo para última hora y corre de aquí para allá revisando sus cosas una y otra vez para asegurarse que no olvida algo.

—Ya es tarde, el taxi llegará en un minuto —la apresuro.

—¿Has visto mi máquina de afeitar? —pregunta irritada.

Sí, las mujeres también necesitamos afeitarnos. Aceptadlo de una vez.

—No, Sol, la última vez que la vi, estaba en el baño de arriba —respondo.

—¿Y mi gel de ducha?

—Tampoco—miro el reloj por onceava ocasión.

—¡Demonios! —grita mientras baja la escalera a toda prisa.

Con una expresión de horror la veo trastabillar y luego caer como en cámara lenta y corro, lo más rápido que puedo, para intentar amortiguar un poco su caída pero es demasiado tarde, Sol está de bruces sobre el suelo de la planta baja.

—¡Joder, Soledad! Te dije que prepararas tus cosas ayer, ¿estás bien?

Sol gime e intenta enderezarse y es entonces que me percató de que su pierna derecha está partida por la rodilla y que el más leve movimiento le causa un dolor indescriptible.

—¡Rayos, rayos! —grito— No te muevas, creo que está rota. ¡Ayuda!

No sé qué más hacer, nunca he sido tolerante a cualquier tipo de accidente que conlleve sangre, dolor o huesos rotos...

—¡Dios! ¿Qué hago?

—¡Llama a una ambulancia! —grita.

Con una mano busco en mi bolso y con la otra sostengo la suya pero

el maldito móvil no aparece por ningún lugar

—¡Donde demonios puse el maldito móvil!

—El mío está en mi bolsa, ¡rápido o moriré! ¡Juro que moriré y mi alma quedará vagando e irá a buscarte donde quiera que estés, así sea en la Patagonia!

Su rostro está inundado de lágrimas y mi desesperación aumenta, no sé si quedarme sujetando su mano para apoyarla a soportar el dolor o ir a buscar su bolso. Decido seguir tomando su mano.

—¡Ve por él, ahora! —vuelve a gritar.

Consigo, con cierto trabajo, ponerme en pie y subo corriendo las escaleras para buscar el bolso, hurgo en él hasta dar con el maldito móvil. Lo primero que se me ocurre es llamar a Dardo a quien le pido que llame a la ambulancia porque, demonios, he olvidado el número. Después, bajo nuevamente para consolarla y pedirle que no se mueva.

—¡Mierda, Abril! Dime que ya pediste la ambulancia.

—Llamé a Dardo, no pude recordar el número de la ambulancia.

—¡Es 112, Abril, 112! —repite—. No tenías que llamar a Dardo, ¡qué mierda! ¡Me duele!

—Lo siento, lo siento —me disculpo—. Resiste, resiste.

—¡Deja de repetir dos veces lo mismo!

—¡No puedo! —no sé qué más decir para tranquilizarla.

—Ve por algo para el dolor, por favor, ¡esas jodidas pastillas para el síndrome premenstrual o lo que sea! —ordena mientras sigo intentando calmarla—. ¡Perderé mi pierna! ¿Verdad?

—No estoy segura de que sea para tanto, Sol, creo que solo tendrán que enyesarla... Tranquila, por favor — intento calmarla pero yo misma estoy a punto de echarme a llorar.

El tiempo que se toma la ambulancia en llegar me parece eterno pero cuando veo el reloj noto que solo han transcurrido veinte minutos. Salgo apurada a recibirlos y les pido que por favor la trasladen al hospital más cercano mientras recojo algunas cosas pero Soledad pide que la lleven a una clínica de la ciudad por el convenio de su póliza de gastos médicos. Nos tomará dos horas llegar si el tráfico nos lo permite pero el paramédico dice que no debo preocuparme, va a sedarla.

Cuando llegamos al hospital, Dardo ya está allí y lo abrazo en cuanto lo veo. Lo he echado mucho de menos y no me avergüenza confesarlo.

—¿Qué pasó, moquitos?—pregunta con un visible dejo de

preocupación.

—No lo sé, era tarde y se aseguraba de no olvidar nada, luego todo sucedió muy rápido y cayó por las escaleras. Su pierna estaba... Doblada en dos, la sedaron y creo que la enyesarán pero estará un par de días en el hospital en observación por si hay algún golpe interno en alguna otra parte del cuerpo.

—Espero que no en la cabeza. Está un poco loca pero me gusta tal como es —mete las manos en los bolsillos—. Nunca voy a perdonármelo, Abril.

—No es tu culpa, Dardo, Soledad es... Soledad —afirmo.

—Pero no debí distanciarme.

—Uno hace lo que cree que es lo correcto —levanto los hombros—, pero la vida siempre nos regala segundas oportunidades, ¿quizá esta es la tuya? —le sonrío—. Es posible, ¿no? Sol te adora y estoy segura de que está loca por ti, solo es un poco terca y tiene miedo de echar a perder su amistad si no llegase a funcionar su relación.

—No vamos a fracasar, te juro que nunca antes había sentido lo que siento por ella. Me tiene loco, literalmente loco.

Un par de lágrimas resbalan por mis mejillas. Sería genial que Fredo sintiera lo mismo por mí, juro que haría a un lado todas mis mierdas existenciales para darle una oportunidad.

—Lo sé, Gildardo.

—¿Por qué lloras? —pregunta obviando que acabo de llamarlo por su nombre completo.

—Porque soy feliz de que os queráis, ¡y porque odio que tengáis que estar separados!

Dardo me seca las lágrimas y me abraza fuerte.

—Te prometo que voy a conquistar a *patita de palo* así sea lo último que haga.

Me echo a reír, espero que Dardo cumpla su palabra.

Entramos a ver a Soledad en cuanto el médico nos dice que por el momento todo está bien y que podemos visitarla. Noto que luce angelical después de las drogas que acaban de inyectarle. Espero que lo esté pasando bien. Charlamos un poco con ella pero la verdad es que no está diciendo nada cuerdo así que pronto salimos de su habitación para dejarla reposar.

Pasados dos días, Soledad es dada de alta, no tuvo otros daños pero por obvias razones no podrá asistir a la presentación, de manera que tendré que arreglármelas sola.

Dardo estará cuidando de ella mientras yo estoy fuera. Le he dicho que tengo una junta de trabajo, sé que es una mentira pero decidí no decirle nada acerca de la presentación del libro porque tuve el presentimiento de que le llamaría a Fredo para contarle y no creo que en nuestra situación actual fuese lo más apropiado. Traducción: temía que boicoteara nuestro libro, así que preferí guardar el secreto y le pedí a Sol que lo guardara conmigo.

Llego a la presentación con media hora de retraso y alguien, a quien ni siquiera le he prestado atención, me indica el camino hacia el improvisado podio. Después de esquivar a un número decente de lectores consigo llegar a mi objetivo y miro ilusionada a mi presentador, un chico de no más de treinta que tiene pinta de intelectual y que me presenta como una de las autoras del libro.

Cuándo tomo el micrófono pido disculpas en nombre de Soledad y explico rápidamente que tuvo un accidente y esa es la razón de que no pueda acompañarnos.

Recorro con la mirada ilusionada el lugar y de pronto, entre la gente, veo a alguien que me resulta familiar: es alta, rubia y hermosa. A su lado hay alguien a quien conozco muy bien. Fredo posa su mirada en mí y estoy segura de que me he quedado con la boca abierta. El cuerpo ha dejado de responderme y el micrófono cae de mis manos, luego, el cerebro le ordena a mi cuerpo que se lance al piso e intente huir a gatas de ahí...

Estoy perdida.

# CAPÍTULO 26.

## *10 Cosas que odio de ti.*

En la librería todo es confusión. El presentador ha tomado el micrófono del suelo para disculparse, no entiende lo que sucede, excepto que, es probable que a la autora le haya dado un ataque de pánico. Le pide a la audiencia un poco de paciencia y que me den unas palmas para que vuelva al podio. Los presentes, aplauden, mientras se lanzan unos a otros miradas desconcertadas.

Yo estoy a escasas dos rodillas de la salida pero hay un par de largas y lindas piernas que la bloquean. Cuando miro hacia arriba noto que es Vivian quien me mira entre divertida e irónica.

—Vaya, vaya, mira, ¿quién pensaría que la tímida Abril Lara sería capaz de escribir un libro erótico? Pero tiene sentido, ¿no? Sol de Abril... Debí haberlo intuido.

Fredo se acerca y me echa un vistazo, aún desde abajo puedo notar su lástima.

Ahora lo entiendo todo, cuando mi ex jefe me dijo que Vivian se había ido tras un chico londinense jamás cruzó por mi cabeza que ese chico fuese Fredo pero ahí están, son la prueba viviente de lo equivocada que estaba.

No sé qué siento pero me parece haber escuchado a mi corazón partirse en dos.

Ninguno me ha extendido la mano para ayudarme a ponerme en pie así que tengo que valerme de mi propia fuerza para hacerlo; cuando al fin lo consigo, los miro intentando no lucir desolada

—Pues ya lo ves, querida Vivian, nunca debes dar nada por sentado porque la vida puede sorprenderte —intento sonreír y vuelvo al podio.

Uso el pretexto del ataque de pánico para disculparme y le digo a la audiencia que es mi primera vez y que los nervios me jugaron una mala pasada.

—Espero puedan comprenderme —miro a Fredo directo a los ojos, ya no le debo nada. Luego miro a mi presentador y le pido que proceda con la lectura de un pequeño fragmento de la novela.



—“Alessandro la tomó entre sus brazos y comenzó a besarla con furia mientras sus inquietas manos recorrían su cuerpo. Sofía le pidió que no parase mientras jadeaba con fuerza. Finalmente, comenzó a desnudarla y la chica supo que estaba perdida, quería, sobre todas las cosas, a ese hombre entre sus piernas”.

Me cubro la cara con las manos, ¿tenía que elegir precisamente uno de los pasajes escritos por Sol? Siento que el rubor ha subido a mis mejillas pero intento desesperadamente luchar contra la falta de aliento. Fredo sigue mirándome muy atento, está esperando ver una reacción pero intento mantenerme impasible, no va a lograr verme derrotada. No voy a darle ese gusto.

Cuándo termina la firma de ejemplares, el lugar comienza a vaciarse y noto que Fredo conversa con su jefe en una esquina de la librería y que la rubia tampoco parece estar cerca, así que es el momento perfecto para huir. Le doy las gracias a mi presentador y estrecha mi mano, yo miro en todas direcciones para asegurar mi fuga perfecta mientras él comenta lo mucho que le está gustando el libro a su novia. Le agradezco de manera rápida y justo, cuándo estoy a un paso de ser libre para salir corriendo, el señor Díez me toma por el brazo.

—Mira, Abril, quiero que conozcas a Fredo, fue él quien me recomendó la novela para su publicación, así que estoy seguro de que te encantaría darle las gracias.

—Por supuesto, señor... —me he vuelto hacia Fredo e intento sonreír.

—Manfredo, Manfredo Prado.

El imbécil ha fingido una sonrisa que parece más falsa que un billete de tres euros.

—Muchísimo gusto, señor Prado, me alegra que le haya gustado la novela y mi amiga y yo —recalco las palabras—, que somos las autoras, estamos escribiendo de nuevo, ¿qué le parece?

—No me diga —se lleva la mano a la barbilla y no sé cómo su jefe no se entera de su sarcasmo.

—Sí, lástima que nuestro libro sea de ciencia ficción y que no encaje con su catálogo, creo que tendremos que ofrecerlo a otra editorial aunque por supuesto que estamos gratamente sorprendidas con el trato que hemos recibido aquí. Todos han sido encantadores —enfático las palabras.

—Dudo mucho que sepa usted escribir de otra cosa que no sea sexo —afirma.

Punto a su favor. Me he quedado muda pero no por mucho tiempo, mis neuronas trabajan horas extras para darle réplica.

—Y yo no estoy segura de que sepa usted apreciar un buen libro, quizá ha tenido muchos frente a su nariz pero prefiere dejarlos en la oscuridad para que la editorial con la que trabaja se inunde de billetes y sus bolsillos también —le devuelvo el golpe.

Gracias al cielo su jefe ya no se entera de la conversación porque la rubia lo ha llamado para saludar a una pareja en el otro extremo.

—Por suerte para usted o de otra manera su libro estaría en el cesto de basura que es donde pertenece.

Listo, asestó el golpe final. Ha ganado y no tengo otra opción más que aceptarlo. Lo miro atentamente y mi arrogancia cae al suelo, puede pisotearla si gusta, me da lo mismo

—¿Sabes? Hubo un momento en el que realmente me planteé estar contigo, hacer a un lado mis miedos e inseguridades pero ahora me doy cuenta que no son nada comparados con los tuyos. Volviste a lo que conocías, ¿no es cierto? Porque solo es ahí, entre la podredumbre, donde consigues sentirte a salvo. No sabes lo decepcionada que estoy, pensé que eras diferente.

—Tú me decepcionaste primero, Abril, yo también pensé que eras diferente.

—Y lo soy, solo que no te diste el tiempo de conocerme.

—Por Dios, ¿escuchas lo ridícula que sueñas? ¿Sabes que puedes conocer a un escritor por lo que escribe?

¿Qué demonios está diciendo Fredo? ¿Qué soy una buscona?

—¿Y sabes que también se le puede conocer por lo que piensa? Sigue viviendo en tu mundito y para tu información, conozco a la rubia...

—Gracias por avisar, Abril, me percaté de eso hace un momento.

—Pues bien, ella no escribe, ¡ya quisiera! pero ¿qué tal actúa? —sé que he tirado un golpe bajo pero me estaba quedando sin opciones.

—Al menos ella es lo que es, no se pasea por el mundo fingiendo ser otra persona, una que se las da de santa y se besuquea con extraños en los cafés.

Lo miro atentamente.

—Qué pena que pienses eso de mí... Aunque te convertiste en un

estúpido sin que me diera cuenta, creí que aún quedaba algo del chico que conocí pero veo que la rubia se lo ha llevado todo —me echo hacia atrás e intento regalarle una sonrisa pero Fredo solo obtiene un gesto aterrador, luego me doy la vuelta y salgo de ahí.

No, no llego llorando al apartamento que está en completo silencio, Fredo no merece ni siquiera eso.

Me asomo a la habitación de Sol, quizá quiera saber cómo me fue pero está dormida entre los brazos de Dardo, de modo que tengo tiempo para regalarme el instante de sentirme derrotada...

Al menos una de las dos va a lograr ser feliz.

# CAPÍTULO 27.

## *Mentiras verdaderas.*

Despierto de golpe y me incorporo confundida, estoy sudando a raudales.

Es extraño, suelo recordar mis sueños de manera vívida pero en estos momentos no tengo claro qué fue lo que me hizo despertar de ese modo. Me restriego los ojos y miro la hora en el reloj que está sobre la mesita de noche, son exactamente las dos y veintiocho. Me levanto para ir al baño intentando no hacer ruido y noto que la habitación de Sol está entreabierta y que Dardo sigue ahí, ambos parecen dormir. La cierro muy despacito y voy a la cocina. Abro el refrigerador para beber un poco de jugo pero la botella de vino emite un resplandor difícil de resistir. Al paso que voy terminaré convirtiéndome en una alcohólica.

Bebo directo de la botella y no me importa. He aquí la nueva Abril, la misma que tiene una cita a las diez de la mañana con un posible comprador de la casa de su madre, la misma que siempre toma las salidas fáciles y que bebe a hurtadillas por la madrugada.

Me siento en el quicio de la ventana, la abro y enciendo un cigarrillo. Sí, al parecer ahora también fumo. No sé si la nueva Abril me gusta del todo pero no voy a ponerme quisquillosa ahora.

Una voz susurra mi nombre, ¿ahora también escucho fantasmas? Me vuelvo hacia el lugar de donde procede e intento que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Es Dardo quien está recargado en la puerta con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón deportivo y me mira con pena. Sé bien por qué Sol está loca por él, Dardo es maravilloso.

—Hey, ¿no puedes dormir?

—Me desperté de pronto y ya no tengo sueño —le explico.

—¿Tuviste una pesadilla?

—No puedo recordarlo, fue un poco extraño.

—Te fue mal en tu entrevista de trabajo, ¿verdad?

—Estoy segura de que es una pregunta retórica porque me apuesto lo que quieras a que ya hablaste con Fredo —respondo al notar como destaca las palabras.

Ahora que mi mentira ha quedado al descubierto ya tampoco me

importa que Dardo lo sepa.

—Desde que volvió a la ciudad...

—¿Desde que volvió? ¿Insinúas que viene a quedarse? —pregunto al mismo tiempo que le doy una calada al cigarro y mientras espero su respuesta vuelvo a empinarme la botella.

—Me sorprende que no te dijera nada. Es tu nuevo editor, Abril, el Licenciado Díez va a jubilarse y Fredo tomará su puesto. Fue por eso que volvió.

Por supuesto, jamás me pasaría por la cabeza que lo hubiese hecho por mí.

—¡Ay, no! Lo que me faltaba. ¿Es decir que vamos a tener que tratar con él? Porque sabes que Sol y yo escribimos ese libro, ¿verdad?

—Hace tiempo que Soledad me lo dijo, no tenemos secretos.

—Y de casualidad fuiste a contárselo a Fredo inmediatamente, ¿no? Y esa es la razón de que lo hayan publicado en lugar de tirarlo a la basura —estoy a punto de explotar, ahora sí que van a conocerme—. ¿Qué demonios sucede con ustedes? “*Hola, Fredo* —digo imitando su voz al mismo tiempo que me levanto para poder gesticular—, ¿adivina qué? *Acabo de ir al baño y todo salió bien, ¿y tú? ¿Hasta ahora todo tranquilo?*” —Cambio mi voz por una más grave —, “*por supuesto, Dardo, aquí lo tenemos todo bajo control, me reporto a la cabina en cuanto haya cambio de aires*”. ¡Mierda! —exclamo para terminar mi brillante actuación.

—Qué simpática eres.

—¿Qué rayos estabas pensando?

—Fredo quería ayudarte y yo quería ayudar a Sol, así que era como matar dos pájaros de un solo tiro, ¡bum!

Dardo dispara una bala falsa con su pistola imaginaria y no me causa gracia.

—¡Entonces él lo supo todo el tiempo! —grito al mismo tiempo que arrojo mi colilla al vacío.

—Acabas de tirar basura —dice asomándose un poco—, eso no es de una buena ciudadana.

—¡No me importa, Gildardo! ¡Estoy harta de guardar apariencias! Ser una buena persona no me ha traído nada bueno.

—No, Abril, no lo supo todo el tiempo —intenta responder mi pregunta—, se lo dije antes de que se fuera a Londres...

—Antes de irse puso el manuscrito en el escritorio de su jefe... —  
mascullo.

He bajado un poco el tono de mi voz, mi mente está nublada y quiero intentar entender pero no, no puedo.

—Lo siento pero no lo comprendo. No tenías ningún derecho.

—¿Derecho? ¿Estás hablando de derecho? ¿Te has puesto a pensar que no eres más que una egoísta? ¡Sol también escribió el libro! Ella también tenía derecho a decidir.

—¿Con eso quieres decir que Sol también lo sabía?

¿Cómo demonios fue que mis mejores amigos actuaron a mis espaldas sin que yo me diera cuenta? Intento entender el momento justo en que lo hicieron pero no puedo, simplemente escapa de toda lógica.

—No hablaré por ella, Abril, eso es algo que ustedes necesitan conversar y resolver.

—¡Así como la proteges ahora debiste protegerme a mí! ¡También soy tu amiga!

He vuelto a levantar la voz, me siento engañada, traicionada y demasiado ofendida. Sol lo sabía pienso para mis adentros, ella lo sabía y no me dijo nada.

—Me siento muy decepcionada, si dices que he sido egoísta, ¿qué puedes decirme de vosotros? No me preguntaron, tomaron una decisión y me hicieron a un lado. Para mí eso no es de amigos.

—Lamento mucho oír eso, Abril, porque Soledad y yo te queremos muchísimo y nos preocupamos por ti, hicimos lo que creímos correcto.

—No me importa lo que digas, Dardo, tus palabras no concuerdan con tus acciones. Los quiero fuera de aquí, esta semana a ser posible.

Dardo hace un leve movimiento de cabeza y antes de abrir la puerta de la recámara me mira.

—No te preocupes, nos iremos ahora mismo. Llevaré a Sol a mi piso.

Me encierro en mi cuarto y me siento sobre la cama, bebo otro trago de la botella y luego me echo a llorar. Sé que el llanto no soluciona nada pero al menos me hace sacar toda la rabia acumulada por las traiciones y el desencanto.

# CAPÍTULO 28.

## *Casi treinta.*

Estoy terminando de empacar las cosas de mamá, hubo un momento en que pensé que era buena idea mudarme aquí pero hay demasiados recuerdos y quiero irme a un lugar donde pueda comenzar de cero. Confieso que ha sido difícil estar de nuevo a la deriva pero siempre he sabido hallar la fortaleza para enfrentar mis fracasos. No voy a dar marcha atrás.

Después de apilar las cajas a un costado de lo que un día fue el comedor necesito un descanso, así que salgo a la pequeña terraza donde solía jugar cuando era pequeña, cuando el mundo era simple y el más pequeño detalle me llenaba el alma, cómo cuando papá llegaba del trabajo con cualquier libreta que habían desechado de su oficina y jugaba conmigo a que yo era banquera o como cuando mamá me pedía que sacara mi juego de té y llenaba los platitos con galletas y las tacitas con limonada.

Ahora, estoy a punto de cumplir veintiocho y ni siquiera sé quién soy. He estado leyendo las estadísticas y la realidad asusta: en la actualidad, la mayoría llega a los treinta sin tener aún metas o planes, vivimos por vivir porque hemos perdido la fe en nosotros mismos. Porque preferimos trabajar únicamente para ganar dinero, qué más da si nos gusta o no nuestro trabajo mientras nos dé dinero; preferimos llegar a casa a sentarnos en el sofá para encender la tele o ver las actualizaciones del *Facebook* que salir a tomar un café con los amigos para actualizarnos con nuestras vidas, porque preferimos ser zombis a humanos porque nos resulta más fácil y nuestra generación le rinde tributo a lo cómodo porque es lo que menos nos exige. No queremos esforzarnos, cómo yo que he decidido hacer a un lado a mis amigos porque es lo que me resulta más conveniente. Nuestras vidas se han vuelto desechables.

Después del breve momento de meditación, me siento sobre el pequeño banquillo que papá colocó estratégicamente frente a la ventana de la sala para que cuando algún chico viniera a visitarme él pudiese estar atento. Lo siento mucho, papá, nunca vino un chico y jamás pudiste ponerte tu disfraz de espía. Lanzo un suspiro y me despido de esta linda

casa que era pequeña pero que siempre estuvo llena de amor.

—Adiós, mamá, adiós, papá. Siempre os echaré de menos.

Salgo de ahí y después de subir las cajas a mi coche me pongo al volante. Sí, al fin me he comprado uno y he dejado de sufrir con el metro. Ahora lo tengo todo, excepto amigos y una pizca de felicidad.

Mientras conduzco por la carretera, pienso mucho en todos y cada uno de ellos y en la manera en que cambiaron mi existencia. Cuando Soledad apareció, comencé a tener una perspectiva más clara de la vida, cuando conocí a Dardo, supe lo que era tener un hermano, a veces adorable y otras tan detestable que daban ganas de asesinarlo, y Fredo... ¿Qué puedo decir de Fredo? Mientras más lo conocía, más segura estaba que era el chico con el cual quería pasar el resto de mi existencia, no importaba que no fuese un príncipe azul ni que jamás hubiese intentado serlo, qué más daba si era amarillo o violeta, era un príncipe, mi príncipe, y mientras mi miedo se acrecentaba más unidos nos sentíamos, quizá porque el miedo era un sentimiento que ambos compartíamos.

Después de dejar las cajas en un centro de beneficencia, llego a mi nueva casa. No es muy grande pero sí más amplia que el viejo apartamento y es mía... Tiene un pequeño jardín al frente que pienso arreglar en cuanto termine de mudarme. Sin embargo la casa está sola, no hay una chica loca esperándome, ni dos tontos que me hacen reír.

Dejo mi bolso sobre la mesa y regreso a la entrada para recoger la correspondencia acumulada. Un sobre blanco, con mi nombre al frente escrito con una bella caligrafía, llama mi atención, no tiene remitente así que me siento un poco curiosa. Lo abro cuidadosamente y ante mis ojos aparece una invitación, Sol y Dardo van a casarse. Sonrío para mis adentros y entonces tomo el celular y le marco a mi amiga, quien contesta al instante, casi como si llevara siglos esperando esa llamada.

—Hola, Soledad, recibí tu invitación.

—No puse remitente porque sabía que si ponía mi nombre lo arrojarías a la basura.

—No hubiese echo eso —aclaro—. Sin embargo me siento un poco curiosa, acabo de mudarme, ¿cómo sabías dónde vivo?

—Tengo mis contactos —asegura mientras hace una larga pausa para suspirar derrotada.

Aprovecho la pausa para buscar las palabras adecuadas para



disculparme, sí, es cierto que me sentí traicionada pero la verdad es que, tal como dijo Dardo, no era una decisión que solo me competía a mí y yo jamás le di a Sol la confianza como para que habláramos al respecto sin poner remilgos. Siempre rebasada por mis prejuicios arcaicos de mierda. Sonríe para mis adentros. ¡Cómo extraño a mi amiga y sus eternas pataletas!

—Te conozco, Abril —es Sol quien retoma la palabra—, eres la persona más testaruda del planeta tierra —hace otra pausa y resopla—. Pensé en llamarte muchas veces pero Dardo me dijo que era mejor idea que dejara pasar un tiempo, después, cada vez se fue haciendo más difícil.

—Lo sé.

Hace mucho tiempo que el enfado se ha esfumado y quiero decírselo pero prefiero dejar que las cosas se vayan dando.

—Me sucedió lo mismo—agrego.

—Te debo una disculpa—dice—, nunca debí tomar la decisión de confesarle la verdad a Fredo acerca del libro pero nunca pensé que las cosas se complicaran tanto. Lo único que queríamos era ayudarte, habías perdido el trabajo, luego a tu madre y después a Fredo... Ya casi no podíamos contar tus enormes pérdidas... Luego las cosas se fueron enredando y ya no supe cómo decírtelo. Iba a hacerlo antes de la presentación y entonces tuve el accidente y estuve drogada todo el tiempo.

Casi puedo verla sonreír con esa sonrisa entre abierta e irónica que la caracteriza.

—Lamento mucho haberos echado del apartamento, yo... Estoy muy avergonzada.

—Hiciste lo que creíste adecuado en ese momento y yo no soy quien para juzgarte —creo que ahora está llorando porque noto su voz entrecortada—. Te echo mucho de menos, amiga, me haces falta, preparar esta boda sin ti ha sido un suplicio.

—Yo también te extraño mucho, ¿sabes? No dejo de pensar en ti, en Dardo y en...

—¿Fredo?

Tan solo escuchar su nombre ya me causa la falta de aire en los pulmones, quiero preguntarle por él pero temo una respuesta que no me guste.

—Todos estamos bien pero no podemos dejar de hablar de ti, siempre hay algo que nos recuerda tu sarcasmo o tus terribles metidas de pata —

agrega.

Río entre lágrimas.

—Además he estado yendo sola y con muletas a las presentaciones.

—¿Aún no se ha curado tu pierna?

—Creo que quedaré coja por el resto de mi existencia pero no me importa, valió la pena, Dardo ya no volvió a separarse de mí. Ya sabes cómo es el cabeza hueca.

Sonrío.

—¿Tienes un lugar para mí en alguna de las mesas?—pregunto.

—¿Te has vuelto loca? ¡En la principal, amiga! Serás mi madrina.

—¡Sabes que odio los vestidos pastelosos! Únicamente me puse uno para tu horrible fiesta temática y me sentí asqueada todo el día —miento.

—No seas mentirosa, te sentiste como una princesa... Hasta perdiste una zapatilla.

—Un par y un tenis, Sol...

—Y luego tu príncipe azul lo encontró y lo trajo hasta tu puerta, ¡qué romántico! —se burla.

—Y resultó que era un imbécil con patas.

—Y no te diste cuenta que el dragón que vivía en el piso de arriba tan solo necesitaba un beso para convertirse en un hermoso caballero —suspira.

—Eres una tonta, mándame ese vestido de dama de honor ahora y pobre de ti si me mandas uno horripilante —le advierto —, porque lo arrojaré a la basura.

Ambas nos echamos a reír.

Paso número 1 rumbo a la felicidad:

✓ Listo.

He recuperado a mi amiga.

# CAPÍTULO 29.

## *Mi primer beso.*

Los siguientes días me despierto muy temprano, quiero terminar de poner en orden la casa porque detesto estar rodeada de cajas, me dan la sensación de estar en una bodega y no un hogar, y no voy a descansar hasta no encontrarla decente. Incluso, he ido de tiendas para comprar algunos adornos para las mesas laterales y de centro, algunos cuadros para ciertos rincones a los cuales quiero dar vida y flores, ¡muchas flores! Necesito estar rodeada de naturaleza para sentirme viva. Quiero que el ambiente esté lleno de armonía, creo que poco a poco lo conseguiré.

Una vez que termino de decorar y ya no tengo gran cosa que hacer comienzo a sentir que la soledad me aprisiona pero entiendo perfectamente que era necesaria para poner en orden ciertos aspectos de mi vida, además de soledad nadie se ha muerto, ¿a qué no?

A media mañana preparo otro café, sin él no sobreviviría el resto del día.

Después de acomodar un par de cosas en la cocina, me siento junto a mi ordenador y lo enciendo; hace un par de meses comencé a escribir un libro, está escrito en forma de diario y sí, si están pensando que es mi diario, han acertado. Aún no tiene título pero sé que muy pronto encontraré el adecuado. No sé si a alguien pueda interesarle la vida de una desconocida pero me ha servido de catarsis y qué más da si alguna vez llega a estar en las estanterías, ya no me corre prisa.

Hago la taza de café a un lado y comienzo a abrir las cortinas para que entre la encantadora luz del sol. Es un lindo día, quizá después de escribir un rato me dedique a arreglar el jardín, aún no le he metido mano y está un poco descuidado debido al tiempo que la casa estuvo deshabitada. Cuando abro la última cortina y me asomo por la ventana, me sorprende descubrir un jardín hermoso.

—¿Qué? Esto no estaba así ayer, ¿o sí?

Estoy comenzando a poner en duda mi cordura. Un par de risas afuera me ponen en alerta.

—¿Qué rayos? —murmuro al mismo tiempo que quito el seguro de la

ventana para abrirla.

—¡Hey, moquitos! ¿Qué te parece? Pasábamos por aquí y vimos que tu jardín parecía de casa del terror así que decidimos trabajar un poco.

Corro hacia la puerta para abrirla y al abrazarlo, casi lo derribo.

—Ya sabía que me extrañabas pero espera, Sol está ahí —la señala.

Mi amiga, que está sentada sobre un fabuloso sillón para exterior, se pone de pie. Está muy linda pero cojea un poco y se está acercando con timidez, quizá aún no cree del todo que la he perdonado.

—Hola, Abril —susurra.

La abrazo fuerte y me echo a llorar.

—Oye, tranquila —me hace a un lado para secar mis lágrimas—. No tienes porqué ponerte así, en realidad contratamos a alguien que lo hiciera por nosotros pero decidimos fingir que estábamos trabajando para que te tragaras el cuento y todo volviera a la normalidad.

—Te dije que lo había olvidado —le digo, tomándola por los hombros para mirarla bien—, mira qué guapa estas, el amor te sienta de maravilla.

—¿Verdad que sí?

Soledad toma una flor que estaba a punto de traspasar de la maceta a la tierra y me la pone en el cabello.

—En el coche tengo tu vestido de dama de honor —añade.

—¿Cómo sabías que aceptaría? —bromeo.

—Porque nadie se le resiste a Soledad Rivas, ¿verdad, Dardo? —se acerca a él y lo besa cariñosamente en la mejilla.

Dardo hace una mueca graciosa.

—Enserio, Sol, ¿cómo demonios supieron dónde encontrarme? ¡Acabo de mudarme!—pregunto.

—Te lo dije antes, tengo mis contactos... —responde Sol —, además, te olvidas que en plena era de Internet, existen muchos datos moviéndose de un lado a otro todo el tiempo y que algunas personas tienes dotes de hackers —levanta los hombros—, ¿o tal vez conocidos en el ayuntamiento?... Qué más da.

—Claro —respondo sonriendo—. Gracias, chicos, quedó precioso. Justo pensaba en arreglarlo un poco.

—Gracias, gracias —Dardo hace una reverencia—, pero sería injusto adjudicarnos la idea, ¿verdad, Solecito?

—Bueno, sí —responde Sol—, en realidad no fue nuestra, había

alguien que estaba más interesado.

Mi corazón comienza a latir con fuerza, no sé la razón.

—Ah, ¿sí?

Sol acaricia su abdomen.

—El pequeño Matías no quería pasar una vida sin su tía Abril.

Por un momento había pensado que había sido Fredo. Creo que debería ir haciendo a un lado mis tontas ilusiones y dejar de ver películas con finales felices.

—¿Estás embarazada? ¡Felicidades! —les digo a ambos—. Estoy muy feliz por ustedes. Así que comenzarán una familia...

—No estés triste, moquitos, tú serás parte de ella.

—Y también queremos que seas la madrina de Matías. Si no te importa, claro está, que Fredo sea el padrino.

Trago saliva.

—Yo...

—Abril, no le guardes rencor a Fredo —casi suplica Sol—. En realidad no sabes por lo que ha pasado.

—Lo que sea que haya pasado no se compara ni en una milésima parte por lo que he pasado yo, al menos él tiene a la rubia...

—No creo que estés juzgándolo con el corazón abierto —Dardo una vez más apostándolo todo por el imbécil de su amigo.

—No quiero hablar de él, ¿de acuerdo?

Sol me mira preocupada.

—Es que él está ahí —señala hacia el otro extremo de la calle, justo donde está estacionado un camión con el logo de Jardines Prado.

—¿Qué? —pregunto sin entender muy bien a qué se refiere Sol.

—Dejó la casa editorial —intenta explicarme Dardo.

—¿Qué?

—Puso un negocio de jardinería.

—¿Qué? —la aguja se ha quedado atorada en el tocadiscos y es lo único que puedo repetir.

—Déjame a mí —le dice Sol y resopla—, te lo explicaré todo. El Lic. Díez antes de dejar su puesto, contrató a la rubia, era ella quien iba a quedarse con el puesto de Fredo, ¿de acuerdo?

—¿Sí? —bueno, al menos una palabra distinta ha logrado salir de mi boca.

—Esa fue la razón por la que Vivian se marchó a Londres,

¿entiendes? Ella se iba y Fredo volvía aquí para ocupar la dirección. Si estaban juntos en la presentación fue únicamente por trabajo, no porque Fredo hubiese vuelto con ella. Tú lo malinterpretaste todo y él estaba tan herido que te siguió el juego.

—¿Qué? —estoy segura de que este par debe estar burlándose ahora mismo de mi cara de idiota.

—Pero... ¿adivina qué? —Mi amiga entrecierra los ojos y me mira inquisitiva— La rubia se enredó con uno de los accionistas, el mayoritario por supuesto, y hace un par de meses le dieron la dirección.

—¡No! —estoy segura de que no he susurrado.

Mi cerebro trabaja a marchas forzadas mientras intenta procesar toda la información recibida.

—Despidieron a Fredo...

—Te dije que estabas juzgándolo mal —Dardo hace una mueca graciosa mientras lanza una hoja seca al viento.

—Le vino mal al principio pero después se dio cuenta de que siempre había amado la jardinería así que puso un negocio y un día...

Sol quiere volverme loca o no estaría poniéndose en pausa cada cinco segundos.

—¡Qué! —la apresuro.

—Estaba de camino, creo que iba a una tienda de por aquí cerca a comprar cigarrillos y vio tu jardín, le pareció tan feo que quiso regalartelo esto —señala el jardín.

Sol sonrío y para cuando ella acaba con su maldita historia ya mis ojos están anegados de lágrimas.

—Entonces ahora tendremos que lidiar con la rubia —afirmo mientras sorbo mis mocos y como si no hubiese escuchado nada de lo que dijo antes.

—Ay, moquitos, Sol me había dicho que eras lenta pero realmente traspasas la línea... Por supuesto que no... Fredo se llevó todos sus contratos, no iba a dejárselos a Vivian, después de todo ella no había luchado por ellos.

—¿Pero eso es posible? —pregunto mientras veo a alguien cruzar la acera, es Fredo y si no me sostiene alguien, estoy segura de que voy a desmayarme.

—Seré yo mismo quien te lo explique —me dice con voz ronca y actitud temerosa— pero antes que cualquier otra cosa, necesito saber qué

es eso que tienes en el ojo, justo allí...

—¿Qué?

Entonces me toma por la cintura y acerca su boca a la mía. Me da el primer beso más espectacular que haya recibido alguien, el cual correspondo con toda aquella pasión contenida. Si no me sostiene alguien estoy segura que voy a desmayarme...

# CAPÍTULO 30.

## *Realmente amor.*

Así que esto es el amor... Puedo asegurarles que no es absolutamente nada de lo que creí, ¡es mucho mejor! La electricidad que me provoca la cercanía de su cuerpo no se compara con nada que haya sentido antes. Es genial caminar a su lado, tan solo tomando su mano y diciéndonos todas aquellas cosas que por temor callamos, como su dulce confesión:

—La verdad es que si iba a besarte la noche del baile que organizó Soledad —afirma sonriendo.

La luz del sol se refleja en sus preciosos ojos color aguamiel.

—Te dije que no porque te vi asustada y temí que te alejaras de mí. Eres aterradora, Abril, el hecho de que preguntaras las cosas, así, de frente y sin tapujos, me estaba volviendo loco, no sabía qué era lo que querías de mí —baja la mirada un poco avergonzado—. Te dije que no suelo correr en las relaciones, ¿recuerdas? Y sin embargo lo que más deseaba era arrojarme sobre ti y no dejarte ir.

Le sonrío.

—Eres única y estoy perdidamente enamorado. Estar lejos de ti fue un suplicio y lo peor es que fue un castigo autoimpuesto. Soy un imbécil y quiero pedirte perdón por ello. Ojalá me hubieses conocido antes, era muy distinto pero después de Vivian me ha costado mucho confiar en las personas, sin embargo, sé que puedo ser una mejor versión de mí mismo gracias a ti, Abril.

Escuchar esas palabras de sus labios me causa una extraña sensación en el abdomen.

—Creo que ahora sé lo que son las mariposas en el estómago —afirmo colocándome frente a él para que se detenga, quiero besarlo otra vez.

Me gusta la sensación de mis labios sobre los suyos. De pronto las mariposas en el estómago se convierten en un pequeño recordatorio.

—Ah, no, creo que no eran las mariposas, Fredo, es que acabo de recordar que no he desayunado y tengo mucha hambre.

Fredo me mira.



—Eres una tonta —y se echa a reír, luego me abraza y me levanta del suelo, vuelve a besarme como para no tener tiempo de olvidarse de mi sabor.

Sol y Dardo se han subido al camión de Jardines Prado y se alejan de nosotros sin volver la vista atrás.

Me alegro mucho, Fredo y yo necesitamos tiempo para ponernos al día.

¿Un final perfecto de película? Bueno, quizá no tanto...

# CAPÍTULO 31.

## *La boda de mi mejor amiga.*

Finalmente, Fredo y yo hemos podido decirnos todo aquello que callamos por miedo, lo hemos hecho por la noche, sentados en el sillón del jardín cubiertos con una manta y mientras bebemos una deliciosa cerveza.

Hemos terminado sintiéndonos un par de tontos por no haberlo hecho en el momento que debimos pero después hemos comprendido que todo pasa en el momento justo. Quizá debíamos vivir todo aquello para comprender que no podíamos seguir perdiendo el tiempo con pequeñeces o quizá debíamos darnos cuenta de cuanto es lo que íbamos a perder si insistíamos en anteponer la desconfianza a los sentimientos.

Hemos hablado de mudarnos juntos y me sorprende estar lista para hacerlo. Tengo la certeza de que Fredo es el hombre con quien quiero pasar el resto de mi existencia, hasta que ambos seamos viejitos y olvidemos nuestros propios nombres.

El día de la boda llega más pronto de lo esperado y es todo un suceso, al fin he conocido a la familia de Sol y entonces puedo comprender de dónde salió ella. Están un poco locos, sus padres no paran de discutir y su hermano es todo un personaje pero todos, absolutamente todos son seres maravillosos.

Sol y Dardo están en la pista, ella se ha colocado sobre una silla y sé que ha llegado el momento más temido de una boda: no atrapar el ramo que lanza la novia, pero a mí no me corren prisas, así que aunque ella me anima llamándome, le digo que no. No necesito tener un ramo en las manos para saber si soy la próxima en casarme, tampoco necesito tener un anillo en el dedo para tener la certeza de que Fredo me ama y entonces comprendo que he madurado, que todo lo vivido me ha hecho ser la chica que soy ahora. Me tomo un momento para agradecer en silencio que todas las piezas han embonado de manera perfecta y sonrío recordando a mamá y a papá, creo que al fin podrán descansar en paz, su hija se ha convertido al fin en una mujer.

La madre de Sol se sienta a mi lado y conversamos animadamente hasta que veo a Fredo, que está con sus amigos al otro lado del salón, mirándome. Tiene una mano dentro de su bolsillo y con la otra sostiene una copa de vino. Sus ojos brillan al dar con los míos y me sonrío. Ahora está viniendo hacia mí y entonces me ofrece su mano.

—¿Bailamos? —pregunta.

—Por supuesto.

Nos movemos de manera lenta hacia la pista y es ese preciso momento, en que su cuerpo roza el mío, tengo la seguridad de que soy capaz de sostener, en una mano y por un solo instante el mundo entero.

# CAPÍTULO 32.

## *Loco y estúpido amor.*

Fredo y yo estamos en la cama, no le he dejado dormir y está exhausto.

—¿Dormimos un momento? —pregunta guiñándome un ojo.

—De acuerdo —respondo haciendo un puchero.

—Ay no, no pongas esa carita, por favor.

—Está bien, duerme un poco, yo iré a darme una ducha, ¿o vienes conmigo? —lo tiento.

—Abril, necesito dormir un poco, es en serio —asegura.

—Tenemos la eternidad para dormir...

Se pone de pie y me abraza.

—Eres malvada, Abril Lara, parece que aprendiste muy rápido el sexo o ¿el libro te sirvió de asesoría?

—Ya te expliqué cien veces que todas las partes sexuales las escribió Sol...

—Ya sé, ya sé y no fueron cien, fueron un millón... Aunque francamente no me importa, por supuesto, mientras sea yo con quien practiques.

—Mientras te sigas portando como un chico bueno, porque si no podría decidirme a sacar la artillería pesada...

Fredo ríe y me abraza, después abre la llave de la ducha y me levanta del suelo. El agua me cae de pronto y pego un par de grititos.

—Creo que con esto será suficiente para tranquilizarte, al menos por el momento —dice mientras yo me quejo al sentir el agua fría sobre mi cuerpo.

Lo abrazo fuerte para calentarme un poco y me echo a reír.

—Te amo, Fredo —le digo sujetando sus mejillas entre mis manos.

—Y yo a ti, pequeña.

# EPÍLOGO.

Hace un par de meses que Fredo se mudó conmigo, será temporal ya que quiere que compremos una casa más grande para cuando vengan los hijos pero mientras tanto seguiremos aquí, lejos del bullicio de la ciudad, en este hermoso lugar donde puedo tener paz para escribir y él para moverse con su negocio de jardinería.

Estamos sentados sobre el sofá y me estiro un poco para recostarme sobre sus piernas.

—Fui a ver a un par de amigos de la editorial —me comenta.

—¿Y qué pasó?

—Vivian está a punto de quebrar la empresa, está desesperada, me llamó para recuperar los contratos.

—Nunca me dijiste como fue que conseguiste conservarlos.

—Antes de que mi jefe se fuera le pedí que los liberara, sabía bien que a Vivian solo le importaba el dinero y que esto sucedería. Todos los autores firmaron la rescisión sin problema. Prometí conseguirles nuevos y mejores contratos y comenzaré a enfocarme en ello, conozco mucha gente del medio editorial.

—Yo nunca firmé nada —aseguro, mientras él acaricia mi hombro desnudo.

—Oh, es cierto.

—¿Qué demonios hiciste Manfredo Prado? —lo reprendo.

—Escucha, yo solo...

—Dime de una vez que demonios fue lo que hiciste...

—Salvarte, ¡Vivian iba a arruinar tu libro! Te lo aseguro.

—¿Falsificaste mi firma?

—No suena muy bien así como lo dices... —afirma y luego me hace a un lado con sumo cuidado para levantarse y huir de mí.

—¡Ven aquí, Fredo! Voy a castigarte.

—¡No otra vez! —dice escondiéndose detrás de la barra de la cocina.

—Por supuesto que sí, haré que pagues por todos tus errores— murmuro cuando le doy alcance. Lo sujeto por los brazos y comienzo a besarlo, cuándo termino, él me mira sonriendo.

—Espera, ¿quién dijo que las princesas tenían que guardar apariencias?

—¡Oye! ¡Ya sé cómo se llamará mi nuevo libro!

—¿Cómo? —pregunta mientras besa mi cuello.

—Las princesas que no guardaban las apariencias.

—¡Estás loca, suena horrible!

—No es verdad.

—Claro que sí.

—Claro que no...

Y vuelve a besarme para asegurarse que al fin cierre la boca.

*¿FIN?*



©A.S.Torres

Red Apple Ediciones 2018  
[www.redappleediciones.com](http://www.redappleediciones.com)